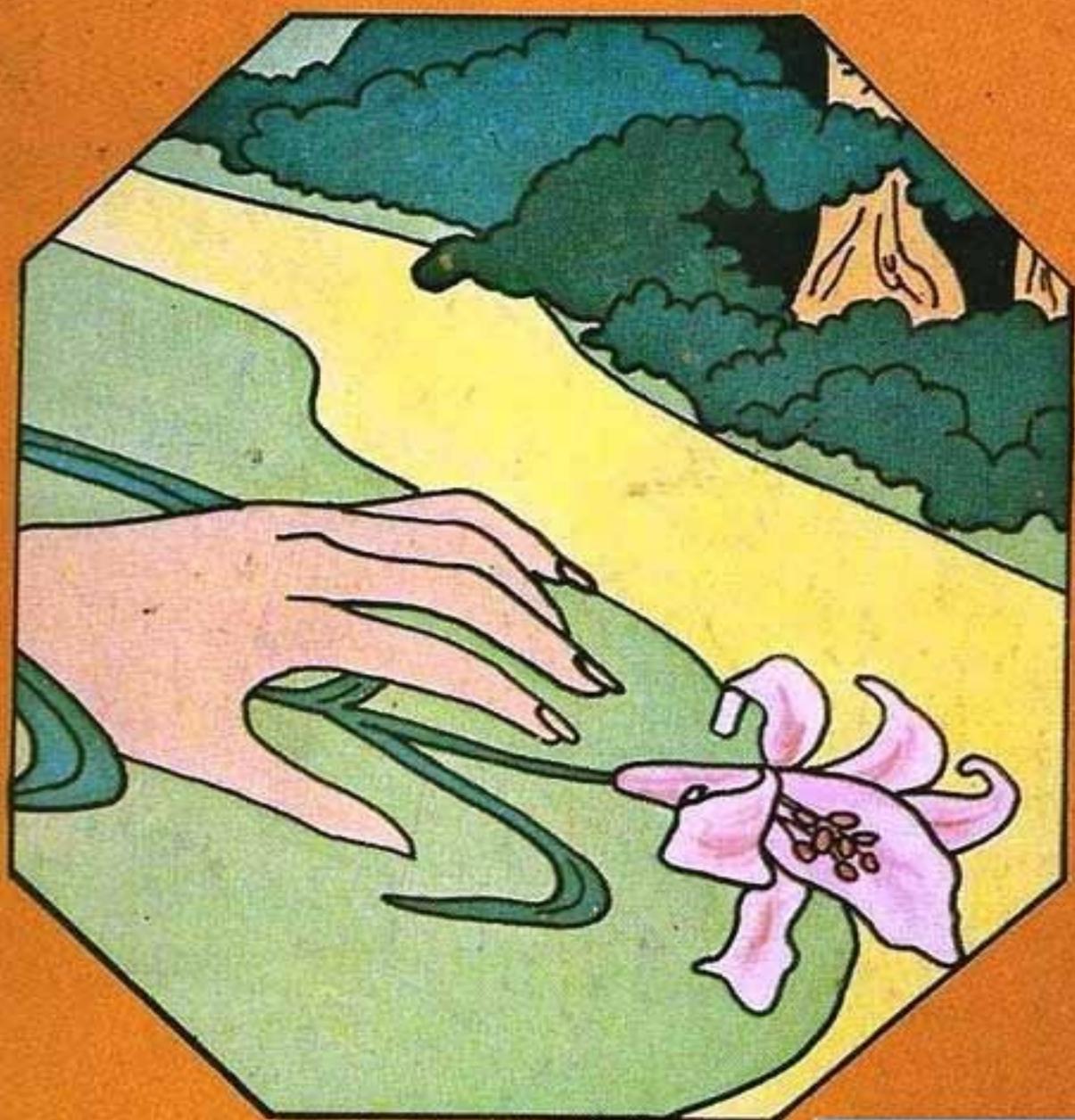


LEO BRUCE

JACK EN LA HORCA



Lectulandia

En un breve espacio de tiempo aparecieron los cadáveres de dos mujeres en las cercanías de una ciudad del sur de Inglaterra. La muerte se había producido, en los dos casos, por estrangulación. Las víctimas sostenían en sus manos el tallo de un lirio.

¿Eran dos los asesinos o fueron casuales las coincidencias? ¿Fue la acción de un maníaco? Carolus Deene, sagaz detective creado por Leo Bruce, con la maestría con la que dio vida al sargento Beef, tiene a su cargo la investigación.

Lectulandia

Leo Bruce

Jack en la Horca

ePub r1.0

Titivillus 15.01.16

Título original: *Jack on the Gallows Tree*

Leo Bruce, 1960

Traducción: Diana Trujillo

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Pícaros fuimos los tres,
tú en la tierra, yo en el mar
y Jack en el árbol aquel
del que lo hicieron colgar.

SIR WALTER SCOTT

Capítulo 1

—*Interrogan a sospechoso del asesinato en Torquay* —leyó el señor Gorringer con un severo tono de desaprobación.

—Toma el té antes de que se te enfríe, querido —dijo su esposa—. No sé por qué te preocupas. Siempre hay cosas como ésas en el diario.

El señor Gorringer, director del Queen's School, de Newminster, carraspeó y se aclaró la garganta.

—En las actuales circunstancias, querida, tengo motivos más que suficientes para preocuparme. Más que suficientes. Según el diario parece que todos los actos de violencia han tenido lugar en sitios de veraneo.

—¿Y? —dijo la señora Gorringer. Su esposo la consideraba una mujer muy ingeniosa, salvo a la hora del desayuno.

—Recordarás sin duda que mi profesor de Historia de mayor antigüedad, Carolus Deene, irá, por consejo médico, a pasar un periodo de recuperación junto al mar, después de su enfermedad. Pues, oye: *Bournemouth... encuentran modelo muerta. La policía busca a un hombre con un brazo enyesado*. Es un asunto muy serio.

—Pero si Carolus se está recuperando de hepatitis no tendrá ni tiempo ni energía para mezclarse en esas cosas.

El señor Gorringer dejó su gran taza de té.

—Hace muchos años que conozco a Deene, querida, y puedo afirmar que en ninguna circunstancia vi que le faltara ni tiempo ni energía para ese sórdido pasatiempo suyo. Si tiene un cadáver a mano, (hablo figurativamente, claro) hará lo posible para ponerse al tanto de detalles absolutamente indignos de un colaborador de Newminster. Si llega a sospechar un crimen seguirá el rastro con la persistencia y el deleite de un perro salchicha en busca de trufas.

—¿A los perros salchichas le gustan las trufas?

—Tengo entendido que si. Eso explica el cuerpo absurdo que tienen. ¿Te parece que no es como para preocuparse? *Caso Scarborough: acusan a una mujer*. Es inquietante.

—No lo sé —dijo la señora Gorringer—. No creo que haga daño a nadie. Es un pasatiempo como cualquier otro. En todo caso, la única consecuencia hasta ahora ha sido que su fama popularizó el colegio.

El señor Gorringer se dirigió a su esposa como si se tratara de la Junta de Administradores.

—No he dejado de notar que ese libro que escribió Deene, *¿Quién mató a William Rufus y otros misterios de la Historia?*, ha gozado de una considerable popularidad entre cierto tipo de lectores. Me consta que su fama trasciende los confines del mundo académico. Reconozco que como profesor es talentoso y responsable. Pero no puedo aceptar el hecho de que estas incursiones tuyas en el mundo del crimen contemporáneo sirvan para enaltecer el digno nombre del Queen's School. Ahora que

será enviado a la costa, siento algo muy similar a la alarma.

—¿Por qué no le pides al doctor Tom que sugiera otro lugar? Algún lugar donde no haya crímenes ni delitos.

—No es tan fácil como piensas, querida. Tengo la impresión de que Deene atrae esos desdichados sucesos. Sin embargo, seguiré tu consejo y hablaré con el doctor Thomas. Quizá pueda encontrar algún lugar retirado donde le sea difícil meterse en problemas.

El señor Gorringer se levantó, se caló el capelo con firmeza, de manera tal que sus grandes orejas rojas asomaban por debajo, y se puso la toga. Momentos después cruzaba el patio del colegio con paso oscilante pero digno.

Al llegar a su despacho llamó al prefecto del colegio, un individuo malhumorado de nombre Muggeridge, al que no le gustaba nada la orden de usar uniforme, incluido el gorro con bordados dorados.

—¿Si? —suspiró Muggeridge.

El señor Gorringer no reparó en la actitud del prefecto.

—Buenos días, Muggeridge —dijo vivaz pero firmemente. Quiero hablar con el doctor Thomas.

—No esta.

—Sé perfectamente que el doctor Thomas no viene al colegio hasta las once, Muggeridge. Cuando llegue le ruego le diga que venga a verme, por favor.

—Si es que lo veo. A veces entra y sale como el cucú del reloj.

—Procure encontrarlo —dijo el señor Gorringer con altivez.

El prefecto se volvió para irse.

—A propósito, Muggeridge. Hace tiempo que quiero, preguntarle algo. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Malachi —dijo Muggeridge e hizo caso omiso de la expresión de su superior—. No es culpa mía y se lo dije a mi padre hace años. Cargar a alguien con un nombre así...

—Es todo, gracias, Muggeridge. Puede retirarse.

A las once el director estaba sentado ante su gran escritorio, al parecer absorto en los papeles que tenía enfrente. Cuando entró el doctor, levantó la mirada y habló con afabilidad.

—Ah, Thomas —dijo—. Quería hablar con usted. Siéntese, por favor. ¿Cómo esta nuestro amigo Deene?

—Esta bien —dijo el doctor—. En uno o dos días lo enviaré a tomar un poco de aire de mar, por unos quince días.

—De eso quería hablar con usted. Después de esta desafortunada enfermedad, estará sin duda un poco débil.

—Bueno, Carolus es un hombre fuerte. Dentro de una semana estará como un potrillo.

—Para ese entonces habrá terminado el año lectivo. ¿Dónde pensaba sugerirle

que fuera?

—No lo sé, a cualquier sitio donde haya aire puro. Torquay, tal vez. O Scarborough, o Bournemouth. Donde él prefiera.

El semblante del director se oscureció.

—Perdóneme, no puedo evitar sugerir —dijo al fin—, que le convendría mucho más un lugar alejado del mar.

—Oh. ¿Por qué?

—Usted estará al tanto de su fascinación por la criminología. ¿No sería desastroso para su salud si en este momento, en que necesita tanto descansar, entrara en contacto con algo que perturbara su reposo y retrasara su recuperación?

El doctor Thomas sonrió.

—No lo sé. A él le gustan esas cosas. Podría hacerle mucho bien.

—Hay otro aspecto —dijo el señor Gorringer—. Tengo que pensar en el buen nombre del colegio. En estos momentos parece que nuestras costas proporcionan varios de esos casos de los que queremos apartar a Deene. ¿No podríamos ponernos de acuerdo y sugerirle que fuera a Malvern, Tunbridge Wells, Cheltenham, o Harrogate? Al parecer son sitios de menos... violencia, por decir de alguna manera.

—Yo diría que un sitio lejos del mar sería igualmente beneficioso para él —admitió el médico—. Puedo mandarlo a Buddington-on-the-Hill, si quiere.

—Le estaría inmensamente agradecido —dijo el director—. Inmensamente. Según tengo entendido, es un pueblecito de características muy pacíficas.

—Muy bien —dijo el doctor Thomas, poniéndose de pie—. Se lo diré. Hay allí un hotel bastante pasable.

—¿No opina que sería preferible una casa de huéspedes?

—Podría ser, pero Carolus no aceptaría. Haré todo lo posible.

El director permaneció muy pensativo durante la mañana y cuando pasó junto al profesor de música en el claustro su saludo fue francamente distraído.

Hacia el final de la tarde volvió a llamar a Muggeridge.

—¿A qué hora sale el diario de la tarde? —preguntó.

—Ya salió —dijo el prefecto—. Pero si quiere saber quién ganó la tercera...

—No sea impertinente —lo interrumpió el señor Gorringer—. Sabe perfectamente que no me interesan las carreras de caballos. Mal le convendría a mi posición.

—A algunos les va muy bien —dijo Muggeridge misteriosamente.

—No se estará refiriendo al plantel de profesores, supongo.

—Hollingbourne embocó un doblete ayer. Pero no siempre tiene suerte. Algunos de los muchachos apuestan más astutamente que él.

El señor Gorringer se controló, pues ansiaba saber más.

—¿Ah, sí? —dijo con torpe indiferencia—. Me sorprende.

—No sé por qué. El joven Priggley es un ganador nato. A veces me dan ganas de seguirlo en sus apuestas.

—Es todo, gracias, Muggeridge. Le ruego que compre el diario de la tarde; lo necesito por otras razones.

El prefecto suspiró y salió mientras el señor Gorringer tomaba nota en la libretita que llevaba consigo. «Hablar con Priggley. Carreras», escribió.

Cuando llegó el diario lo revisó con esmero. Averiguó que en Torquay habían envenenado a una familia de tres miembros y la persona a quien interrogó la policía había sido acusada de asesinato. Según la noticia era un adinerado numismático de Gateshead. En Bournemouth el hombre del brazo enyesado había sido llevado a la estación de policía donde «permaneció hasta altas horas de la noche». El caso de Scarborough parecía todavía más resuelto, y «la inculpada», un ama de casa de Birmingham, permanecía bajo custodia.

El señor Gorringer suspiró y, luego de mirar el reloj, se encaminó hacia la enfermería del colegio. La mejor estrategia, pensó, sería ver a Carolus Deene personalmente y, si era necesario, pedírselo sin más vueltas. No quería arrastrar esa preocupación durante las vacaciones, que planeaba pasar, como siempre, en el Hotel Sandringham, en Brighton. Soñaba con obtener una promesa de Carolus Deene que apaciguara sus temores.

Encontró a su profesor de Historia sentado en la cama leyendo *Química Forense e Investigación Criminal Científica*, de Lucas.

Carolus Deene tenía un poco más de cuarenta años. Había sido un buen atleta en su juventud. Durante la guerra se había metido en cosas violentas, siempre con cierta elegancia, que le dio bastante fama: saltó de aviones en paracaídas y mató a un par de hombres en peleas a cuchillo.

Era delgado, buen mozo, algo pálido y vestía con demasiada elegancia para ser profesor. No se preocupaba por la disciplina, tema que tantos desvelos le daba al director; simplemente no quería que lo importunaran con eso: le interesaba demasiado su materia. Si había muchachos estúpidos que no experimentaban este interés y preferían sentarse al fondo de la clase y ponerse a comer caramelos, él seguía hablando para los pocos que lo escuchaban. Era apreciado entre los alumnos, pero también lo consideraban un poco raro. Su extrema elegancia y su apasionado interés por la historia y el crimen eran más características, más conocidas en el colegio, aunque el plantel de profesores le envidiaba solapadamente su sólida posición económica.

—Buenas tardes, Deene —dijo, el señor Gorringer—. Lo noto mucho mejor.

—Gracias, señor director. Siéntese.

—Veo que está leyendo un poco.

—Si —dijo Carolus—. Lamento no haber podido estar disponible para los exámenes.

—Ha sido una lástima, es cierto. Pero a la hepatitis hay que respetarla. Me enteré de que el doctor Thomas le ha sugerido que se tome un periodo de reposo.

—Parece que hubiera tenido un colapso nervioso. Si, Tom dice que me vendría

bien un cambio de aire.

—¿Dónde pensaba ir? —preguntó el señor Gorringer, tratando de sonar natural.

—Oh, no lo sé. Los médicos han dejado de aparentar que un balneario es mejor que otro.

—¿No le recomendó el doctor ningún lugar en especial?

—Dijo algo sobre Buddington, creo. Pero me sonó terriblemente aburrido.

—Una excelente elección, mi estimado Deene. Un lugar espléndido. Se repondrá en un santiamén, estoy seguro.

—Tom dice que hay un hotel bastante bueno.

—Me alegra oírle decir eso. ¿Entonces hará reservas allí?

—Supongo.

El señor Gorringer le deseó una pronta recuperación y salió satisfecho de la habitación.

Cuatro días después, se enteró de que el médico del colegio había llevado en persona a Carolus hasta Buddington y lo había dejado cómodamente instalado en el Hotel Royal Hydro, donde se quedaría tres semanas por lo menos. Mientras tanto el director se dedicó a leer las novedades del misterioso caso de Torquay, del desconcertante suceso de Bournemouth y de los sorprendentes e inesperados acontecimientos de Scarborough, sin perder el apetito.

El sábado siguiente a la partida de Carolus el director decidió ocupar el lugar de su profesor de Historia y dictar clase. Entró en el aula dominada por ese muchacho odioso, Rupert Priggley. El señor Gorringer se había preocupado por saber si Carolus había dejado a la clase sumida en los sucesos del siglo XIV.

Para el director, la historia se dividía claramente en «reinos», y encaró el de Ricardo II con decisión. Notó que la clase estaba curiosamente atenta mientras él describía las astutas tácticas de Ricardo, el súbito arresto de sus oponentes y por último su propio destronamiento.

—El Parlamento ordenó el arresto de Ricardo —declaró el señor Gorringer con voz sonora mientras se preguntaba para sus adentros cómo podían decir los profesores que esa clase era rebelde—. Fue sacado en secreto de la Torre de Londres y enviado al castillo de Pontefract. Vivió allí casi todo el invierno, pero al llegar febrero murió. —El señor Gorringer hizo una pausa antes de sumergirse en la perorata final.

Un muchacho de anteojos llamado Simmons, (devoto del estudio, según supuso el director) hizo una pregunta.

—¿De qué murió, señor?

Parecía una pregunta inocente.

—La historia no nos dice... —empezó a contestar el señor Gorringer, pero se vio interrumpido por una avalancha de preguntas.

—¿No lo hicieron morir de hambre, señor?

—¿No fue un franco asesinato, señor?

—¿Por qué nunca se le mostró el cuerpo al pueblo como ordenó el Parlamento, señor?

—¿Cuál fue exactamente el misterio, señor?

El señor Gorringer se dio cuenta demasiado tarde de la estratagema de la pregunta aparentemente inocente de Simmons.

—No parece ser de mucho interés desde el punto de vista histórico —dijo con ligereza.

—¿Fue asesinato, entonces? —sugirió Priggley.

—Tal vez negligencia, aflicción, enfermedad, hambre. ¿Quién puede decirlo? —exclamó el director retóricamente.

—El señor Deene, si estuviera aquí —le respondió Priggley—. Probablemente se iría a Pontefract en busca de pistas.

—Es suficiente, Priggley. Ahora vamos a...

—Debe admitir que es un episodio oscuro, señor. Un rey que prácticamente se disuelve en la nada.

—Cuando vuelva su profesor podrá sin duda inducirlo a entrar en especulaciones sobre este punto, que no tiene la menor importancia...

—No para él, señor. El señor Deene lo consideraría el punto más importante, sin duda. Quién lo hizo. Por qué. Cuándo. Cómo. Dónde. Su especialidad, después de todo.

—¡Silencio, caballero! —dijo el señor Gorringer con tono intimidatorio—. Ahora pasaremos a considerar el carácter de este soberano y su efecto sobre los sucesos contemporáneos.

La clase prosiguió sin más interrupciones y el señor Gorringer pudo despedirse de buen humor.

Cuando se dirigía a su casa media hora más tarde se encontró con Priggley. El muchacho lo esperaba con un ejemplar del diario de la tarde en la mano.

—¿Vio esto, señor?

El señor Gorringer tomó el diario y empezó a recorrer los titulares. Scarborough, Bournemouth, Torquay. Para ese momento podía leer los titulares sin desanimarse.

—A propósito, Priggley —dijo torciendo la boca—, tengo que hablar con usted sobre un asunto muy serio. Ha llegado a mis oídos que usted... —pero dejó la frase inconclusa al leer uno de los titulares—. Priggley tuvo la satisfacción de verlo boquiabierto y con los ojos salidos de las órbitas.

—¡Caramba! —exclamó el director. Era el comentario más osado que se permitía en presencia de un alumno.

—Linda noticia, ¿no, señor?

El señor Gorringer no encontraba las palabras adecuadas.

—Es... es... —dijo y se quedó mirando el diario.

—La especialidad del señor Deene, ¿no le parece, señor?

Asesinato doble en Buddington, leyó el señor Gorringer. *Hallan estranguladas a*

dos ancianas.

Dos mujeres, al parecer sin ninguna relación entre sí, habían sido asesinadas la misma noche en Buddington-on-the-Hill. El cuerpo de una de ellas, la señorita Sophia Carew, había sido hallado a unos seis kilómetros de la ciudad, mientras que el de la señora Westmacott, viuda y con hijos, había sido encontrado en la sala de su casa. En ambos casos la causa de la muerte había sido estrangulamiento.

—Pues —dijo por fin el señor Gorringer—, es... es espantoso.

Rupert Priggley no supuso ni por un momento que se refiriera a la violencia de la muerte de estas pobres mujeres. Dijo lentamente:

—Me imaginé que no le haría gracia, señor.

Capítulo 2

Las aguas termales de Buddington fueron descubiertas por los romanos, y las excavaciones han sacado a relucir un complicado sistema de agua y una gran pileta revestida de plomo y mosaicos. En el siglo XVIII varios miembros de la Corte iban a menudo, aunque Buddington nunca rivalizó con Bath o Tunbridge Wells como balneario.

Su fama procede de la afluencia de enfermos ricos y viejos y por el hecho de ser el único lugar en toda Inglaterra donde las sillas de ruedas para baños son algo más que una reliquia. En cualquier mañana de sol se podrá ver por las anchas veredas de la calle llamada Paseo una procesión casi continua de esos vehículos.

La ciudad no tiene pronunciados desniveles, lo que facilita la tarea de los que empujan las sillas y posibilita que sus usuarios sean llevados no sólo a las famosas piletas, para un baño, sino, dejando un poco de lado el interés en la salud, al Old Creamerie, donde se sirven exquisitas tortas azucaradas, muy poco recomendables.

El Hotel Royal Hydro no fue, desdichadamente, construido para albergar a los huéspedes reales del siglo XVIII.

Más bien da la impresión de que su arquitecto esperaba que el Príncipe Alberto pudiera alojarse en él. Construido sobre una elevación encima de la ciudad, sus horrores son múltiples e incluyen un inmenso jardín de invierno a un costado del edificio, lleno de absurda vegetación tropical.

Carolus llegó exhausto por el viaje y apenas miró el inmenso vestíbulo entre columnas gigantes y estuco dorado. El cuarto tenía una atmósfera pesada a pesar de su altura. Las cortinas, las alfombras, la ropa de cama, los tapices, los almohadones, todo era pesado, lujoso y caro. Había dado instrucciones de que no lo molestaran, así que se metió en la cama, que era demasiado blanda y asfixiante, y durmió hasta el día siguiente.

Al despertarse fue atendido por un joven camarero muy elegante, de modales estilo Real Fuerza Aérea, pero que hablaba como un locutor de radio.

El empleado dejó el desayuno de Carolus sobre una mesa y le dio un par de diarios.

—Pensé que preferiría el *Times* —dijo—, pero le traje también el diario local. Hay una noticia en él que podría interesarle.

—¿Si?

—Si. Un doble asesinato bastante extraño. Tengo entendido que ésa es su especialidad.

—He venido aquí a descansar —dijo Carolus débilmente.

—Lo sé. Pero igual puede leerla. ¿Necesita algo más?

Carolus negó con la cabeza, indiferente, y vio irse al joven camarero. Se sentía penosamente débil, y mientras se dedicaba a tomar el desayuno ignoró los dos

diarios.

Al principio con desgano y luego con avidez leyó en el *Buddington Courier* todo lo que se había publicado sobre, el caso, y aunque hizo débiles esfuerzos en los días siguientes por evitar el tema en las conversaciones, de pronto se descubrió ansioso por los detalles. Antes de que hubieran pasado dos días de su supuesta convalecencia ya estaba al tanto de las generalidades del caso, más que nada por la información proporcionada por el joven camarero, que había nacido en Buddington y parecía saber todo lo que concernía a la ciudad.

A Carolus la historia le pareció rara, grotesca y algo horripilante. ¿Historia? ¿O historias? Ése era, lo que decidió desde el principio, el punto clave de la cuestión. Las dos muertes debían de estar por cierto relacionadas, pero ¿cómo? Le resultaba inverosímil que por alguna fantástica coincidencia hubieran ocurrido en la misma noche y en la misma ciudad. ¿Acaso eran obra de una misma persona? ¿O de dos personas actuando de común acuerdo? ¿O independientemente? Estas preguntas precedían todo lo demás.

La primera víctima, Sophia Carew, tenía sesenta y tres años, y era una mujer vivaz y activa, inquilina desde hacia años de un tal coronel Baxeter y su esposa. Proveniente de una familia de militares, había heredado una amplia fortuna y había pasado varios años de su vida estudiando a los tuaregs, sobre quienes había escrito un libro muy útil llamado *Agades y el Velo*. No era ninguna luminaria, pero se había hecho una posición, estaba satisfecha con su único libro y no había cansado a todo el mundo con secuelas innecesarias y armadas artificialmente. Era una mujer buena y amistosa, querida por sus amigos pero con muy pocas relaciones en la ciudad. Ella misma conducía su auto y rara vez se la veía en la ciudad.

Había ido a vivir a Buddington, al parecer, porque allí vivía su único pariente vivo. Su sobrino Charlie Carew, era un hombre de cuarenta años cuya inclinación al derroche y a la bebida habría sido tolerable en un estudiante pero era algo verdaderamente molesto en un hombre hecho y derecho, que había malgastado casi todo el dinero de la familia y se autodenominaba agente de seguros. Era una figura conocida en los bares de la ciudad, muy sociable, inveterado charlatán. Su esposa lo había abandonado y tenía muy pocos amigos íntimos, pero mantenía buenas relaciones con casi todos los habitantes de la ciudad.

El día de los asesinatos la señorita Carew había bajado a la ciudad y había vuelto a la casa del coronel Baxeter, a eso de las seis. Había acompañado al dueño de casa y su esposa en su cóctel acostumbrado y compartió la mesa familiar a las siete. Después había salido en el auto, lo que no era nada raro, porque era aficionada al cine y al teatro y compartía el odio del coronel por la televisión.

No se descubrió su ausencia hasta la mañana siguiente pues los Baxeter se habían ido a la cama antes de las diez y ella tenía llave de la puerta de calle. Cuando la señora Baxeter le llevó a su habitación la acostumbrada taza de té matinal vio que nadie había dormido en la cama.

Ni siquiera esto alarmó a los Baxeter, pues la señorita Carew era una mujer independiente y resuelta que a menudo se dejaba llevar por sus impulsos. Los Baxeter hablaron del asunto mientras desayunaban y finalmente decidieron informar a la policía, pero sin preocuparse demasiado. Esperaron una llamada de la señorita Carew toda la mañana, suponiendo que ella hubiera decidido regresar a Londres súbitamente o algo por el estilo.

El coronel Baxeter decidió ir en persona a la policía a hacer la denuncia, porque temía que la señorita Carew pudiera tomar a mal su preocupación. Quería explicar todo en detalle y pedirle a la policía que tuviera mucho tacto al hacer las investigaciones. Sin embargo, antes de que saliera de su casa llegó el inspector a cargo y le dio la triste noticia de que habían encontrado el cadáver.

A decir verdad, se habían tomado pocas precauciones para ocultarlo. La casualidad lo había hecho aparecer antes de lo que podía esperarse, pero de todos modos no habría permanecido mucho tiempo oculto en aquella mina. Un trabajador vial que trabajaba cerca y tenía por costumbre dejar sus herramientas en la mina durante la noche para no tener que cargar con ellas todos los días, estuvo a punto de pisar la cabeza del cadáver de Sophia Carew.

Sólo dos cosas fueron de público conocimiento con relación al estado del cuerpo, pero una de ellas agregó un toque macabro al asunto. El informe médico decía que la señorita Carew había sido estrangulada. Yacía acostada boca arriba, vestida por completo y sostenía entre las manos el tallo algo estrujado de un lirio.

Pronto encontraron el auto en el estacionamiento del cine Granodeon. El cuidador se iba antes de la última función, a las diez y media, el personal del cine se encargaba de cerrar la entrada al estacionamiento antes de salir del edificio. Como el candado del portón estaba intacto se supuso que el auto había sido dejado allí antes de esa hora.

En el auto estaba el terrier irlandés de la señorita Carew. Al parecer había dormido pacíficamente toda la noche, y no había nada de extraño en esto. La señorita Carew a menudo lo dejaba en el auto cuando iba al cine, y mientras el auto estuvo en ese lugar el pobre animalito había esperado su regreso.

Eso en cuanto al primer asesinato. El segundo difería del primero casi en todo, excepto en dos circunstancias.

La señora Westmacott era una viuda sumamente rica y no lo ocultaba. Su esposo había muerto hacía diez años; era hijo de Sefton Westmacott, un famoso mecenas de las artes que había sido amigo de los Rossetti y de William J. Morris. Swinburne le había dedicado un poema y figuraba en uno de los cuadros de Burne-Jones.

Sefton Westmacott hijo, el esposo de la mujer asesinada, había heredado la fortuna de su padre, pero había preferido ser coleccionista antes que mecenas. Poco se sabía del pasado de su esposa, pero se decía que había sido modelo. Era una mujer robusta y rozagante, envanecida por su riqueza pero caritativa, leal miembro de la congregación de San Agustín, la iglesia conservadora de Buddington. Con frecuencia

asistía a la iglesia en su silla de ruedas, por lo demás rara vez salía de su casa.

Tenía dos hijos y una hija. Dante, el mayor, estaba casado y poseía una granja modelo a ocho kilómetros de allí. Gabriel, el hijo menor, vivía con la madre. Christina, la única mujer, se había casado con un médico de Middlesbrough y hacía un año que no visitaba la ciudad.

De los tres hijos, Gabriel era el único interesado en mantener la tradición artística de la familia. Había publicado varios artículos en revistas de arte y había dado una serie de conferencias en sociedades provinciales. La noche fatal le había dicho a su madre que debía dar una conferencia sobre los prerrafaelistas en una sociedad de Lancashire. Una breve nota había aparecido a este respecto en el diario local, aunque no se proporcionaba el nombre de la ciudad donde pronunciaría dicha conferencia. La tarde del miércoles. Gabriel había tomado el tren hacia Londres.

La señora Westmacott estaba sola en su casa durante la noche del crimen. Su personal de servicio consistía en dos mujeres que iban todos los días a limpiar y un matrimonio de caseros que estaban con ella desde hacía años.

Nadie había forzado la entrada a la Mansión Rossetti, de modo que o el asesino tenía llave de la casa o la señora Westmacott misma le había franqueado la entrada.

El cadáver fue hallado, en un diván en su sala; yacía de espaldas y con un lirio entre las manos. La habían estrangulado antes de la medianoche.

—¿Qué opina usted? —preguntó el joven camarero, cuyo nombre era Napper, cuando se dio cuenta de que el caso había despertado el interés de Carolus.

—Prefiero no opinar —dijo Carolus.

Napper era implacable.

—¿No es fascinante? Las viejas no se conocían, por lo que se sabe, y no parece haber ninguna relación entre las familias. ¿Quién pudo tener algún motivo para matar a las dos?

Carolus consideró las últimas palabras distraídamente.

—Cualquier heredero de la señorita Carew pudo haberla matado. Y lo mismo con respecto a la señora Westmacott. Pero, salvo una jugarreta del azar, no veo quién pudo tener un motivo. Sin embargo, esos lirios sugieren que fue la misma persona.

—A menos que...

Napper dejó la bandeja con la que recogía las cosas del desayuno y se volvió hacia Carolus.

—¿A menos que qué? —preguntó.

—Usted habló de una jugarreta del azar. Suponga que el asesino de la señora Westmacott vio el cuerpo de la señorita Carew, ¿no podría haber adoptado el mismo estilo para hacer creer que los dos crímenes habían sido cometidos por la misma persona?

Napper rió.

—O viceversa... —sugirió entre risas.

—Y, si los dos asesinos actuaron de común acuerdo, podrían haber arreglado

dejar lirios para sugerir que había un solo culpable... Cada uno tendría una coartada para uno de los asesinatos.

—También podría ser un loco, ¿no le parece? —sugirió Napper—. Uno que hubiera aparecido de pronto en Buddington. Sería un lugar ideal para alguien que odia a las ancianas. O también suponer que el asesinato de la señorita Carew fue un ensayo para el de la señora Westmacott...

—Va demasiado lejos —dijo Carolus.

—Pero admita que es intrigante, ¿eh? Si fue una sola persona, tuvo una noche muy movida. La señorita Carew salió de su casa a las ocho y la señora Westmacott murió antes de las doce. Supongo que es posible hacerlo, pero habrá tenido que correr bastante.

Carolus se apoyó en las almohadas.

—No quiero hablar más del asunto —dijo—. Estoy descansando.

—¿Quiere el almuerzo en la habitación? —preguntó Napper—. ¿O prefiere bajar? Habló como si fueran viejos amigos, pero sus modales no eran impertinentes. Parecía un joven muy seguro de si mismo y muy maduro.

—Creo que bajaré. Ya no puedo seguir simulando que estoy enfermo.

Napper estaba por abrir la puerta cuando Carolus le preguntó:

—¿Conoció a alguna de las dos mujeres asesinadas?

—Si, a las dos —dijo el camarero—. Las dos estuvieron aquí en diferentes momentos. La señora Westmacott una sola vez.

—¿Hace poco?

—Hace unas semanas. ¿Le interesa?

—No mucho —dijo Carolus.

«Para nada», se repitió a si mismo apenas estuvo solo. Era una linda mañana de sol y su habitación tenía un balcón que daba al sur. Se vistió y salió. La ciudad de techos rojos allá abajo, las colinas que se alejaban hacia el horizonte, la opulencia primaveral de la tierra y el cielo brillante salpicado de nubes blancas, todo era tranquilizador. Tenía varias semanas por delante para holgazanear y varios libros que hacía mucho deseaba leer. ¿Por qué se iba a interesar en el brutal asesinato de dos ancianas?

Pero esas inquietantes preguntas seguían allí. ¿Dos asesinos o uno? ¿Una conspiración o una acción independiente? Era imposible no hacerse estas preguntas después de enterarse del caso.

Alguien golpeó la puerta y un botones trajo un telegrama que Carolus abrió y leyó a desgano.

Gorringer en ebullición. Stop. Qué suerte. Clases terminan martes. Llevo Bentley si usted no hizo otros arreglos. Stop. Libre en vacaciones mande instrucciones. Priggley.

—¿Alguna respuesta, señor? —preguntó el botones.

—Si, espere un minuto.

Carolus escribió de prisa: *Pase vacaciones con Hollingbourne stop. Nada de interés aquí. Deene.*

Se lo entregó al muchacho y sonrió para si.

Capítulo 3

Cuando Carolus bajó al vestíbulo del hotel contempló con algo de asombro a los demás huéspedes. Ancianas con chales y acompañantes, ancianos con cuello duro y monóculos, postrados en sus sillones hasta la hora de almorzar. Las únicas personas «jóvenes» que se veían en la habitación eran obviamente parientes o personas empleadas para encargarse de satisfacer los caprichos de los viejos. Carolus había pasado los cuarenta y estaba débil y tembloroso por su enfermedad, pero se sintió un muchacho al mirar alrededor.

Cuando se sentó se le acercó una septuagenaria que acababa de entrar.

—Sabrá disculparme —dijo autoritaria—, pero ése es mi asiento.

Carolus se levantó.

—Lo ha sido durante doce años —agregó la vieja dama—. Lo siento mucho.

—Es evidente que acaba de llegar.

—Si.

—Tendrían que habérselo dicho.

—¿Le parece que podré ocupar aquel sillón?

—No. Ése es de *Lady Tonks*.

—Ajá. Tal vez...

—Puede sentarse junto a la columna, pero la señorita Stathey bajará en un momento y se le sentará al lado. Querrá contarle de su artritis.

—¿Entonces dónde...?

—No se acerque al grupo ese del sacerdote. Tahúres.

—¿En serio?

—Tampoco le aconsejo los Haberllow. Eran conocidos de la finada señora Westmacott. No conviene involucrarse con ese tipo de cosas.

—Por cierto.

—En un hotel como éste uno puede encontrarse con cualquiera. Por eso hay que ser cuidadoso en extremo. El hotel debería negarse a recibir a la mitad de sus clientes. Hay toda clase de personajes deleznable. Incluso comerciantes.

—¡No!

—Se lo aseguro.

—Más bien parecen... parecen retirados.

—¿Retirados? Si quiere mezclarse con cualquiera y arriesgarse a que lo roben, allá usted. Yo conocí este hotel antes de que bajara de categoría.

—¿Está alojada aquí?

—Si. Pero ahora que Sophia se hizo asesinar me iré. Se daba con gente de lo más extraordinaria. Se lo dije mil veces. Ahí tiene el resultado.

—Así es. ¿La conocía bien?

—Era mi prima. Imprudente, muy imprudente. Hablaba con cualquiera. Cuando una echa un vistazo alrededor en este hotel y ve la chusma que ha comenzado a venir

a estos lugares, una piensa que podría haberle servido de advertencia. Pero no. No sabía discriminar. Basta ver la gente con quien vivía. Los Baxeter, nada menos.

—Tengo entendido que él es un coronel retirado.

—Ascendió de soldado raso, a menos que el ejército haya caído más bajo de lo que yo creía. Ah, supongo que serán personas muy dignas en su medio. ¡Pero imagínese a Sophia viviendo con gente de esa clase! ¡Inconcebible!

La anciana era alta y delgada y tenía nariz afilada. Las comisuras de los labios se curvaban hacia abajo, dándole una expresión hostil y condenatoria.

—¿Usted conocía a Sophia Carew? —le preguntó a Carolus, como si hubiera reparado en él de pronto.

—No. Acabo de llegar a Buddington para una cura de reposo. Mi nombre es Deene.

—¿Ah, sí? Puede sentarse. Mi nombre es Tissot.

Pero antes de que Carolus pudiera aceptar la invitación se acercó un botones a decirle que un caballero lo esperaba.

La señorita Tissot puso una expresión pétrea y cuando el muchacho agregó «Creo que es un inspector de policía», la anciana apretó los labios y miró resuelta a lo lejos, apenas respondiendo a las disculpas de Carolus con una mínima y casi imperceptible inclinación de cabeza.

En el vestíbulo Carolus encontró a su viejo amigo el inspector John Moore.

—Oí que habías llegado —dijo Moore—. Y vine enseguida.

—¿Pero qué haces tú aquí, John?

—Fui transferido. Justo a tiempo para este caso. Precioso, ¿no?

—¿Dónde podemos tomar algo? ¿Hay algún bar en este lugar o sólo sirven agua mineral?

Encontraron un sitio denominado bar americano que estaba vacío.

—Cuéntame algo —dijo Carolus cuando estuvieron instalados en un rincón apartado.

—¿Qué? Ah, eso —dijo Moore y quedó en silencio.

—¿No te dieron el caso?

—Sí que me lo dieron.

—Difícil, ¿no?

—En cierto modo. Pero por un lado es un caso resuelto. Escucha, Carolus. Si tuviera que encontrar al asesino de Sophia Carew podría hacerlo. El sobrino es el principal sospechoso. Obvio. El mejor de los motivos, no tiene coartada y hay una cantidad de evidencias circunstanciales. Si estuviera investigando la muerte de la señora Westmacott tampoco tendría dudas. El hijo menor...

—¿Pero no estaba en Lancashire, dando una conferencia?

—Nada de eso. Dice que le dijo eso a la madre para poder irse de farra. Él también tiene motivos y no tiene coartada. ¿Pero cómo demostrar que Charlie Carew es el asesino de la señora Westmacott, o que Gabriel Westmacott es el asesino de la

señorita Carew?

—Veo la dificultad. ¿Ningún sospechoso encaja en los dos casos?

—Ninguno. Sin embargo, todo parece señalar que fue la misma persona.

—¿Por los lirios?

—Y otros detalles. Pero tú viniste a descansar; ¿no?

—No me molesta oír lo que sepas.

—No hay demasiado. Pero te lo contaré. En primer lugar, los testamentos.

—Como siempre, ¿eh, John?

—Rara vez falla, a menos que sea un crimen pasional, y no podemos decir que ése sea el caso. El testamento de Sophia Carew es un documento simple y sencillo. Todo lo que tenía debe ser dividido en tres partes iguales. Una para su sobrino, Charles Carew, una para el matrimonio en cuya casa vivía, Garnett y Mona Baxeter, y la otra a una prima, Martha Tissot.

—Vaya, vaya...

—¿Hay algo malo?

—Nada. Pero acabo de conocer a la dama en cuestión. Continúa.

—El de la señora Westmacott es mucho más complejo, además tenía mucho dinero. Hay legados para los Bickley, el matrimonio que trabajó para ella durante años; para varias sociedades literarias y artísticas; para sociedades de beneficencia locales conectadas con la iglesia de San Agustín y para una persona llamada Grace Lightfoot. También hay un legado importante para una antigua mucama suya casada con un hombre de apellido Thickett. El resto va a parar a los hijos, pero no en proporciones iguales. El mayor, Dante, recibe tanto como los otros dos, Gabriel y Christina, juntos.

—Linda lista de sospechosos si crees que el dinero fue el motivo.

—Ahora hablemos de los cadáveres. El examen médico no reveló señales de lucha en ninguno de los dos casos. Las dos mujeres fueron estranguladas con algo suave, como una chalina, que no dejó marcas. Se cree que la señora Westmacott murió cerca de la medianoche y la señorita Carew dos horas antes. Las dos habían sido acostadas de espaldas con el lirio entre las manos.

—¿Guardaste los tallos?

—Claro.

—¿Cuántas flores tenía cada uno?

—¿Te estás haciendo el gracioso?

—No. Tengo razones para preguntarlo.

—Tres cada uno, creo.

—¿Había habido más originalmente?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—¿Pero no te fijaste? Escúchame, John, llama a tu oficina y pregunta.

—Pensé que habías venido a descansar.

Moore se ausentó unos minutos y volvió diciendo que uno de los tallos había

tenido originalmente cinco flores, y el otro cuatro. Carolus le dio las gracias con mucha seriedad.

—El cadáver de la señorita Carew —continuó Moore— fue hallado por un obrero vial de nombre Thickett. Jura que sólo la tocó para sacudirla, porque primero pensó que la señorita Carew estaba dormida. Fue en su bicicleta hasta la cabina telefónica del cruce y nos llamó. Yo estaba en la oficina en ese momento y fui en persona.

—Bien.

—Según el informe, era una noche sumamente oscura y nublada, pero no llovía. El terreno estaba blando y pudimos distinguir algunas huellas, de las cuales tenemos el molde.

—Caramba. ¿Huellas? Hace años que no se han usado huellas como pruebas, si mal no recuerdo.

—No sé si éstas lo serán. Sucede que eran de zapatos de hombre número cuarenta y dos. No nos servirá de mucho. Por lo visto, este asesino no es de los que pasan por alto algo como las huellas. Además cualquiera podría ponerse un par de zapatos número cuarenta y dos y caminar un corto trecho con ellos. Incluso una mujer.

—¿Qué te hace suponer que lo haya hecho? Tu asesino podría haber usado sus propios zapatos, sabiendo que su número es muy común. ¿Por qué crees que no lo hizo?

—Porque se encontró un viejo par de zapatos número cuarenta y dos en la zanja entre la carretera y la mina. Habían sido usados por el que dejó las huellas.

—¿No me digas? Esto se pone muy interesante. ¿Han sido identificados?

—No, pero tenían suela y taco nuevos puestos por un zapatero de nombre Humpling. Dice que hace seis meses o más le birlaron un par de zapatos del negocio. No puede jurar que sean éstos, pero está seguro de que los arregló él. De las personas relacionadas hasta ahora con el caso dice conocer a los Bickleys, los sirvientes de la señora Westmacott y a un hombre llamado Wright, el chófer de de tu amiga, la señorita Tissot. Por ahora estamos tratando de encontrar al dueño de los zapatos.

—Volvamos a la mina, John. ¿Qué más encontraron?

—Evidencia de que el cuerpo fue arrastrado desde el auto hasta el lugar donde fue encontrado. La ropa no deja lugar a dudas, pero además los muchachos de investigación revisaron el terreno y lo confirmaron.

—¿Algún rastro del auto?

—Ninguno. Lo habrán estacionado lejos.

—¿Nadie lo vio?

—No hemos recibido ninguna información. No hemos tenido ninguna ayuda. Hasta la evidencia médica es vaga. El forense es muy reacio a dar la hora exacta de la muerte. Dice, y yo opino que tiene razón, que nueve de cada diez veces éstas son tonterías. Sólo dijo que la señorita Carew había muerto antes que la señora Westmacott pero no quiso comprometerse a más. Después de mucho insistirle admitió que probablemente la señorita Carew había sido asesinada en las primeras horas de la

noche, antes de las diez, supone, y la señora Westmacott hacia la medianoche. Pero no atestiguará sobre eso bajo juramento.

—Está bien. Prefiero eso a aquellos doctores que miran al cadáver un segundo y te dicen que hace exactamente dieciocho horas y media que murió.

—Sí. Es más honesto. Pero su información no nos ayuda mucho. Eso sí, está convencido de que las dos mujeres fueron estranguladas con algo suave, como una chalina de seda, probablemente desde atrás.

—Es el método más usual, ¿no? ¿Qué hay del asesinato de la señora Westmacott?

—Poco. Era una mujer grande y pesada. Tenía un gran porte. La encontraron en la salita donde solía pasar las tardes, y parece que el hogar estuvo encendido hasta tarde, porque por la mañana las cenizas seguían calientes.

—¿Quién la encontró?

—La señora Bickley. Como todos los días se levantó a las ocho a hacer la limpieza y encontró el cuerpo camino al dormitorio. Según ella, la señora Westmacott tenía «cara de espanto». No entiende por qué no la llamó la noche anterior, pues hay un teléfono interno que comunica con la casa de los Bickley.

—¿Alguna señal de lucha?

—Ninguna. Al parecer la muerte sobrevino cuando la mujer ya estaba sentada en el sofá donde se la encontró. El asesino habrá pasado por detrás de ella con alguna excusa y la estranguló antes de que pudiera pedir ayuda.

—No hay huellas, por supuesto.

—Ninguna, de más está decir. Salvo de la gente de la casa. Se acabó la época en que los asesinos dejaban una pista sutil antes de desaparecer, Carolus. Pero hallamos un objeto bastante extraño en la habitación que ni los Bickley ni ningún otro miembro de la familia Westmacott había visto antes. Parece un adorno de un árbol de Navidad. Es un cable finito con esas lamparitas que se cuelgan en los árboles de Navidad. El cable mide unos treinta centímetros y cada adorno está a cinco centímetros del siguiente.

—¿Hay seis entonces?

—Siete, en realidad. Pero no fue usado para estrangular a la anciana ni nada por el estilo. La señora Westmacott también fue estrangulada con algo suave.

—¿Dónde encontraron el cable?

—Sobre una mesita detrás del sofá.

—¿Algo más?

—No. No creo.

—¿Y el auto de Sophia Carew?

—Estaba en el estacionamiento del cine Granodeon. El encargado termina su servicio a las nueve y está casi seguro de que no estaba allí cuando se fue. No había huellas dignas de mención en el auto, pero casi todo el mundo ha estado usando guantes últimamente, por el frío. Charlie Carew admite haber andado con su tía en el auto varias veces en los últimos tiempos, también los Baxeter y Martha Tissot,

aunque ella tiene auto propio, como te dije. Eso es todo, Carolus. ¿Y bien?

—No veo mucho, te lo confieso.

—Nos inclinamos a pensar que se trata de un loco. En ese caso hay siempre preocupación por otro asesinato. El cielo sabe cuántas ancianas hay en esta ciudad, y uno no puede evitar pensar quién será la próxima que sostenga el lirio entre las manos.

—¿No hay nada que relacione los dos asesinatos?

—Supondrás que hemos hecho todo lo posible por encontrar algo. Algunos comerciantes atendían a las dos, pero no creo que ellas tuvieran contacto o se conocieran. Pero hay un detalle interesante que quizá nos sirva de algo. Las dos vendieron algunas piezas de oro hace poco a un timbrero de oro de nombre Maurice Ebony.

—¿Qué es un timbrero de oro?

—No eres un experto en eso, ¿eh, Carolus? Un timbrero de oro es un hombre que va de puerta en puerta comprando oro a particulares. Tiene muchos trucos casi ilegales, pero no podemos hacer casi nada contra ellos. Alrededor de una semana antes de los asesinatos, este Ebony, que es de Londres y tiene un negocio allí, estuvo trabajando en este distrito. Tiene una empleada que le hace las entrevistas, una chica muy atractiva llamada Moira Long. Ella fue primero a ver a los Baxeter y luego Ebony les compró oro. Mientras estaban haciendo el negocio entró Sophia Carew y la convencieron de que le vendiera algunas alhajas antiguas. Al día siguiente Moira Long fue a la Mansión Rossetti y Ebony, según sus propias palabras, «se dio un atracón». Quizá no tenga la menor importancia, pero es la única relación que hemos podido establecer entre las dos casas.

—Habrá comprado mucho más en las demás casas de Buddington, ¿no?

—No te creas. Este lugar es una mina de oro para estos compradores y esta muy trabajado. Ahora, Carolus, puedes empezar a hacer trabajar tu cabeza y si tienes alguna de tus extrañas ideas, házmelo saber. Avanzaremos a tu paso lento, por supuesto.

—Esta bien, John. Ven a verme otra vez, ¿eh?

Capítulo 4

Durante los tres días siguientes Carolus se sintió francamente rechazado, junto con los demás huéspedes del Royal Hydro, por la señorita Tissot. Se le acercaba, antes del almuerzo pero ella se mostraba absorta en una novela de Charles Morgan y no levantaba la vista a su paso. Cuando servían el té en el vestíbulo, ella parecía concentrarse en su taza si Carolus andaba cerca, e incluso a la hora de la cena, cuando hacía su aparición con sus vestidos «de gala», no permitía que Carolus le atrajera la atención.

Sin embargo, al cuarto día Carolus decidió, con espíritu travieso, poner fin a la helada indiferencia de la señorita Tissot con referencia a su persona. Con el diario en la mano llegó al vestíbulo más temprano que de costumbre y se sentó en la silla de ella. Luego abrió el diario y pareció abstraerse en él. Cuando ella se le acercó lo hizo sin vacilación ni ambigüedad.

—Ha ocupado mi asiento otra vez. La primera vez pudo ser un error estúpido, esto es una insolencia.

Carolus se levantó de inmediato con una sonrisa.

—No, sólo una trampa —dijo—. Quería hablar con usted.

La señorita Tissot no respondió. Se limitó a sentarse y abrir su libro.

—Qué aburrido es Charles Morgan —dijo Carolus sin mucha delicadeza—. ¿No le parece realmente inaguantable?

—Una comprende al leer sus libros que era un caballero —dijo la anciana sin mirarlo.

—Señorita Tissot, ¿quiere saber quién mató a su prima?

—Quiero saber lo menos posible sobre ese asunto. Ya es suficiente con que mi prima haya sido hallada muerta en una zanja. Poco me agrada que su muerte sea relacionada con la de esa mujerzuela... Todo el mundo sabe que fue una persona *bohemia*. Modelo de pintores, tengo entendido.

—¿Entonces usted no cree que haya sido víctima del mismo asesino?

—Prefiero no opinar al respecto. Mi prima tenía tan poco discernimiento que cualquier cosa es posible. Asistí a la indagatoria contra mi voluntad. Apenas se pongan en orden los asuntos de la señorita Carew me iré de Buddington y no regresaré nunca.

—¿No sería más satisfactorio aclarar todo?

—¿Qué me esta proponiendo con exactitud, señor?

—Quiero su autorización para investigar.

—¿No se encarga la policía de eso?

—Por supuesto. Pero creo que yo podría llegar a la verdad con más discreción. Necesito la autorización de alguien cercano. No quiero dirigirme a la familia Westmacott.

—¿Cree que podría ahorrarme algo de esa desagradable publicidad?

—Trataría.

—¿Debo entender que usted es una especie de detective privado?

—Podríamos decir que sí. Un detective muy especial. Nunca me involucro con asuntos en que no hayan asesinado a alguien.

—Parece una actividad morbosa. ¿Debo entender que me esta pidiendo un sueldo?

—En absoluto. Lo haré porque me interesa.

—Parece un joven bastante respetable, a pesar de su impertinencia. Apropiarse de mi silla en dos oportunidades... Consideraré el asunto.

—Gracias, señorita Tissot. ¿Puedo pedirle que me acompañe a tomar un aperitivo?

—Jerez con unas gotas de bitter —dijo la señorita Tissot antes de que Carolus terminara de invitarla. Habló con decisión.

—Perfecto —dijo Carolus y llamó al camarero—. ¿Quién cree que mató a su prima?

—Especular sobre ese tema es de muy mal gusto y poco fructífero. No pudo haber sido nadie en su sano juicio.

—La cordura abarca una multitud de aberraciones. Pudo haber sido alguien a quien el mundo acepta como un cuerdo, creo. Espero poder decirle más si me da su autorización para hacer algunas investigaciones.

—Se la daré.

—Lo primero que quiero hacer es investigar a su chófer, Harold Wright.

—¿Y qué tiene que ver Wright con esto?

—Conocía a la señorita Carew.

—La llevó alguna vez.

—¿Hace mucho que esta con usted?

—Desde que tenía cinco años. Es el hijo, lamento decir que el hijo *natural*, de una excelente cocinera que tenía cuando vivíamos en Ventnor. La madre murió cuando él tenía diecisiete años y quedó a mi servicio.

—¿Es un buen chófer?

—Es muy leal. Por desgracia, hace poco mis abogados me han informado que no se justifica el gasto de seguir manteniendo un automóvil. Parece que unas inversiones que hizo mi padre no rindieron lo esperado. Y como ahora vivo en hoteles, el auto es un lujo muy caro.

—¿Wright Sabía esto?

—Me pareció mejor avisarle con anticipación. Se puso muy triste. Pero al enterarme del testamento de mi prima supe que podría mantener el coche. No entiendo la relación entre...

—Ninguna. Al parecer la señorita Carew conocía a muy pocas personas y Wright era una de ellas.

—¿Pocas personas? Mi prima no sabía discriminar. No es bueno codearse con la

chusma. Seguiría viva si hubiera escuchado mis consejos sobre esto. Hay que ser muy cuidadosa en un lugar así.

—¿Tiene alguna razón en especial para decir esto, señorita Tissot? ¿Había alguien en particular que conociera a su prima y no contara con su aprobación?

—No. Pero su modo de vivir mostraba falta de discernimiento. Vivía con esos Baxeter...

—¿Usted los conocía?

—¿Conocerlos? Claro que no. No se me ocurriría relacionarme con esa gente. Habían convertido su casa en una pensión.

—¿Pero tengo entendido que la señorita Carew era la única huésped, no?

—Las cifras no cuentan, señor Deene. Alquilan cuartos. No me queda más que suponer que mi desafortunada prima heredó de su padre esa prodigalidad para hacer amistades. La madre era hermana de mi padre y se casó con un hombre de apellido Carew, un pastor cuya profesión lo ponía en contacto con la gente más indeseable. Esta veta es aún más notoria en su sobrino Charles, cuya fama...

—¿Tiene mala fama?

—Totalmente. ¿Qué otra cosa cabe esperar?

—Nada. Sé muy poco de él.

—El padre era artista.

—Eso...

—Ni siquiera académico. Por suerte, tenía dinero.

—Parece haber varios artistas relacionados con este caso.

—Como le decía, mi prima carecía por completo de discriminación. No me llama la atención que su muerte se asocie con ese tipo de cosas.

—¿Heredó Charles Carew el talento de su padre?

—No sabía que su padre tuviera talento. Además, señor Deene, el talento a menudo le hace olvidar su lugar a la gente.

—La entiendo.

—En cuanto a Charles Carew, yo no tenía nada que ver con él. No era pariente de sangre. El padre era hermano del padre de Sophia. Tengo entendido que hizo todo lo posible por amargarle la vida al padre de Sophia, que era pastor.

—¿Cómo?

—Era un artista de la vieja escuela, de la peor fama. Un bohemio, un vagabundo, un personaje del Barrio Latino que estaba a la altura de su fama.

—Suenan muy chocante.

—Creo que en un tiempo vivió en París.

En el vestíbulo había empezado el éxodo. En su camino hacia el comedor, mostraba las caras iluminadas ante la perspectiva del almuerzo. Las ancianas se apoyaban en los brazos de los más jóvenes, pero lograban avanzar a una velocidad sorprendente; los ancianos caballeros ignoraban todo lo que los rodeaba y con

resolución se abrían camino entre las mesas. Sólo unos pocos rezagados se demoraban para dejar libros o sus bordados sobre las sillas, para reservarlas.

En el inmenso comedor no se perdía el tiempo en conversaciones inútiles. Los camareros corrían de un lado a otro, distribuyendo menús, los cuales eran estudiados con feroz concentración. Los comensales utilizaban toda variedad de aparatos para mejorar la visión, desde anteojos normales a antiguos quevedos o impertinentes.

—¡No traje mis lentes! —gimió una anciana en una mesa cerca de Carolus—. Léeme, querida Annie, léeme. —Era un grito del corazón.

Del otro lado del salón, sentada sola a una mesa, como él, Martha Tissot se mostraba tan ocupada como ajena al resto del salón.

Napper apareció al lado de Carolus.

—Siento haberlo hecho esperar —dijo en un susurro—. Tengo que servirles primero. Esto se convierte en un infierno si se los hace esperar. Le diré qué hay de bueno si tiene hambre. Ñoquis al estofado. El estúpido del cocinero le llama *Boeuf bouilli aux boidinnettes*, aunque parezca mentira. Nació en Chiswick y se llama Wilkes. ¿Cerveza? Sí, ahora le traigo. Se van a escandalizar. Por lo general se dan por satisfechos con unos sorbitos de vino blanco.

El apetito le había vuelto junto con la energía, y Carolus se sintió mejor por primera vez en semanas. Se dio cuenta de que ya estaba metido hasta los tuétanos en el caso de asesinato, pero decidió tomarlo con calma. Hallaba el problema altamente intrigante, pero como el inspector John Moore estaba a cargo podría meditar sin urgencias y sin ningún sentido de responsabilidad. John lo solucionaría, seguramente; él, por su parte, podía aprovechar la oportunidad para ejercitar su pasatiempo favorito.

Cuando salía del comedor lo llamaron por teléfono. Un tal Gabriel Westmacott.

—¿Señor Deene? —dijo una voz melosa—. Soy Gabriel Westmacott. Leí un libro suyo y querría verlo.

—¿Cómo supo que estaba aquí? —preguntó Carolus con voz cortante.

—Esas cosas se saben. ¿Puedo ir a hablarle?

—¿Sobre qué asunto?

Carolus esperaba una respuesta evasiva.

—Sobre el asesinato de mi madre —dijo Gabriel Westmacott.

Carolus pensó con rapidez.

—¿Podría venir al hotel hoy a las cuatro?

—Con mucho gusto.

A las cuatro de la tarde, la sala denominada «Sala de Lectura para Huéspedes» estaba vacía, dado que los huéspedes se congregaban en el gran Salón Palm para el té. Carolus había dejado instrucciones en el vestíbulo y fue allí a esperar a su visitante.

Gabriel Westmacott era alto y pálido, con largo cabello castaño salpicado de gris e inocentes ojos celestes. Hasta en su apariencia había algo inequívocamente prerrafaelista, y sus movimientos, su piel blanca y su aspecto angélico lo

confirmaban. Fumaba con boquilla.

—Apenas me enteré de que estaba en la ciudad supe cual era el objeto de su estada —dijo. Había una cierta arrogancia en sus modales que a Carolus le resultó difícil soportar—. La muerte de mi madre le habrá parecido irresistible.

—Ya estaba aquí cuando sucedió —dijo Carolus brevemente—. Vine a recuperarme de una enfermedad.

—En ese caso tuvo suerte. Tiene el caso servido en bandeja.

—¿Sobre qué quería hablarme?

—No puedo creer que no va a tomar el caso. Me gustaría que actuara en mi nombre.

—Me temo que es imposible. Ya estoy comprometido.

—¿Mi hermano Dante?

—No. Represento a la prima de la señorita Carew.

—No sabía que tuviera una prima.

—¿Usted conoció a la señorita Carew?

—No. Es decir, la había visto. Leí su libro.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Señor Deene, no empiece a interrogarme, por favor. Ya tuve bastante con la policía. Vine a procurar sus servicios.

—¿Tiene alguna sospecha con respecto a la muerte de su madre?

—Ninguna. No le conocía ningún enemigo. Los únicos que se benefician con su muerte son sus herederos, y creo que ni el mas receloso sospecharía que mi hermano o yo fuéramos capaces de estrangularla para quedarnos con el dinero.

—Había otros herederos.

—Sí, pero... creo que por ese lado la investigación será infructuosa.

—¿Qué piensa usted entonces, señor Westmacott?

—Algún loco que asesina a ancianas. Los lirios lo sugieren claramente.

—¿Dice que la policía lo interrogó?

—Exhaustivamente, sí. Eso es lo desafortunado. ¿Sabe qué sucedió? Yo estaba en la ciudad esa noche y la policía lo sabe.

—Muy extraño. Se suponía que tenía que estar dando una conferencia en Lancashire.

—A menudo doy conferencias y casi siempre es en Lancashire o Yorkshire o lugares así. Pero esta vez, se lo digo con franqueza, quería pasar dos noches en Londres. Salí el miércoles por la mañana, me quedé la noche del miércoles...

—¿Dónde?

—¿Cómo dice?

—¿Dónde se quedó?

—Eso no tiene nada que ver con este asunto. Mi madre y la señorita Carew fueron asesinadas el jueves por la noche.

—¿En un hotel?

—No. En un departamento, de unos amigos.

—Comprendo —dijo Carolus significativamente.

—El jueves me quedé sin dinero y además pensé que debía decirle a mi madre lo que había estado haciendo. Así que volví.

—¿Cuál fue la distancia exacta desde Londres?

—Sesenta kilómetros.

—¿A qué hora salió de Londres?

—A las ocho. Llegué a casa de mi madre poco antes de las diez. Estaba sola en la salita donde la encontraron al día siguiente.

—¿Usted llegó a verla?

—Claro. Estuve con ella cerca de una hora. Le expliqué que quería tomarme unos días de vacaciones. Me dio el dinero que necesitaba.

—¿Un cheque?

—No. Mi madre guardaba una suma considerable en efectivo en casa. Me dio sesenta libras.

—¿Dónde guardaba ese dinero?

—En el dormitorio. No lo sé con exactitud. Subió a buscarlo.

—¿Se ha encontrado el resto de ese dinero?

—No lo sé. Dejé a mi madre en la salita a las once. Estaba muy bien de salud y de ánimo. Me fui y llegué a Londres poco después de la medianoche.

—¿Puede probarlo? Sería una coartada excelente si pudiera.

—No, no puedo. Tenía la llave de la puerta de calle del departamento donde me hospedaba y no había nadie levantado. Pero me parece absurdo hablar de coartadas, ¿a quién se le ocurriría sospechar que maté a mi madre?

—Mi querido señor Westmacott, estamos en una época muy controvertida y cualquiera puede ser sospechoso de cualquier cosa. Alguien entró en la casa de su madre esa noche, con llave propia o con el consentimiento de ella. Eso limita el número de sospechosos, ¿no le parece?

El rostro pálido de Gabriel seguía sin expresión.

—¿Cree que la policía puede ser tan tonta como para sospechar de mi?

—Usted aparecerá en la lista de posibles sospechosos de todo aquel que esté investigando estos asesinatos. Entiendo que no desea dar detalles de sus movimientos en Londres.

—No. Es algo que no tiene absolutamente nada que ver con esto.

—Cuénteme algo sobre su madre, señor Westmacott.

—Mi madre tenía ochenta años. Habrá visto fotografías de ella. Había sido una mujer muy hermosa. Tenía muchas amistades entre pintores y escritores, en especial los que se interesaban en la escuela prerrafaelista. Heredó la colección de mi padre de muebles, cerámica, libros y telas de William Morris y, aunque no era precisamente lo que uno llamaría una intelectual, apreciaba esos objetos y estaba orgullosa de la conexión de la familia con ese famoso círculo artístico. Le gustaba invitar gente a

casa, y recibía con mucha prodigalidad.

—Ustedes se criaron en ese ambiente, entonces. ¿No sentían ganas de rebelarse a veces? ¿No tuvieron bastante de Burne-Jones y compañía?

Gabriel Westmacott parpadeó solemnemente.

—Creo que a mi hermano Dante le interesa el arte menos que a mí. Su esposa no tiene muchas inquietudes que digamos. Yo, por mi parte, estoy muy orgulloso de ser el nieto de un hombre que era amigo de todos esos gigantes.

—¿Era apreciada su madre entre los artistas?

—Absolutamente. Había excepciones, por supuesto. O al menos una excepción. Un pintor de mala fama llamado Ben Johnson.

—Pero tengo entendido que es uno de nuestros más notables pintores contemporáneos.

Gabriel Westmacott abrió y cerró la boca sin emitir sonido.

—No sé nada de sus cuadros. Es un hombre licencioso, dado al alcohol y otros vicios. Su vocabulario es execrable y es incapaz de controlar su carácter violento y sus malos modales en presencia de las damas.

—¿Lo conoce?

—No vive lejos y su fama es conocida. Cuando mi madre tuvo la gentileza de invitarlo a casa, él rechazó la invitación de la manera más ofensiva.

—¿Así que su madre no lo conoció?

—No. Fue tan imprudentemente generosa que repitió su invitación, por carta, y tal vez más de una vez. Ella pensaba que era una lástima que un pintor, por indisciplinado que fuera en su vida privada, viviera cerca de la Mansión Rossetti y fuera un desconocido para ella. Pero él tendía a ignorar las invitaciones o contestar con procacidad.

—Es un buen pintor —dijo Carolus.

—Eso —dijo Gabriel Westmacott— es una mera cuestión de opiniones. Me aventuro a dudar, sin embargo, de que cualquiera de los grandes hombres cuyos nombres reverencio, los amigos de mi padre, hubiera podido soportar la visión de sus atroces deformidades.

—Cierto —dijo Carolus; apropiadamente—. Quizá quiera hacerle más preguntas más tarde, señor Westmacott, cuando me haya internado más en este asunto.

—Estaré listo para responder —dijo Gabriel con solemnidad—, pero me gustaría saber si tiene alguna sospecha.

—Ninguna, salvo que no creo que los dos crímenes hayan sido obra de un loco con instinto asesino. Creo que hubo un motivo frío y artero detrás de ellos.

—¡Vaya! —exclamó Gabriel Westmacott y se retiró.

Capítulo 5

Al martes siguiente Rupert Priggley entró en la habitación de Carolus antes de que éste se levantara.

—¿No te dije que pasaras las vacaciones de Pascua con los Hollingbourne? —dijo Carolus cortante.

—Pensé que era una demostración de su sentido del humor, señor —dijo el alumno menos preferido de Carolus—. Pero volvamos a la realidad. Se ha hecho cargo del caso, por supuesto.

—Supongo que sí. Pero no con mucho ánimo. Todavía no empecé a investigar.

—Bien. Entonces el Bentley será útil.

Carolus se incorporó en la cama.

—¿No habrás tenido la impertinencia de traer mi auto sin mi permiso?

—Calma, señor. La calma ante todo. Está afuera, en perfecto estado. Esquivé a un camionero chiflado y a una mujer con un convertible.

—Sinvergüenza impertinente.

—No, no, señor. Es mi estructura biológica lo que falla. Mis respuestas no están de acuerdo con las expectativas sociales. No es nada orgánico, ningún trastorno endocrino ni nada de eso. Se debe a un patrón de conducta desafiante durante el período de crecimiento. Soy un psicópata compensado.

—Eres una rata. Dame las llaves del auto. Supongo que tendré que pagarte el almuerzo antes de mandarte de vuelta. Baja y espérame en el vestíbulo.

Rupert sonrió.

—Sabía que iba a aflojar —dijo—. ¿A quién entrevistamos primero?

Carolus fue esa tarde a Dehra Dun, la casa del coronel Baxeter y señora. El nombre había llevado a Carolus a imaginar una casa llena de artesanía de Benarés, pieles de tigre en el piso y cabezas embalsamadas en todas las paredes. Nada de eso. Dehra Dun era el nombre que le había puesto el ocupante anterior. La casa tenía enormes ventanas con vidrios espejados del lado exterior, lámparas de rayos ultravioletas y canastas con frutas por todos lados. Tenía todo el aspecto de un hospital caro.

El coronel Baxeter era un hombrecito marrón y arrugado de cabello blanco, brillantes ojos azules y un aspecto excesivamente higiénico. Su esposa era una Brunnhilde.

—Somos nudistas —dijo el coronel para alarma de Carolus, quizá para explicar las ventanas abiertas y la camisa desabotonada en un día tan fresco.

—Y vegetarianos —agregó su esposa.

—¿Ah, sí? ¿La señorita Carew compartía sus costumbres?

—No del todo. Compartía nuestro desagrado por las habitaciones sofocantes, tan insalubres —dijo el coronel, haciendo caso omiso del estremecimiento de Carolus—. Pero no era miembro de la Sociedad Vegetariana.

—Ni de la Liga Naturista —interpuso la señora Baxeter, que tenía la costumbre de redondear invariablemente los comentarios de su esposo.

—Bebía alcohol —continuó el coronel—. Le servíamos nuestro cóctel, una mezcla deliciosa de jugos naturales de fruta, y ella le agregaba un poco de gin. No aborrecía como nosotros la carne. Como sabrá, está llena de sustancias nocivas y destruye los tejidos en el hombre.

—Además comer carne implica un inmenso sufrimiento para animales sensibles.

—Así es —dijo el coronel—. Por supuesto que nunca impusimos nuestros puntos de vista a nuestra huésped y le aceptábamos sus costumbres. Fumaba también, aunque ni mi esposa ni yo nos dañaríamos los pulmones con humo de tabaco.

—Ni sacrificaríamos nuestra salud por el vicio de la nicotina.

—Pero ella era una mujer muy saludable, ¿no?

—No estaba más enferma que otros con esos hábitos. ¿Usted está investigando su muerte?

—Estoy tratando de averiguar quién la mató. Querría hacerles algunas preguntas, si no les molesta.

—De ninguna manera —dijo el coronel—. Estamos deseosos de prestar nuestra colaboración. En muchos aspectos teníamos un gran afecto y estima por Sophia.

—¿No saben adónde pensaba ir cuando los dejó esa noche?

—En absoluto. No era costumbre nuestra ponernos al tanto de sus movimientos. A menudo iba al cine, por ejemplo, pero sabiendo que el sólo pensar en esa atmósfera insalubre y llena de humo nos era doloroso, rara vez lo mencionaba. Esa noche durante la cena dijo que saldría. Eso fue todo.

—Hubo una llamada telefónica —recordó la esposa.

—Ah, si. Cuando estábamos tomando el cóctel frutal sonó el teléfono y yo contesté. La llamada provenía de una cabina. Pude oír con claridad las monedas que caían. Una voz muy aguda preguntó por la señorita Carew.

—¿Una voz de mujer?

—No lo sé con seguridad. Era una voz artificial y chillona; pudo haber sido un hombre que quería ocultar la suya. Sophia fue al teléfono que está en la sala: no oímos la conversación. Pero minutos después la oímos gritar, como si estuviera tratando de hacerse entender por un sordo. Y después, como exasperada, colgó. Enseguida regresó adonde estábamos y nos dijo que iba a salir.

—¿Pareció preocupada?

—No. Contenta en todo caso. Dijo que se llevaría a Skylark, su perro, un terrier irlandés. Le gustaban muchísimo los animales, gusto que nosotros no compartíamos. Sophia era miembro de la Royal Zoological Society y a menudo pasaba días enteros en el zoológico. Para nosotros era inexplicable, porque no soportamos ver ningún animal en cautiverio.

—¿Ni siquiera un perro? —preguntó Carolus.

—Ésa es otra cuestión. Mi esposa y yo desaprobamos tener animales domésticos

no por un problema ético sino porque consideramos que no es higiénico compartir el lugar donde se vive con carnívoros portadores de gérmenes.

—¿Pero le permitían a la señorita Carew que tuviera a Skylark?

—Hay un patio donde el perro podía gozar de una cierta libertad y al mismo tiempo permanecer alejado de nuestras habitaciones. Pero Sophia lo hacía dormir en su cuarto, lo llevaba a pasear, lo mimaba y acariciaba. Siempre lo ubicaba en el asiento al lado de ella en el auto. Cuando mi esposa y yo salíamos con ella nos ubicábamos atrás. Incluso si hubiéramos querido sentarnos adelante no creo que se hubiera podido convencer al perro de dejar su lugar, situación que encuentro discutible.

—Pero Skylark era un perro bien educado —dijo la señora Baxeter.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Carolus.

—En el patio de atrás. Lo encontraron en el auto de Sophia la mañana siguiente del asesinato.

—¿La señorita Carew tenía muchos amigos?

—Muy pocos en Buddington. Era miembro de un club en Londres y tenía muchas amistades allí. Pero no aquí.

—¿Quién, por ejemplo?

—Su prima, la señorita Tissot, a quien usted representa. No tenemos el gusto, aunque nos gustaría conocerla pronto. Somos coherederos según el testamento de Sophia y creo que deberíamos conocernos. Además estaba el sobrino de Sophia, Charles. No nos gusta, pero por consideración a Sophia lo recibimos varias veces en casa.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, diría yo, si uno encara la vida como él. Para nosotros carece por completo de idealismo.

—Es materialista —agregó la señora Baxeter.

—En los últimos años ha empeorado. Era un hombre más sano cuando su esposa vivía con él. Eran aficionados al ciclismo.

—¿Ah, sí? Jamás lo hubiera pensado.

—Es que cambió mucho. Ahora come en exceso. No es un borracho, pero consume demasiado alcohol. Nosotros somos muy exigentes con nuestras amistades. No lo juzgo. Sólo digo que no es la clase de gente con la que nos gusta intimar.

—¿Alguien más?

—Sophia conocía a un hombre llamado Ben Johnson. Es pintor, creo.

Era evidente que a los Baxeter no les parecía muy agradable el pintor. Incluso parecían preferir a Charles Carew.

—Es un muy buen pintor —dijo Carolus.

—Preferiría no hablar de él. En la única ocasión en que nos vimos su vocabulario en presencia de mi esposa, y es más, su sola presencia, fue de lo más ofensiva.

—Intolerable —acotó la señora Baxeter.

—¿Recibió la señorita Carew algunos visitantes últimamente?

—Sí. Hace una semana la visitó Gabriel Westmacott. Carolus dejó ver su sorpresa.

—Tenía entendido que la señora Carew y los Westmacott no se conocían.

—Ella no conocía a Gabriel Westmacott. Nosotros estuvimos presentes cuando ella lo recibió. En su habitación. Al parecer él había venido a pedirle un favor.

—Qué extraño. ¿Qué era?

—Parece que su madre, que no sale mucho, ha dado en considerar que su casa es un salón cultural. Tenía, por intermedio de su esposo, relaciones con algunos pintores, entre ellos William Morris. Hace años, parece, que venía intentando incluir a este señor Johnson en su círculo. A mí me resulta inexplicable, por supuesto, pero la señora Westmacott era una mujer rica y acostumbrada a cumplir sus caprichos. Sabía que Sophia era amiga de Johnson y, como todo lo demás había fallado, mandó al hijo a pedirle personalmente a Sophia que la ayudara. Creo que a Sophia le hizo gracia la idea. Ella compartía nuestro desagrado por el esnobismo.

—Lo que me cuenta es muy interesante, coronel Baxeter. Constituye casi el único vínculo entre los dos casos. ¿Algún otro visitante?

—Vino una persona a comprar oro viejo —dijo el coronel Baxeter—. Nosotros se lo recomendamos. Su asistente vino una mañana, una agradable joven que dijo llamarse Moira Long, y cuando mi esposa dijo que quizás hallara algunas alhajas viejas que ya no quería hizo una cita para que su jefe nos visitara esa tarde. Era una persona sumamente simpática, que compró el oro que teníamos a un precio razonable. Quedamos muy conformes y se lo recomendamos a Sophia. Ella le vendió algunos artículos, pero cuando le ofreció una pesada cadena que ella creía era de oro éste descubrió que era plata dorada.

—¿Cómo?

—El señor Ebony raspó la superficie con una lima y le mostró la plata bajo la primera capa.

—El blanqueo —dijo Carolus.

—¿Perdón?

—Nada. Es un viejo truco de esos compradores de oro. Después de limpiar la superficie le pasó el dedo para sacar el polvo. Pero acababa de tocar con el mismo dedo la pasta de nitrato de plata que traía en el bolsillo y así la superficie rugosa pareció plata.

—Si es así, entonces estafó a Sophia.

—Lo siento.

—Usted parece muy versado en el asunto —dijo el coronel severamente.

Carolus sonrió.

—Sucede que acabo de averiguarlo. En verdad, no sabía nada de eso cuando me lo mencionaron. ¿Hubo alguien más?

—No lo creo. No me acuerdo de nadie.

—El chófer —dijo la señora Baxeter.

—Ah, si. El chófer de la señorita Tissot, Wright, vino hace una o dos semanas cuando el auto de Sophia estaba descompuesto. La prima lo había enviado para que llevara a Sophia a algún lado. No me acuerdo dónde. A él no le hizo mucha gracia cuando ella insistió en llevar a Skylark en el auto, me acuerdo.

El interrogatorio de Carolus y las directas respuestas del coronel fueron interrumpidas por la señora Baxeter, que los invitó a tomar el té.

—Gracias —dijo Carolus, y se aventuró a agregar—. ¿No podríamos cerrar un poco las ventanas? Me estoy recuperando de una hepatitis...

Con algo de renuencia el coronel cerró las ventanas. La señora Baxeter trajo el té y Carolus se sintió aliviado al ver que parecía ser té común y corriente.

—A veces tomamos mate, una espléndida bebida de América del Sur —dijo el coronel—, y a veces una preparación excelente llamada Vita-Tea. Pero no tenemos nada contra el té, somos menos severos que otros vegetarianos y nos permitimos leche y manteca, aun cuando son productos animales. ¿Quiere probar esta torta frutal? ¿No? ¿Bocaditos de nuez? ¿Pan de harina integral con manteca de maní? Me hace acordar a la pobre Sophia. Nunca comía nada con el té. Coma un sándwich, son de falsa pasta de salmón. O un poco de mermelada casera, de zanahorias y caléndula. ¿No lo tienta?

—No, gracias —dijo Carolus—. Hay algo que quiero aclarar. Se dice que la señorita Carew no conocía a la familia Westmacott y que no había vinculo alguno. Excepto por esa visita de Gabriel Westmacott, ¿era así?

—No del todo. Desde hace unos años tenemos la costumbre de ir de vez en cuando a la granja de Dante Westmacott, cerca de Lilbourne, donde compramos productos frescos, no contaminados por ingredientes químicos. El señor Westmacott ha venido aquí en ocasiones. Una vez almorzó con nosotros y Sophia.

—Ya veo. ¿No había una amistad especial entre ellos?

—No, no, para nada. Estoy seguro de que ésa fue la única vez que se vieron.

—¿Usted no conocía a la señora Westmacott?

—No.

—¿Ustedes no asistían a la iglesia de San Agustín?

—Somos panteístas —dijo el coronel con severidad—. No creemos en almas individuales sino en una fuerza universal vital y sensible que ocupa todo el mundo con un aliento que todo lo impregna. La mezcolanza de oscurantismo y superstición que se encuentra en el lugar que usted menciona Sería veneno para nosotros. Nuestro templo es el cuerpo y nuestro ámbito el aire libre.

—Muy agradable —dijo Carolus distraído—. ¿Y la señorita Carew?

—Su actitud era más bien escéptica. No iba a ninguna iglesia.

—¿Si hubiera conocido a la señora Westmacott ustedes se habrían enterado?

—Sin duda. Era muy comunicativa sobre las personas que conocía en la ciudad. Cuando Gabriel vino aquí nos contó que no lo había visto nunca antes y que no

conocía a su familia.

—¿Tuvieron algún resultado su visita y el pedido que le hizo?

—No. Justo la última noche durante la cena ella dijo que debía comentarle eso a ese hombre Johnson, a quien ella llamaba «Ben», sin darse cuenta de que esa familiaridad nos lastimaba.

—Otra cosa más, coronel Baxeter: el testamento de la señorita Carew. ¿Usted conoce sus términos?

—Sí. Su abogado se ha puesto en contacto conmigo. Fue una sorpresa. Éramos viejos amigos, en realidad podría decirse que nos criamos juntos. Mi padre era médico en Colchester cuando el padre de ella vivía allí. Fue muy gratificante para nosotros que Sophia viniera a compartir nuestro hogar y creo que puedo afirmar que fue feliz con nosotros. Pero que nos dejara una parte tan importante de su patrimonio nos ha asombrado. Naturalmente, hubiéramos preferido que no ocurriera algo tan atroz; aún estamos sumamente impresionados por su muerte. No obstante, sería hipócrita no admitir que el dinero nos será útil.

—Siempre lo es —dijo Carolus y permaneció en silencio.

—No dude si quiere preguntar algo más.

—Nada concreto, coronel Baxeter. Pero supongo que ustedes, que conocían tan bien a la señorita Carew deben de tener alguna sospecha.

Por primera vez el coronel pareció no saber qué decir. Por fin respondió con su estilo calmo.

—Mi esposa y yo no nos permitimos dar rienda suelta a nuestras sospechas en perjuicio de otros seres humanos —dijo—. Nuestro credo es el de la hermandad.

—Sí, sí, pero alguien estranguló a su amiga con toda deliberación.

—No puedo permitirme suponer que fue deliberado, señor Deene, al menos en el sentido en que usted usa la palabra. Nadie en su sano juicio, nadie con una mente sana, podría haber hecho tal cosa.

—Comprendo lo que quiere decir. Está pensando en los lirios...

—Desaprobamos que se corten flores. No permitimos que el aire de nuestra casa sea contaminado con los vapores que se desprenden de la vegetación en descomposición. A mí me parece que el hecho de poner esas flores en el cuerpo fue coherente con el acto mismo del asesinato.

—¿Sí?

—Sí, Muy coherente. Es el asesinato lo que nos parece obra de una mente extraviada. Una vez que se reconoce eso, los detalles son lo de menos. ¿Estará de acuerdo en que los asesinatos fueron cometidos por un loco?

—No, no lo estoy. Y no creo que la policía acepte esa idea tampoco.

—Me sorprende.

Carolus se levantó para irse.

—Sophia no tenía problemas, que supiéramos, ni preocupaciones.

—Eso lo hace muy desconcertante. Muchísimas gracias por toda la información.

El coronel Baxeter lo acompañó hasta la puerta.

Carolus subió a su auto y regresó al Royal Hydro. Estaba congelado. Estaba al borde de una recaída, en su opinión. Se abrió camino hasta un sillón cerca del gran fuego del vestíbulo y se dejó caer en sus acogedoras profundidades. Luego encendió un cigarrillo, aspiró hondo el humo y pidió un whisky doble con soda. Se preguntó satisfecho cuántas de las reglas sanitarias del coronel quebrantaría esa noche, y empezó a disfrutar del calor. Para la cena pediría una botella de borgoña, bife a la tártara, café y coñac, y fumaría hasta la colilla el mejor y más largo cigarro que tuvieran en el hotel. ¡Al diablo con Baxeter!

Capítulo 6

Al día siguiente Carolus tomó el desayuno en la cama, pero bajó al vestíbulo antes de que apareciera ninguno de los patrones, y sólo se veía a un pequeño grupo de acompañantes y sirvientes, Rupert Priggley se levantó de un sillón y fue hacia él.

—¡Ya sé! —dijo. ¡La escena del crimen! Allí va esta mañana, ¿no?

Carolus debió admitirlo.

—No hay nada más inútil que eso —agregó Priggley—. Supongo que si hubiera ido el día siguiente al asesinato habría buscado huellas...

—Es muy probable. La policía lo hizo. Y encontró varias. Yo no voy a buscar nada en particular, sólo quiero ver el lugar. Queda a seis kilómetros por la carretera a Lilboume.

Se subieron al Bentley Continental y dejaron el hotel.

—Nunca lo vi tomar un caso con tanta indiferencia —comentó Rupert—. Han pasado varios días sin que hiciera nada, y todavía se muestra escasamente entusiasmado. A pesar de la brutalidad de los crímenes.

—No siento la menor responsabilidad esta vez —dijo Carolus—. El inspector John Moore está a cargo y es perfectamente capaz de solucionarlo. Sólo tengo un interés superficial por el caso.

Carolus conducía despacio, buscando a su izquierda la mina. Casi la pasaron por alto, pues el sendero que llevaba hacia ella estaba a medias oculto por los arbustos.

—Ahí es donde habrán dejado el auto de la señorita Carew, justo al costado del camino, porque no dejó huellas.

—¿Supone que la trajeron en el auto de ella?

—Es probable, pero no seguro. Al parecer, nadie lo vio.

—¿Entonces cree que arrastraron el cuerpo desde aquí hasta la mina?

—Eso parece. Es bastante lejos, pero no era una mujer pesada. Un cosa es segura, fue planeado con todo esmero.

Al costado de la mina había una casita con un sendero de ladrillos que llevaba hasta la puerta principal. Ésta tenía aspecto de no haber sido abierta en años y las ventanas a derecha e izquierda, con cortinas de encaje y plantas, parecían cerradas herméticamente. Carolus llamó, pero no hubo respuesta. Volvió a intentarlo, y ya se iba cuando vio que una mujer alta y angulosa aparecía desde el fondo de la casa y lo miraba en hosco silencio.

—¿Sí? —dijo.

El pelo oscuro le colgaba desprolijamente alrededor de la cara y traía un delantal arrugado.

—Lamento molestarla... —empezó a decir Carolus.

—¿Es otra vez por el asesinato? Creí que ya había terminado todo. ¿Qué quieren ahora? Tengo ropa para lavar.

Habló con un tono áspero y tosco, pero había algo en su voz que delataba un

temperamento más amistoso que el que aparentaba su voz.

—Querría hacerle algunas preguntas, señora...

—Goggs. Adelante, hágalas. No hay ninguna ley que se lo prohíba supongo. Mejor entre, aunque va a tener que venir por la parte de atrás. Cuidado con ese balde.

La señora Goggs los llevó a una de las habitaciones del frente, que estaba tan oscura que a Carolus le tomó unos minutos hallar el camino hasta la silla que ella le indicó. El ambiente olía a queso, jabón y humedad.

—Si, yo creía que ya no iban a venir más —dijo la señora Goggs—, después de las preguntas que me hicieron la última vez. Cualquiera diría que mi marido o yo hubiéramos liquidado a esa pobre mujer. ¿Qué quiere saber?

—Primero, ¿oyó algo esa noche?

—No. Sólo al perro.

—¿Al perro?

—Si. ¿No sabe? Se lo dije a los otros. Estábamos sentados en la cocina en ese momento...

—¿Qué hora era?

—No me pregunte eso. Hace años que no tenemos reloj en esta casa, y sin embargo mi esposo nunca llega tarde al trabajo. Trabaja con el señor Raydell, el granjero de Lilbourne, y parece saber por el instinto a qué hora debe levantarse cada mañana. Invierno y verano es lo mismo. El reloj que teníamos se rompió hace años y nunca me preocupé por mandarlo a arreglar. Así que no puedo decirle qué hora era cuando oímos al perro.

—¿Pero más o menos?

—Estábamos por irnos a la cama. Alrededor de las nueve, diría yo. Pero no lo tome por seguro.

—¿Es muy poco habitual oír ladrar a un perro por aquí?

—Claro que sí. No hay ninguna casa en los alrededores y este perro ladraba como si estuviera encerrado. Le dije a mi marido: «¿Qué será eso?». Él dijo que sería alguien que pasaba por la carretera con un perro. Bueno, hay muchos que paran por la carretera de noche. Es de no creer que sean tan desvergonzados. No sé.

—¿Así que usted pensó que sería un perro que tenía alguien en un auto?

—¿Y qué más iba a pensar? Le dije a mi marido: «¿Por qué no vas a ver qué pasa?». Pero no hubo caso. Y para qué, después de todo. No teníamos cómo saber que estaban estrangulando a alguien tan cerca de la casa. Pero así fue. Después de un rato, el perro dejó de ladrar.

—¿Oyó un auto que se alejaba?

—No, y no nos hubiéramos dado cuenta. Pasan autos todo el tiempo. Ni siquiera nos dimos cuenta de que había parado un auto a decir verdad, aunque tendríamos que haberlo supuesto por los ladridos del perro.

—¿Cuándo se enteró del asesinato?

—A la mañana siguiente. Thickett la encontró pero claro, no nos iba a decir nada

a nosotros.

—Ah, ¿por qué no?

—No nos hablamos. Hace tiempo. Es que yo no me voy a rebajar. Con todo lo que sé de él. Debe de hacer más de un año ya que no nos hablamos. Por eso no nos iba a decir nada. Fue la policía que vino y me dijo a mí primero, porque querían saber si yo sabía algo. Ya se habían llevado a esa pobre mujer, así que yo no llegué a verla, pero por lo que dicen era para asustar a cualquiera, tirada ahí como si estuviera esperando a que la midieran.

—¿Thickett es el obrero vial?

—Eso dice él, pero si no me equivoco no lo va a ser por mucho más, ahora que la Municipalidad se enteró de qué clase de persona es.

—¿Dónde vive?

—Del otro lado de Buddington, pero si quiere verlo estará en la posada Star en Lilbourne al mediodía. Siempre almuerza ahí, lo que ella le da, aunque dicen que ella está demasiado ocupada en la Bottle and Jug, otra posada que queda cerca, como para ocuparse de darle una comida como la gente. La cosa es que él siempre se va a la Star seguro como un reloj, y come ahí, con una pinta de cerveza, por eso es que mi marido nunca va ahí al mediodía. Así que si quiere verlo, allí lo va a encontrar, casi con seguridad.

—Gracias, señora Goggs.

Camino al coche Rupert se echó a reír. Había permanecido en silencio durante toda la entrevista.

—Al principio pensé que iba a ser más hosca que una tumba —dijo—. Tenía pinta, ¿no? Pero resultó tan parlanchina como los demás.

Carolus no dijo nada. Pero al momento se detuvo y regresó.

—¡Señora Goggs! —llamó.

La mujer volvió a aparecer.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó—. Debe de pensar que no tengo nada que hacer...

—¿Tiene lirios en el jardín?

—¿Lirios? ¿Usted se refiere a esas flores grandes, blancas?

—Sí.

—¿Ésas que también llaman azucenas blancas?

—Sí.

—Algunos las llaman azucenas de Pascua porque vienen temprano.

—¿Sí? Puede ser. ¿Tiene?

—No. La verdad que no —dijo la señora Goggs con pesar—. Ella tenía eso entre las manos, ¿no? Mi esposo no lo permitiría. Dice que le hace pensar en el cementerio, y tiene razón, ¿no le parece? Además del olor a muerto...

Carolus giró hacia el auto.

—¿Vamos a la posada Star en Lilbourne? —preguntó Rupert—. Me lo imaginaba.

Siempre hay alguna posada en sus casos. Me parece que a usted le encanta eso de confraternizar con la gente del lugar. Por lo que a mí concierne, me da ganas de vomitar. Chóferes, pipas, todo de cuarta categoría.

—Necesito cierta información —dijo Carolus apacible—. Y ya sabemos dónde encontrar a Thickett.

Thickett tenía cabello rubio y bigote. Estaba sentado muy erguido ante una mesa en el comedor de la posada Star, y miró a Carolus y a Rupert con solemne curiosidad cuando ellos se acomodaron en la mesa vecina. El posadero, un hombrecito jovial, les sirvió bitter y parecía a punto de iniciar una agradable conversación cuando Carolus se volvió hacia el obrero vial.

—¿Señor Thickett?

—Ese es mi nombre.

—Me llamo Deene. Estoy tratando de averiguar algo sobre la muerte de la señorita Carew.

El señor Thickett no se movió, miró a Carolus sin hostilidad pero como si necesitara saber más antes de hablar.

—Represento a una prima de la muerta, la señorita Tissot.

Thickett no habló.

—Tengo entendido que usted encontró el cadáver.

—En mi humilde profesión —declaró el señor Thickett sin ninguna humildad en la expresión—, estoy acostumbrado a encontrar todo tipo de cosas en la carretera.

—¿Incluso cadáveres? —preguntó Rupert Priggley.

—No necesariamente cadáveres —aceptó el señor Thickett—, pero todo tipo de cosas.

—El cuerpo de la señorita Carew no estaba sobre la carretera, ¿verdad?

—No —admitió Ticket—, lo habían arrastrado hasta la mina. De lo contrario habría estado allí.

—¿Le parece?

—Es razonable. ¿Dónde encontraron los zapatos? ¿Dónde estaba el sombrero?

Thickett lo miró con aire de triunfo.

—¿No, sabe nada del sombrero?

—No.

—Había un sombrero de mujer en el piso.

—¿Dónde?

—Entre la carretera y la mina.

—¿De quién era?

—De la señorita Carew. ¿Qué le parece?

—Nada. Me parece bastante natural. Si la arrastraron es lógico que se le haya caído el sombrero.

—¿No le parece importante? Lo que yo puedo decirle es que los policías que estaban investigando le dieron mucha importancia. Mucha importancia, cuando yo se

lo dije.

Al parecer el señor Thickett no tenía mucho respeto por Carolus como investigador.

—¿Y qué piensa del lirio? —preguntó el señor Thickett.

—¿Qué pasa con eso?

—Lo tenía entre las manos.

—Ya lo sé.

—¿Tampoco le parece importante?

—¿Cuántas flores tenía?

El señor Thickett miró a Carolus, parpadeó y dijo:

—¿Qué quiere decir?

—¿Cuántos tallos había?

—Uno.

—¿Y cuántas flores tenía?

—Esto es muy gracioso —dijo el señor Thickett muy serio—. No le parece muy importante el sombrero, pero quiere saber cuántas flores había. Como si importara.

—Importa.

El señor Thickett reflexionó.

—Si importa no tengo inconvenientes en decírselo. En mi profesión se me tiene por un hombre muy observador. La policía misma me lo dijo: «Si usted no hubiera reparado en todo esto, señor Thickett, no sé dónde estaríamos ahora». La señorita Carew todavía estaría tirada ahí. Y yo no habría pasado un día entero en la indagatoria.

—¿Recuerda cuántas había?

—Tres —dijo el señor Thickett—. Si es que le interesa, había tres: Ni más ni menos. Ésa es mi respuesta.

La respuesta pareció desconcertar un poco a Carolus.

—¿Y qué aspecto tenía? La muerta, quiero decir.

—Horrible —replicó el señor Thickett.

—¿Por la expresión de la cara?

—A eso me refiero. Era horrible. En mi vida me he acostumbrado a ver cosas que impresionarían a muchos. Yo fui el primero en llegar cuando hubo ese choque tan grande el año pasado donde murieron tres instantáneamente y el otro apenas llegó al hospital. Estaban casi irreconocibles. Pero eso no me impresionó tanto como esto.

—¿Qué tipo de expresión tenía?

—¿Qué tipo de expresión? ¿Qué tipo de expresión le parece que puede tener alguien que ha sido estrangulado? Espantosa. No puedo decir más que eso. Espantosa. Tenía los ojos como si fueran a estallar y la boca enormemente abierta.

—¿Lo perturbó mucho?

—No soy fácil de impresionar, pero sí, esa mañana sí.

—Sin embargo no fue a la casa que queda a unos metros de distancia...

—¿A lo de los Goggs? No.

—¿Por qué no? —preguntó Carolus con malicia.

—En mi trabajo —dijo Thickett— he tenido que acostumbrarme a insultos y calumnias. Siempre hay gente que echa a correr rumores sobre el trabajo de uno. Pero cuando se trata de la moral de un hombre... Eso es todo lo que puedo decir.

—¿Por eso fue a la cabina telefónica?

—Así es. En pocos minutos llegó la policía al lugar del hecho. Eso hay que decirlo. No perdieron tiempo. Casi lo primero que me dijeron fue: «Es una suerte que usted haya estado por aquí, Thickett». Y fue una suerte, si uno lo piensa bien. Ahora podrán atrapar a quienes la mataron.

—¿Cree que fue más de uno?

—No me sorprendería. Si hubiera visto la expresión en la cara de ella...

—Pero si hubieran sido más de uno habrían levantado el cuerpo en lugar de arrastrarlo.

—A menos que uno de ellos se hubiera quedado en el auto.

—En ese caso el perro no habría ladrado, ¿no?

—Ah, no sé nada de eso —dijo Thickett muy serio—. Creo que hubo una historia sobre un perro que había ladrado, pero no es de una fuente muy digna de confianza. Ése es el asunto.

Carolus invitó a Thickett a una copa y el hombre aceptó una cerveza como si estuviera haciéndole un favor a Carolus. El dueño de la posada, que no se había movido de detrás del mostrador, no tomó parte en la conversación, pero escuchó sin embargo con avidez.

—Además —dijo el señor Thickett— está la cuestión de la compensación —Carolus dio señales de no entender—. Para mí. Por encontrarla.

—No entiendo...

—Los nervios —explicó el señor Thickett con un entusiasmo nuevo—. Los nervios. Destrozados. No puedo dormir de noche. Y después tengo pesadillas.

—Creí que había dicho que en su profesión...

—Sí, pero no cadáveres. Y menos con expresiones como ésa. Me va a atormentar el resto de mi vida.

—¿Y su obra social? ¿No hacen nada frente a situaciones como ésta?

—Tendré que ver, sí. A mi mujer también la impresionó mucho. Dice que no puede soportar que yo vuelva a casa de noche porque tiene miedo de que haya encontrado otro.

—No es demasiado probable.

—Nunca se sabe. En mi profesión...

—Le estoy muy agradecido, señor Thickett. —Carolus le entregó un billete de una libra que desapareció en el acto, como si se lo hubiera dado a un mago—. Ha sido muy útil hablar con usted.

—¿Le dijo ella donde encontrarme?

Carolus lo miró con las cejas alzadas.

—La de la casa junto a la mina —explicó Thickett, incapaz de pronunciar el nombre.

—A decir verdad, sí —dijo Carolus.

—Eso creía. Está clarito.

—Me dijo también que usted era muy inteligente, señor Thickett.

—No es ningún cumplido viniendo de ella. Yo no digo que soy inteligente ni nada parecido. No serviría de nada en mi clase social.

—¿Conocía a la otra mujer asesinada?

—Voy a la iglesia de San Agustín —dijo el señor Thickett—, así que la conozco de vista. Pobre señora, me dijeron que estaba tan horrible como la que yo encontré. ¿Qué loco es capaz de hacer una cosa así, dígame?

—No fue un loco —dijo Carolus—, sino alguien muy inteligente.

Capítulo 7

—Todo muy interesante —dijo Rupert Priggley mientras almorzaban—. Estoy seguro de que ya empezó a «ver la luz» o a «formarse una vaga idea» o lo que sea. Pero debe admitir que está un poco holgazán.

—Estoy de vacaciones, recuperándome de una enfermedad.

—Vamos. Si creyera que hay urgencia estaría saltando de un lado a otro interrogando a la gente como un lunático. Supongo que tendrá sus razones para actuar con tanta lentitud. ¿O lo influye el aire de esta ciudad?

Carolus recorrió con sus ojos el comedor. Era la escena más activa del día en el Royal Hydro.

—Después de todo, es un asuntito bastante espeluznante —continuó Rupert—. Dos señoras, cuya única ofensa parece haber sido tener muchísimo dinero, estranguladas la misma noche y en el mismo distrito. No puede decir que es aburrido, ¿no? Y sin embargo, ahí está, haciendo algunas preguntas desvaídas, viendo a algunas pocas personas a quienes ni siquiera puede considerar sospechosas...

—No veo por qué no.

—¿La señora Goggs?; ¿Thickett?, ¿los Baxeter? Vamos, señor.

—¿Quién te parece sospechoso a ti?

—Cualquiera de la ciudad, supongo.

—¿Por qué lo limitas a la ciudad? Hay un hombre que compró oro a las dos mujeres y vive en Londres. Rupert, no entendiste nada.

—Está bien, continúe. Yo seré el doctor Watson. ¿Cuál es su opinión?

—Este caso es único en mi experiencia. En todos los otros casos de asesinatos que he investigado el motivo ha sido claro y me he limitado a buscar a los sospechosos. En éste tengo los sospechosos pero no puedo entender el motivo.

—Dinero, seguro.

—Nadie se beneficia con la muerte de las dos mujeres.

—Entiendo lo que quiere decir. ¿Qué hacemos entonces? ¿Seguir a ojos cerrados?

—Exacto. Investigación de rutina. Lentamente las cosas irán aclarándose solas.

—¿Quién sigue?

—Un zapatero llamado Humpling.

El negocio era una sola habitación y el propietario, un hombre delgado y de aspecto nervioso con una eterna expresión alicaída, estaba trabajando. Carolus explicó qué lo llevaba allí.

—Oh, Dios —dijo el zapatero con una voz casi gimiente—. Ya le dije a la policía todo lo que sé. Me parece muy injusto tener que repetirlo todo otra vez.

—No tiene por qué —dijo Carolus—. Puede negarse a contestar mis preguntas.

—Es por el tiempo que lleva —gimió el señor Humpling.

—¿No puede seguir trabajando?

—Mejor terminemos con esto. ¿Qué quiere saber?

—Lo que sepa sobre ese par de zapatos que encontraron cerca del cuerpo de la señorita Carew.

—Yo los había arreglado. No me pregunte cómo lo sé. Tengo una manera especial de clavar y así siempre sé cuando arreglé un par de zapatos. Sé que arreglé ese par.

—¿Hace poco?

—Estaban apenas usados después del arreglo.

—¿Pero tiene manera de saber cuándo fue?

—No, ninguna. Pudo haber sido en cualquier momento. Hace casi veinte años que tengo este negocio... —Se interrumpió para responderle a una mujer en el mostrador.

No, todavía no están listos —dijo—. Trataré de terminárselos para mañana. —La mujer dejó ver su disconformidad y se fue—. ¿Ve? Le están encima a uno continuamente. No entienden que tengo otros clientes también.

—Será muy agotador —dijo Carolus, tratando de tranquilizarlo.

—No es el trabajo, es la gente. Yo no tengo problemas en trabajar; sólo pido que me dejen en paz. Tengo dos manos, nada más. Se lo dije a un cliente el otro día, no soy una diosa hindú, le dije. ¿Qué más quiere saber, así puedo seguir trabajando?

—Le desapareció un par de zapatos hace tiempo, ¿no?

—El único en todo el tiempo que he estado aquí.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace unos seis meses. Unos días antes de Navidad. Perteneían a un nombre llamado Purley, que se ha ido ya. El lío que armó, como si hubieran sido de oro puro. Yo ponía los zapatos que estaban listos en un estante al lado del mostrador. Ya no lo hago más después de eso. Alguien debe de haberlos sacado cuando yo no estaba mirando. Habrá sido así.

—¿Puede ser el par que encontró la policía?

—Podría ser, supongo. Eran número cuarenta y dos.

—¿No tiene ninguna sospecha de quién se los pudo haber llevado?

—Le dije a la policía que no. Pero después me puse a pensar. Había un muchacho, artista, que vino por esa época.

—¿Quién era?

—No sé el nombre. Me trajo un par de zapatos para arreglar.

—¿Cómo sabe que era artista?

—Se notaba. Andaba con un gran sombrero negro y una capa.

—¿Y barba, claro?

—No, me parece que no tenía barba. Pero usaba anteojos negros. De eso me acuerdo.

—¿Por qué piensa que pudo haber tenido que ver con los zapatos?

—Porque no me gustaba su aspecto, y porque fue en la misma época. Había algo extraño en él. Además, nunca lo había visto antes y después no lo volví a ver. Todos los demás que vinieron por la misma época eran clientes.

—Cinco buenas razones, pero no suficientes para condenar a su artista.

—Yo no acuso a nadie. Pero estoy seguro de que fue él, el que se llevó los zapatos.

—¿Conoce a un pintor llamado Johnson? ¿El señor Ben Johnson?

—No, no fue él. Lo conozco desde los tiempos en que no tenía dinero. Eso era antes, antes de que fuera famoso. Ahora las cosas son distintas. Pero él nunca se viste con sombreros grandes ni ese tipo de cosas.

—¿Está seguro de que su hombre era forastero?

—Sí.

—Lo dejaré trabajar, señor. No lo molesto más.

—No se preocupe. Ya va a venir alguien a protestar porque no le tengo los zapatos listos.

Carolus se dirigió hacia el centro de la ciudad. Para desagrado de Priggley, había preferido dejar el auto en el hotel.

—¿Adónde ahora? —suspiró Rupert—. Este peregrinaje me está matando.

—Quiero ver a la señora que perdió los lirios.

—¿Qué cree que va a ganar con eso? Oh, está bien, caminemos otra legua o dos.

—No es lejos. Nada queda lejos en esta ciudad.

—¿Cómo se llama la mujer?

—Gosport.

La encontraron en casa. Era una larga calle de casitas idénticas de ladrillo a la vista con jardincitos al frente.

La señora Gosport era una mujercita prolija, de ojos pequeños y brillantes, que los recibió con una sonrisa.

—¿Ve de dónde los sacaron? —dijo, señalando los cabos de donde habían cortado dos lirios—. Fue una lástima, porque todavía no habían florecido del todo, y yo siempre los llevo a San Agustín. Se llevaron los dos mejores.

—¿Nunca antes le faltó algo del jardín?

—Nada importante. Una vez sorprendí a la nenita de al lado arrancando una flor; pero hace mucho de eso y las quería para una clase de botánica. Le dije que me la pidiera antes. Tienen un aroma delicioso mis lirios. La señora de al lado dice que siente el perfume en toda la casa.

—¿Sabe que se encontraron lirios en los dos cadáveres?

—Así es. Algunos dicen que eran míos, pero no se puede estar seguro. Hay otros que tienen lirios en su jardín, aunque no tan hermosos como los míos.

—La policía cree que fueron los suyos.

—Eso he oído, pero no vinieron a verme, aunque fueron dos veces a lo de la señora Plummer.

—Ah, si, ¿por qué?

—Ella dice que vio algo de noche. Vive justo enfrente a la casa de la señora Westmacott, aunque no creo que conociera a la pobre señora más que de vista.

—¿Usted conocía a la señora Westmacott?

—Ella iba a San Agustín también. La veía todos los domingos. Pero no, la policía no me preguntó nada. Estaban demasiado ocupados escuchando lo que la señora Plummer tenía que decirles sobre ese desconocido que entró en la casa esa noche. Llama la atención, ¿no?

—Por cierto —dijo Carolus, convencido—. ¿Tiene idea de a qué hora le robaron los lirios?

—No mucha. Todo estaba en orden cuando volví del cine a las seis de la tarde, pero cuando salí a la puerta a la mañana siguiente ya los habían robado. Eso es todo lo que sé. Mi hermana, que vive conmigo, es inválida, y duerme en la habitación del frente, pero no oyó nada.

—¿Habría sido fácil ver al ladrón?

—No. Estamos muy lejos de los faroles de la calle y está oscuro de noche. Pudo entrar por el portón y salir sin que nadie se enterara.

—Eso habrá hecho.

—Me alegra que haya venido a preguntarme. Esperaba que la policía lo hiciera. Después de encontrar mis flores en los cadáveres... Pero tienen tiempo para ver a la señora Plummer y hacerle cualquier pregunta, eso me dijo la señora de al lado. Qué raro, ¿no?

—Sí —dijo Carolus.

Como prefería no preguntarle directamente la dirección de la señora Plummer, Carolus se dijo que trataría de encontrar la casa solo. Pero la señora Gosport interrumpió sus pensamientos.

—Yo que usted iría a verla —dijo con amargura—. Así se entera de lo que le dijo a la policía. Puede decirle que estuvo aquí por lo de los lirios, así ella se entera de que no es la única que da *información*.

—Gracias. ¿Cuál es la casa?

—¿Casa? No tiene casa, y nunca la tuvo, si mal no recuerdo. Es cuidadora, así dice ella, de la casa de enfrente a la de los Westmacott, Charlton se llama, una gran casa gris. No puede equivocarse.

—Si por alguna casualidad pierde más lirios, ¿no me lo haría saber de inmediato? Mi nombre es Deene y estoy alojado en el hotel Royal Hydro. Por favor, recuérdelo.

—Sí. Como no, lo haré. Se lo prometo.

Carolus estaba seguro de que la señora Plummer no simpatizaba con la señora Gosport, así que mantuvo en secreto su fuente de información sobre ella hasta oír lo que la señora Plummer tenía que decir. Resultó ser una persona jovial que lo invitó a entrar de inmediato.

—¡Bien! —dijo la señora Plummer alegre—. Quiere saber lo que sé sobre el asesinato de enfrente, ¿no? No me sorprende, porque por lo que se sabe, yo vi al asesino. ¿Qué le parece?

—Muy interesante —dijo Carolus torpemente.

—Le puedo decir la hora y todo.

—¿No me diga?

—Sí. Acababan de dar las once de la noche.

—¿Cuándo?

—Cuando vi a ese hombre. Mi esposo se había ido a acostar. Trabaja en la compañía de gas y yo siempre digo que le da sueño. «Me parece que me voy a la cama» dijo apenas terminó de cenar. Nosotros dormimos abajo. No es capaz de sentarse ni diez minutos a ver televisión. Se va a la cama apenas puede. Apagué el televisor a las once. Entonces fui a la puerta del frente a sacar al perro.

—¿Serían las once y cinco?

—Más o menos. Estaba parada ahí esperando al perro y pensando que hacía frío, que sería mejor dejado afuera un minuto, cuando apareció el hombre este.

—¿Qué hombre? —Carolus no pudo evitar la pregunta.

—El hombre que le digo. Me asustó.

—¿Por qué?

—Había algo extraño en él. Llevaba un gran sombrero negro como Gay Fawkes, y una especie de capa negra larga. Y anteojos ahumados. Me quedé ahí mirando, lista a cerrar la puerta si se acercaba. Pero sólo subió los escalones de la casa de enfrente, donde vivía la señora Westmacott.

—¿Notó si el hombre vaciló, señora Plummer? ¿O subió directamente, como si conociera la casa?

—No me parece que haya vacilado. No, subió directo. Me pareció que era un poco tarde para que fuera alguien de visita, pero los Westmacott son raros, y no pensé en el asunto. Por supuesto que cuando oí lo que había pasado le conté todo a la policía.

—¿Entonces no esperó a que él entrara en la casa?

—No. Ojalá me hubiera quedado. Pero no quería morirme de frío.

—Es una lástima no saber quién le abrió la puerta. Si es que alguien le abrió.

—Sí, claro que sí.

—Quizá nadie le abrió. Incluso así, no es absolutamente seguro que sea el responsable de la muerte de la señora Westmacott. ¿Llevaba algo?

—Yo no vi nada.

—¿No llevaba lirios, por ejemplo?

—¿Lirios? —La señora Plummer rió—. Ah, estuvo hablando con la vieja Gosport, ¿eh? Tiene lirios en el cerebro.

—De todas maneras le robaron dos esa noche. Y ambas mujeres muertas tenían un lirio entre las manos.

—Así es. ¿Pero ella qué sabe? La policía ni siquiera fue a verla.

—¿Usted no vio ningún lirio, entonces?

—No. Pero no había manera de saber lo que llevaba debajo de esa gran capa. Podría llevar todos los lirios que ella cultiva y nadie se habría dado cuenta.

—¿Nunca había visto a este visitante?

—Nunca. Mucha gente rara iba a esa casa, pero a éste nunca lo había visto.

Carolus le agradeció a la señora Plummer y salió con ella del comedor. Frente a la puerta se detuvo.

—Sí, desde aquí se ve la entrada con toda claridad.

—De noche está iluminada por ese farol.

—¿Le parece que él pudo verla?

—Lo dudo. Los dueños de la casa no quieren que corten esos arbustos y, como verá, nos protegen un poco. Además, tenía esos anteojos oscuros, como un ciego.

Rupert Priggley se acercó a Carolus en la calle.

—Suficiente por esta tarde, ¿no, señor? Me siento como si estuviera haciendo marcha forzada.

—¿No iba demasiado lento?

—Sí, pero mantengamos el sentido de la proporción. No hay necesidad de ser tan bruscos.

—Puedes tomarte un recreo de una hora —dijo Carolus con severidad—, pero a las seis en punto iremos al Dragón. Quiero llegar a la hora que abren el bar.

—¿Con quién nos vamos a encontrar?

—Con casi todos los personajes importantes para el caso, espero.

Rupert inspiró ruidosamente.

—¿Por qué no me habré ido a Cornwall con los Hollingbourne? —dijo.

Capítulo 8

Esa noche en el Dragón cambió todo el aspecto del asunto, pues Carolus se dio cuenta de que ya no podía considerar el doble asesinato de Buddington como una agradable tarea de vacaciones, un problema a resolver con tiempo, durante su convalecencia. Se enfrentaba a un asesino de astucia temeraria y diabólica sangre fría. A menos que descubriera toda la verdad y actuara con celeridad, ese asesino abominable lograría la impunidad. Por más capaz e ingenioso que fuera el inspector John Moore, había métodos que la policía no podía utilizar y bien podían ser los que hicieran falta.

Además, durante esa noche Carolus conoció a mucha gente cuya relación con el caso parecía ser mucho más estrecha que la de personas que había visto hasta ese momento. Averiguó, además, algunos hechos sorprendentes. En una palabra, esa noche en el Dragón lo convirtió en el Carolus de otras tenebrosas y horrendas ocasiones cuando había que mostrar coraje y energía además de habilidad para solucionar problemas.

Se decía que a Carolus le apasionaba investigar asesinatos debido a que eran lo único que podía tomar absolutamente en serio. Sus modales alegres y frívolos no cambiaron sensiblemente esa noche, pero en el fondo de sus ojos apareció un chispazo alerta que ningún engaño o pista falsa lograría burlar. Solucionaría el caso. Era un desafío: alguien había hecho uso de su imaginación y sangre fría para tender una red de engaños detrás de sus pasos. No había nada de improvisado o impulsivo en el modo en que habían matado a las dos mujeres. Si alguna vez se las había visto con un crimen calculado, era ése. Carolus se dio cuenta de que exigía métodos de investigación igualmente calculadores y crueles.

La tarde había terminado de la misma manera trivial en que comenzó. A la hora del té se acercó a la señorita Tissot. Era un momento de ajeteo en el Royal Hydro. Los huéspedes, que habían estado sin comer casi tres horas, miraban con ávida ansiedad las bandejas que les servían los mozos: sándwiches pequeños, bizcochos con mucha manteca y una selección de tortas cremosas. Un grupo de extranjeros sentados cerca de Carolus miraba asombrado cómo los ancianos ingleses devoraban todo. Habían oído decir que los ingleses comían entre las comidas, pero nunca los habían visto en acción.

La señorita Tissot no se quedaba atrás. Apenas pudo apartar los ojos de un bizcochito con manteca cuando Carolus le presentó a Rupert Priggley.

—¿Priggley? —dijo, abriendo los orificios de la nariz como si el nombre oliera mal—. ¡Qué nombre tan poco feliz!

—Viene del italiano —inventó Rupert, que se había enterado del carácter de la señorita Tissot por Carolus—. La forma original era Parri-Galli. Hubo un cardenal Parri-Galli que era enemigo de los Borgia. Su hermano, mi antepasado, escapó a

Inglaterra, abrazó el protestantismo y adaptó su nombre al inglés. El actual Conde de Parri-Galli vive en San Remo.

Los orificios de la nariz de la señorita Tissot se cerraron un poco y Carolus aprovechó la oportunidad para advertirle que los Baxeter deseaban conocerla. Después de todo, eran cobeneficiarios en el testamento de la señorita Carew.

—Confío en que no será necesario —dijo la señorita Tissot—. Sería muy desagradable recibir personas de esa clase. Me basta alternar con la chusma en este hotel. —Miró con furia alrededor y suspiró estoicamente—. Estos Baxeter, si no me equivoco, pertenecen a una religión de muy mala fama y llevan a cabo innumerables orgías en medio del bosque.

—Son panteístas y practican el nudismo —admitió Carolus—, pero supongo que con mucha decencia.

—Ordinarios —dijo la señorita Tissot, atacando un merengue—. No me extraña que mi prima haya hallado la muerte de esa manera tan... plebeya. Le advertí varias veces que era una locura. Si me obligan a conocer a esta gente, no tiene por qué ser más que una formalidad conectada con el testamento de mi prima.

A las seis en punto Carolus llegó al Dragón y estacionó el auto.

El Dragón había sido durante muchos años la principal hostería en Buddington, pero al construirse el Royal Hydro pasó a ser un «hotel residencial». A pesar de que era propiedad de uno de los grandes sindicatos y el gerente era un egresado del famoso Colegio Rugby, mostraba un aspecto levemente dickensiano. El bar era un popular lugar de reunión. La señorita Shapely, encargada de la barra, aseguraba que la clientela era «muy mezclada».

Ni el capitán de un barco, ni el director de una escuela privada, ni el sargento de un pelotón de reclutas ejercía, una autoridad tan absoluta como la de ella. Durante quince años la señorita Shapely había gobernado en ese bar mientras los gerentes llegaban y se iban, por cierto sin interferir nunca con ella.

Era una mujer espléndida y majestuosa, que se movía como un buque con las velas desplegadas y hablaba con profunda voz de contralto. Era difícil imaginarla en otro lado. En una época había empleado a algunos hombres jóvenes para ayudarla, pero ninguno duró más de dos meses y algunos se fueron a la semana. Los llamaba Fred a todos, ignorando sus verdaderos nombres. Si uno de ellos, al servir a un cliente en el último rincón del salón, intentaba iniciar una charla, la señorita Shapely lo llamaba enérgicamente de regreso a la barra. Era su bar y sus asistentes no tenían por qué andar murmurando bromas a nadie.

Si bien no era muy querida en la ciudad, la señorita Shapely imponía respeto y el favor de su sonrisa y posterior reconocimiento era muy apreciado. Aceptaba un trago como la Reina Victoria habría aceptado un regalo de un tributario exótico y bárbaro. Nadie había sido capaz de descubrir su nombre de pila, pero no tenía ninguna importancia, porque aún no había nacido el hombre con el coraje suficiente para

usarlo.

Carolus y Rupert eran los únicos clientes a esa hora.

—Buenas noches —dijo Carolus con vivacidad y pidió una bebida.

—Fred lo servirá —anunció la señorita Shapely y pareció interesarse en cosas más serias.

«¿Cómo empezar?», se preguntó Carolus.

—Quiero hablar con usted —dijo—, sobre un asunto de extrema importancia. Los ojos de la señorita Shapely se fijaron en él.

—Si es algo que ver con el negocio...

—No. No la molestaría con eso. Quería su opinión...

—No hablo con la prensa —dijo la señorita Shapely.

—Es natural —dijo Carolus.

—No me gustan las encuestas.

—No me extraña. La comprendo. Estoy investigando los dos asesinatos...

—No voy a hacer ninguna declaración. El Oficial Principal es cliente mío, y si necesita alguna información me la pedirá personalmente.

Carolus estaba desesperado. Decidió arriesgar el todo por el todo.

—No, no —dijo—, usted me ha malinterpretado. No soy policía. Estoy investigando para la televisión.

Observó el efecto de la palabra mágica. Sí. Funcionaba. La señorita Shapely sonrió.

—Ah —dijo. No era muy efusivo, pero eso fue suficiente.

—Estamos organizando un programa. Necesitamos su colaboración, señorita Shapely.

—Depende. No puedo permitir que filmen en mi bar, por supuesto...

—No. Lo que espero obtener es su colaboración personal.

—No tengo mucho tiempo para ver programas de televisión —dijo la señorita Shapely—, pero los que he visto me parecieron muy interesantes.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas? Así me daré una idea de cómo organizar el programa. Me pareció que podíamos armarlo a partir de usted.

—Vaya —exclamó la señorita Shapely radiante.

—Tengo entendido que Charles Carew viene aquí.

La señorita Shapely suspiró.

—No es exactamente la clase de cliente que más me agrada —dijo—. No permito que se usen malas palabras en mi bar y he tenido que hablar con el señor Carew más de una vez. Pero suele venir.

—¿Lo veré esta noche?

—Por lo general hace una parada a eso de las siete y luego vuelve a las nueve.

—¿No viene de mañana?

—Muy rara vez. La última vez que vino de mañana fue alrededor de una semana antes de los asesinatos. Me acuerdo muy bien de eso porque tuve problemas ese día.

—¿Ah, sí? ¿Con Carew?

—No. No con él. Fue con un granjero de nombre Raydell. Parecía un hombre tranquilo y respetuoso. Pero en esa ocasión abusó de su posición.

—¿Cómo?

—Se tomó una libertad que yo no podía permitirle.

—¡No!

—Una libertad imperdonable. Tuve que actuar con firmeza.

—Espero que no haya...

—Trajo un animal salvaje a mi bar.

—¿Un animal salvaje?

—Sí. Una criatura parecida a un leopardo pequeño. Lo llamó ocelote.

—¡Cielo santo!

—Qué le parece. No fue sólo la impertinencia, fue el modo en que lo hizo. Esperé a que yo me diera vuelta. El primero en verlo fue el anciano señor Sawyer, uno de mis mejores clientes. De pronto se encontró con el animal ese oliéndolo. Le gusta el gin, al señor Sawyer, no voy a negarlo, y ha estado dándose el gusto. Pero cuando este animal apareció ahí, él creyó... bueno, parece que más de una vez ha sufrido visiones después de empinar el codo. Soltó el vaso y le vinieron convulsiones. Cuando yo miré y vi lo que había provocado, perdí el control. Por primera vez en los quince años que llevo a cargo de este bar, perdí el control. Fue una escena de lo más escandalosa. Nada parecido había sucedido nunca desde que estoy aquí.

«Pero en lugar de sacar al animal en seguida, el señor Raydell empezó a explicar que era inofensivo y dormía a los pies de su cama. “Señor Raydell”, le dije, “hágame el favor de sacar a esa bestia de inmediato y no traerla nunca más a mi bar. Nunca lo hubiera creído capaz de hacer algo así”. “Es sólo un ocelote”, dijo él. *Sólo* un ocelote, era más que suficiente. “Si no lo saca de inmediato llamo a la policía. ¡No voy a permitir que haya ocelotes en mi bar!”. “Es sólo uno”, dijo el señor Raydell. “No me interesa si es uno o cincuenta”, le dije. “Es una cuestión de principios. Lléveselo en seguida, por favor. ¿Suponga que muerde a alguien? Es capaz de matar a alguna anciana antes de que usted pueda pararlo”».

—¿Quién estaba en el bar en ese momento?

—Ah, mucha gente. Era la hora de más trabajo. Estaban el señor y la señora Baxeter. No vienen a menudo y nunca toman otra cosa que no sea limonada, pero estaban aquí. También estaba el señor Bickley, que trabajaba para la señora Westmacott y el señor Carew. Estaba el señor Gilling, que vigila el estacionamiento en el cine Granodeon, una persona muy tranquila y respetable; también un chófer del Royal Hydro de nombre Wright.

—Qué grupo espléndido. ¿Alguien más?

—Sí, por desgracia. Una de mis cruces. El señor Ben Johnson, un artista. También había una señora que gritó como loca. Estaba con el esposo. Creo que estaban alojados en el hotel.

—¿Todos le oyeron decir eso de matar a alguna anciana?

—Cuando quiero que se me oiga se me oye.

—¿Y entonces el señor Raydell se fue?

—En seguida. Pero yo estaba muy perturbada. No lo demostré, pero estaba muy perturbada.

—No me sorprende. ¿El señor Raydell es conocido en la ciudad?

—Oh, sí. Es un granjero importante. Todo el mundo lo conoce y hasta ese momento nunca me había dado motivos para ofenderme. Su establecimiento es muy conocido, porque tiene muy buen ganado lechero, o algo parecido. Creo que le han dado premios por la cantidad de leche y esas cosas. Alguien me lo explicó una noche, pero tuve que desalentar semejante tema de conversación. No me pareció muy correcto...

—Cuénteme del señor Ben Johnson, señorita Shapely. ¿Le parece que podría aparecer en nuestro programa?

—No si estoy yo en él. No podría aparecer al lado del señor Johnson. Es un hombre muy violento y agresivo. Su vocabulario es espantoso. Bebe demasiado. He oído cosas vergonzosas de su vida privada. Vergonzosas. Le he rogado que no venga, pero es inútil. Mas de una vez tuve que ponerlo en su lugar por la confianza que se toma.

—Tengo entendido que no les tenía mucha simpatía a los Westmacott.

—Hablaba de ellos de una manera vergonzosa. Lo he oído referirse a la señora Westmacott con palabras terribles.

—¿En serio?

—Sí. No la conocía, pero parece que ella quiso darle su amistad. Durante mucho tiempo el señor Johnson no tuvo éxito como pintor. Nadie quería comprar los cuadros que pintaba y a mí no me extraña. No entiendo mucho de arte, pero me gustan los cuadros que son cuadros. Hace años, antes de hacerse famoso, el señor Johnson trajo uno de sus cuadros aquí. Quería que yo lo colgara y tratara de venderlo. Era un cuadro muy raro; yo pensé que representaba a un pájaro tropical en una jaula. Le pregunté cómo se llamaba y él dijo que no importaba mucho. «Llámelo Figura Desnuda. Eso va a gustar». Claro que apenas dijo eso le ordené que se lo llevara. Pero ya ve la clase de artista que es. Mientras no pudo vender sus cuadros no llamó la atención de la señora Westmacott, pero después de que la gente empezó a comprarlos y se hizo famoso, la señora Westmacott quiso conocerlo. Él habló de ella de una manera muy desagradable. Dijo que nunca iba a «darle el gusto».

—¿Y qué más?

—Usó una palabra vergonzosa. La llamó... no me gusta nada decirlo, pero la llamó yegua. ¿Se da cuenta la clase de hombre que es? No tenía ninguna consideración. También hablaba con total falta de respeto, del señor Gabriel Westmacott.

—¿Por qué?

—Porque el señor Gabriel Westmacott es un conocido conferencista.

—Yo nunca había oído hablar de él.

—Hace sólo una semana el Buddington Courier publicó un anuncio de que iba a Lancashire a dar una conferencia el jueves siguiente. Todos lo leímos.

—¿Todos?

—Todos mis clientes. Lo pasamos de mano en mano aquí. Lo recuerdo porque la conferencia fue la noche en que asesinaron a su pobre madre. El señor Johnson estuvo muy grosero. La escuela de arte sobre la que conferenciaba el señor Westmacott no era del agrado del señor Johnson, parece.

En ese momento llegó el primero de los clientes regulares de la señorita Shapely: un caballero maduro que entró caminando pesadamente y pidió un gin doble con soda. La señorita Shapely le sirvió ella misma con una sonrisa de reina.

—Sírvase, señor Sawyer. ¿Cómo se siente hoy?

—Mejor de lo que puede esperarse, después de aquel episodio nefasto —dijo el señor Sawyer.

—¡Vamos! Ya hace semanas de eso. Debería olvidarse.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Ocelote.

El señor Sawyer se dirigió a Carolus.

—¿Qué haría usted si un ocelote lo atacara en un bar de Inglaterra? —preguntó con voz estentórea.

—Pues no le dirigiría la palabra —dijo Carolus.

—Vaya —dijo el señor Sawyer y bebió su gin.

—¿Por qué? ¿Usted le habló?

El señor Sawyer masculló algo ininteligible. Luego, volviéndose a la señorita Shapely, le pidió otro gin.

—Le aseguro esto —dijo la señorita Shapely—, no va a volver a verlo. El señor Raydell sabe lo que hace. No lo va a ver más en mi bar, al menos. —De pronto su voz dejó de ser melodiosa y se opacó el brillo de sus ojos al ver entrar a otro cliente—. Buenas noches —murmuró respondiendo al saludo de éste—. Fred lo atenderá, señor Carew.

Capítulo 9

Carolus contempló al famoso Charlie Carew, sospechoso número uno de la policía, beneficiario del testamento de Sophia Carew, bebedor y gastador inescrupuloso. Era el clásico parroquiano del bar de un hotel en cualquier ciudad del interior. Carew parecía bondadoso, bromista, no muy inteligente y propenso a exagerar un poco. Antes de oírlo hablar uno ya sabía que sus temas preferidos serían el cricket en verano y el fútbol en invierno y, durante todo el año, las carreras de galgos, las carreras de caballos, los chismes locales y cualquier enfermedad que pudiera padecer.

Lejos de intentar presentarlo, la señorita Shapely parecía decidida a ignorar la presencia de Carew. Pero no fue necesaria ninguna presentación.

—Buenas noches —dijo Carew—. ¿Qué le pareció la pelea de anoche?

Por un momento Carolus creyó que la señorita Shapely había tenido más problemas en su bar. Pero entonces recordó que otra esperanza del boxeo inglés había sido noqueada la noche anterior.

—Difícil —dijo Carolus—. Usted es Charles Carew, ¿no? La señorita Tissot me ha contratado para aclarar el doble asesinato.

Carew sonrió.

—Yo soy el hombre que usted busca —dijo—. Mi tía Sophia me dejó su dinero. No tengo coartada para esa noche. Es obvio que debo ser el villano desesperado.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Carolus.

—Ron con Coca-Cola.

—¿Cómo?

—Ron con Coca-Cola. Es muy sabroso. Refreshante y fuerte. Salud.

—¿Dónde estuvo esa noche, señor Carew?

—Vine aquí a eso de las siete. No me quedé mucho. Había sido un día muy aburrido y estaba cansado como la mierda.

—¡Su vocabulario, señor Carew! —gritó la señorita Shapely autoritariamente.

—Luego volví, ¿no es así, señorita Shapely? La noche del crimen, ¿se acuerda?

—Más tarde que de costumbre. No faltaba mucho para la hora de cerrar cuando llegó.

—¿Dónde estuvo mientras tanto?

—En casa, hombre. Volví a casa a comer algo. No es bueno beber con el estómago vacío.

—¿Dónde queda su casa?

—Cerca del cine. Por la parte de atrás. Calle Quincey número 7.

—¿Vive solo?

—Si, gracias a Dios. Mi mujer y yo estuvimos de acuerdo en separarnos hace unos años y ahora vivo solo. No me gustan las pensiones.

—O sea que no tiene coartada para el asesinato de su tía.

—Lo sé. ¿A qué hora exacta mataron a la pobre Sophia? Porque no creo que me

haya ido mucho antes de las ocho y estuve de vuelta a las nueve y media. No me deja mucho tiempo.

—No se precisaba mucho tiempo.

—Pero escuche..., ¿hay alguien que piense en serio que yo maté a Sophia? No creo que de verdad se sospeche de mi.

—Pues la policía tiene serias sospechas.

—Es absurdo. Sophia era un encanto. Me ayudó infinidad de veces...

—¿Era muy querida?

—No tenía muchas amistades aquí. En Londres tenía un grupo de amigos extranjeros que hablaban inglés como la mierda.

—¡Señor Carew! —gritó la señorita Shapely—. Le ruego que sea más cuidadoso con su lenguaje. No voy a permitir ese tipo de cosas en mi bar, y usted lo sabe muy bien.

—Sophia conocía a muchos extranjeros. Yo no los veía mucho. Recuerdo que había un doctor Cohen...

—Estoy escuchándolo, señor Carew —dijo la señorita Shapely amenazadora.

—Volvamos a usted —dijo Carolus—. ¿No tiene ninguna coartada realmente?

—Estaba en casa preparándome un bife. Siempre estoy en casa a esa hora. Si hubiera sabido que iba a necesitar una coartada habría visitado a algún vecino o algo por el estilo. Pero nadie me vio entrar ni salir, que yo sepa.

—¿Sabe? Lo que hace su situación tan comprometida es la falta de otro sospechoso. Las únicas otras personas que se benefician con la muerte de su tía son los Baxeter y Marta Tissot. Ella es físicamente incapaz de hacerlo y los Baxeter no parecen...

—¿Personas capaces de hacer esas cosas? Creía que los investigadores no se manejaban con esa clase de suposiciones.

—Y así es. Pero hay límites. ¿Tiene alguna sugerencia?

—No creo. A menos que haya sido alguien de afuera. De Londres, por ejemplo. Como le decía, ella tenía muchas relaciones.

—No querrá que considere esa clase de posibilidades, ¿verdad? Alguien que regresa del pasado con ansia de venganza. ¿Un tuareg, le parece?

—No. Pero no tiene por qué haber sido alguien de Buddington. Entiendo lo que quiere decir cuando se refiere a los Baxeter. No parecen muy sanguinarios, ¿no? Una vez cené con ellos. ¡Maldita sea!

—¡Señor Carew, su vocabulario, por favor! —exclamó la señorita Shapely exasperada.

—Fue espantoso, viejo. Realmente espantoso. Sopa de remolacha. Después unos *hors d'oeuvres*...

—¡Señor Carew, no le voy a volver a dirigir la palabra!

—... de higos y zanahorias crudos rallados, seguido por unos boniatos con semolina y jugo de fruta de postre. Me revolvió el estómago, viejo. Lo peor de todo

es que se dice que la señora Baxeter era una excelente cocinera. ¿Cómo puede la gente prostituir su talento...?

—Voy a tener que pedirle que se retire, señor Carew.

—Pero, de todas maneras, servirle ese tipo de comida a un invitado no es un crimen en el verdadero sentido de la palabra. Yo me había tomado el trabajo de comprarle unas flores a la señora Baxeter. «Lo siento», dijo, «pero no nos gustan las flores en la casa».

Carew miró hacia la puerta.

—Ahí está el viejo Johnson —dijo—. Ahora sí que habrá malas palabras.

Ben Johnson era una versión intelectualizada de granjero: pantalones de corderoy, camisa de fajina y un pañuelo atado al cuello. Haría por lo menos dos días que no se afeitaba y tenía los dientes ennegrecidos y las manos sucias.

—Hola, Johnson —dijo Carew—. El señor es Carolus Deene. Está investigando los dos asesinatos.

—Buenas —dijo el artista—. Está perdiendo el tiempo. ¿A quién le importa quién hizo reventar a las dos viejas?

Carew rió.

—A mí me importa. Una era mi tía.

—Vaya si lo sé. Pero después de una cierta edad; ¿para qué sirven los viejos? Espero que cuando llegue a esa edad alguien me mande al otro lado.

—Alguien lo hará si sigue hablando de esa forma —dijo Carolus—. Sólo un hombre que le teme a la muerte dice esas bravuconadas.

—¿Qué rayos quiere decir?

—Señor Johnson... —exclamó la señorita Shapely con suavidad, acorde a lo suave de la imprecación.

—Quiero decir que habla como un tonto. ¿Qué tiene que ver la edad de una persona que ha sido asesinada? Asesinar es una insolencia digna de condena, y si nosotros, el resto de la humanidad, lo dejamos pasar, seremos entonces iguales a ratas pusilánimes. El que haya matado a esas mujeres va a pagar por ello.

—Qué pedazo de oratoria —dijo el artista.

—Lo admito. El crimen no me hace gracia, eso es todo. ¿Usted conoció a Sophia Carew?

—La vi una vez. Parecía un pato.

—¿Y la señora Westmacott?

—No, gracias a Dios. Ahí puse mis límites. Nunca conocí a esa yegua...

—¡Señor Johnson!, ¿podría por favor controlar su vocabulario en mi bar? —pidió la señorita Shapely.

—¿Qué pasa? Estaba hablando de un equino del sexo femenino. ¿Cómo lo llamaría usted? —Y volviéndose a Carolus, Carew y Priggley, continuó—: Me pregunta si la conocí. No, pero me volvió loco durante un año. Esa mujer era incansable. Burne-Jones o alguno de éstos le había dado una palmadita en la cabeza

una vez y eso la convirtió en una fanática del arte para toda la vida.

—¿Qué tiene de malo Burne-Jones? —preguntó Carolus provocándolo.

—Nada, sólo que no sabía pintar. Barnizador, fabricante de tejas, herrero, sastre, yesista, decorador, tapicero, ilustrador de libros, cualquier cosa, pero no lo llame pintor. En cuanto a Rossetti...

—¿Sí?

—Era aburrido, cobarde e insustancial —dijo Ben Johnson.

—Vaya. No tenía idea. ¿Es por eso que le desagradaba la idea de conocer a la señora Westmacott?

—En parte. Ella y su círculo seguían adorando a esos pseudoartistas. Pero en parte fue la desvergonzada insistencia de esa mujer. La noche misma de su muerte recibí una llamada de ella, ya deben de habérselo dicho.

—No, no lo sabía. ¿Lo sabe la policía?

—Supongo que si. Yo no lo oculté, al menos.

Ben Johnson parecía un poco incómodo, como si hubiera dicho más de lo debido.

—¿A qué hora fue?

—Alrededor de las ocho, creo. Extraordinario. Empezó a preguntarme cuándo iría a su casa. Parecía entusiasmadísima. Me esperaba.

—¿Usted qué le dijo?

—Le hice el truco del auricular. Nunca falla. Si me invita una copa se lo cuento. Le va a permitir ahorrarse muchísimo tiempo. Cuando algún pesado de éstos que ni paran de hablar lo llame por teléfono, usted cuelgue, pero mientras usted está hablando, no mientras hable el otro. Esa gente que habla hasta por los codos nunca se va a imaginar que alguien se corte a si mismo. Luego deje el tubo descolgado unos cinco minutos y ya está libre. Siempre da resultado y nunca nadie se ofende.

—Muy interesante —dijo Carolus—. Todos enfrentamos situaciones en que deberíamos hacer eso. ¿Ella no volvió a llamarlo?

—No. Salí enseguida.

—¿Adónde?

—No es asunto suyo.

—¿Quiere decir que usted nunca vio a la señora Westmacott ni ella lo vio a usted?

—Nunca le vi el pelo, como se dice. Y ahora, ¿qué piensa?

—No tengo más que conjeturas.

—¿Cree que fue un loco?

—No. Creo que estos asesinatos fueron cuidadosamente planeados por una persona o varias.

—¿Los dos? —preguntó Johnson con escepticismo. Carolus no respondió.

Johnson y Carew fueron a saludar a otros conocidos. Carolus quedó a solas con Priggley.

—¿Alguna vez vio un cuadro de ese hombre? —preguntó Rupert.

La señorita Shapely carraspeó.

—Son increíblemente malos. ¡Y cuestan miles de libras!

—¿Qué pinta?

—Arañas crucificadas. Calaveras atrapadas en telas de araña. Cuervos torturados. Ese tipo de cosas, ya sabe.

—Vaya. ¿Quién más hay aquí? ¿Estará el granjero ese? El del ocelote —pidió Carolus.

—¿El señor Raydell? Sí, es el que está hablando con el señor Carew. ¡Señor Raydell! Acá hay un caballero que quiere verlo.

El granjero era fuerte y saludable como se supone que tienen que ser los granjeros, y parecía muy dispuesto a hablar. Había oído que Carolus investigaba el caso.

—Tengo entendido que tiene un ocelote —dijo Carolus.

—Sí. Un animalito muy bueno. Aunque no es muy querido en este bar.

—Por supuesto que no —dijo la señorita Shapely—. Ni piense en traer a ese animal salvaje otra vez.

—Es incapaz de matar una mosca.

—Eso puede ser cierto o no, pero mi bar no es un zoológico, señor Raydell.

La señorita Shapely se alejó a servir a uno de sus clientes preferidos. Raydell rió.

—No le gustó el chiste —dijo—. Tuve que venir a reconciliarme con ella unas noches después. Al principio no creí que fuera a perdonarme, pero cedió. Fue Dan Westmacott el que la convenció.

—¿Dan Westmacott?

—Sí. Dante es el nombre completo. Vecino mío, un muchacho estupendo. No como ese amanerado del hermano. Vinimos juntos.

—¿Cuándo?

—La noche en que asesinaron a esas dos pobres mujeres. La verdad es que, de regreso a casa, debo de haber pasado muy cerca del cuerpo de una. Justo por la casa de Goggs. Goggs trabaja para mí.

—Sí. Tiene que haberlo hecho si fue por ese camino después de las diez.

—Más bien sería la una. Tenía que encontrarme con alguien después de la hora de cerrar.

—Ya veo.

—La gente sencilla también tiene sus diversiones.

—Ni se me ocurriría tratar de interferir con ellas. ¿Y Westmacott? —Ah, él se fue a algún lado en seguida después de que nos disculpamos con la señorita Shapely.

—¿No volvió a verlo?

—No esa noche.

—¿Y a qué hora llegaron aquí?

—No mucho después de que abrieron. Cuando llegué a casa mi ama de llaves me estaba esperando. Es bastante sorda y se preocupa mucho si pasa algo fuera de lo común. Esa noche estaba sentada al lado del teléfono después que nosotros habíamos

salido y oyó la campanilla. Levantó el auricular pero no pudo oír nada. Dice que parecía una voz de mujer. Se imaginó mil cosas, pobre vieja. Pensó que me había metido en una zanja o que me había caído muerto. Como llegué tarde casi se vuelve loca.

—¿Nunca averiguó de quién había sido la llamada?

—Nunca. Tampoco recibo muchas llamadas.

—Dice que vino al pueblo con Dante Westmacott. ¿En el mismo auto?

—No. Los dos teníamos cosas que hacer en el pueblo. Vinimos cada uno por su cuenta, y arreglamos encontrarnos aquí. Tiene que conocer a Dan. Un buen muchacho. Su mujer es la belleza de la zona. Cuando se aburra de los bagres del Hydro venga a Lilbourne y regocíjese contemplando a Gloria Westmacott. Es una cosa especial.

—Gracias. ¿Alguno de ustedes conocía a la señorita Carew?

—Yo no. Creo que Dan la había visto una vez. ¿Por qué no viene a tomar una copa mañana por la noche? Invitaré a Dan y a Gloria y pueden charlar. Quizás averigüe algo útil. ¿Qué le parece a eso de las seis?

—Gracias. Me encantaría.

—Me gustaría ver aclarado este asunto. Tan desagradable, las dos señoras.

—¿Conocía a la señora Westmacott?

—No directamente. Pero mire qué extraño, mi ama de llaves sí la conocía. Desde hace años, parece. Puede contarle mucho de ella de su época de joven.

—¿Cómo se llama su ama de llaves?

—Lightfoot. Grace Lightfoot. Bueno, nos vemos mañana.

Carolus lo vio abrirse camino hacia el otro extremo del salón, donde se reunió con un gran grupo.

—Me pregunto por qué tendrá tanto interés en que yo vaya a la casa.

—Quizá quiera que vea a su ocelote.

—Quizás. Este lugar se está llenando de gente, ¿no?

—Sí, pero no hay alboroto. Esa vieja Shapely los tiene cortitos. ¿Hay alguien más con quien quiera hablar?

—Sí. Tres si tenemos suerte. Gilling, del estacionamiento del cine, Wright, el chófer, Bickley, el que trabaja para los Westmacott.

—No tenga demasiadas esperanzas.

—Veremos.

Capítulo 10

El bar del Dragón estaba atiborrado. Quedaba poco espacio libre y las pocas mesas y muchas sillas casi no dejaban lugar para que los clientes se movieran de un lado a otro. No había muchas mujeres y las que había parecían mantenerse lo más lejos posible de la señorita Shapely.

—No me gusta que vengan solas —le confió a Carolus—. Está bien si vienen con un caballero, de lo contrario trato de que no entren. Nunca se sabe.

—Entiendo —dijo Carolus comprensivo.

—Nos perdimos la cena —dijo de pronto Rupert Priggley—. ¿Nos podrán preparar un sándwich?

Carolus le preguntó a la señorita Shapely.

—Voy a pedirlo a la cocina —dijo ella, como si su augusta posición le impidiera tratar el asunto directamente.

—¿Todavía no ha venido Gilling? —insistió Carolus.

Y entonces un tenue asomo de ablandamiento, casi de calidez, relajó la expresión de la señorita Shapely.

—Sí. Ése que está en la puerta es el señor Gilling. Ese caballero tan respetable y discreto con impermeable.

No había manera de confundir al señor Gilling, y pronto Carolus estuvo hablando con él. Era respetable hasta el extremo del sopor.

—¿Usted es el encargado de cuidar los autos en el cine?

—Sólo por ayudar lo hago. Tengo una pensión del ejército y no necesito. Pero me gusta hacer algo y el médico me dijo que no debo estar ocioso. Es por mis riñones.

—¿Sí?

—Crónico. Me dan sudores fríos, dolores de cabeza y en la espalda. Pero hay que seguir, ¿no? No se puede aflojar. Me encargo del estacionamiento, sí. Pero el otro día le estaba diciendo a la señorita Shapely que no creo que pueda seguir con eso. Es demasiado para un hombre en mis condiciones.

—¿Estuvo allí la noche de los crímenes?

—Estoy allí todas las noches. Es lo peor para mí, pero uno tiene que hacer algo. No me molestaría tanto si no fuera por las piedras que tengo en la vesícula. Cómo me molestan. No se sabe lo que son hasta que le tocan a uno.

—¿Quiere tomar algo?

—Voy a tomar un gin. Me gustaría mucho un poquito, de cerveza, pero no me animo a tocarla. Es por mis flatulencias. Me dan unos dolores horribles justo encima del corazón y unas palpitaciones que es de no creer. Además, los mareos. No, no puedo probar cerveza ni té. Sólo un poquito de gin, para aliviarme, porque es lo mejor.

—¿Recuerda aquella noche, señor Gilling?

—No creo que la olvide nunca. Tuve un día terrible el jueves. Mi úlcera. Vomité

todo el día. Pensé que no iba a poder ir a trabajar en ese estado. Pero ahí está, uno tiene que trabajar, ¿no?

—¿A qué hora llegó al estacionamiento?

—Casi siempre llego a eso de las cuatro, a menos que esté sufriendo mucho. Después de las cinco me corro hasta el café, donde la gerenta me permite tomar una taza. Es amiga de la señorita Shapely, una persona muy amable y respetable. Después me quedo en el estacionamiento casi todo el tiempo hasta las nueve, y a esa hora vengo para acá. ¿Sabe? No puedo caminar mucho, tengo lumbago.

—¿Lumbago?

—Agudo. En la parte posterior de la espalda. Cuando me siento no me puedo levantar, y caminar es un suplicio.

—¿No recuerda si trajeron el auto de la señorita Carew?

—No. No lo trajeron, mientras estaba yo, al menos. Yo conocía bien ese auto. Casi siempre dejaba al perro adentro mientras iba al cine. A veces me dejaba algunos bizcochitos o un hueso o algo para darle si se ponía nervioso. Y a ella la conocía bien, también. Nunca olvidaba preguntarme por mis sabañones, porque ella había sufrido mucho con ellos, y me decía que lo mejor era pintarlos con yodo.

—Y si alguna otra persona manejaba el auto, ¿lo habría notado?

—Lo habría visto. No, habrá venido después de las nueve, ya que lo hallaron allí a la mañana siguiente. Entre las nueve y las diez y media, más o menos, cuando cierran la entrada.

—Pero si alguien lo hubiera entrado, ¿no habría corrido el riesgo de ser visto más tarde? Quiero decir, al salir del estacionamiento.

—No. Hay una salida por atrás para los peatones. El hombre pudo haber dejado el auto y haber salido por ahí.

—El hombre o la mujer.

—¿Usted dice la señorita Carew? ¿Ya no estaba muerta?

—Ignoramos la hora de la muerte.

El señor Gilling pareció sorprendido.

—Creí que ya lo sabían —dijo—. ¿Quiere decir que pudo haber ido al lugar donde la encontraron en el auto de otra persona?

—¿Por qué no? ¿Conoce a un granjero llamado Raydell?

—Si. Acaba de salir. El otro día hizo enojar a la señorita Shapely.

—¿Conoce su auto?

—Si, pero no sabría decirle si estuvo en el estacionamiento esa noche. A veces va, pero no puedo recordar todos los autos que entran. Muchas veces espero a los que estacionan y les doy la tarjeta cuando salen. No puedo andar caminando, por mi ciática.

—¿De modo que no podría decirme qué otros autos había en el estacionamiento?

—No, no podría. No puedo estar seguro. Recuerdo que el de la señorita Carew no estaba porque me enteré lo que le pasó al día siguiente y en seguida me acordé. De lo

contrario no me habría acordado. Me olvido de las cosas, sabe. Con esos ataques de neuralgia, las cosas se me van de la mente.

—¿No recuerda, por ejemplo, si el chófer de la señorita Tissot llevó su auto?

—Le podemos preguntar porque es ése que está ahí. Acaba de entrar. Un joven muy respetable. La señorita Shapely lo tiene en gran consideración, creo. ¿Quiere que lo llame?

—Si —dijo Carolus.

—Tendré que ir a traerlo —explicó el señor Gilling—. No me va a oír, con esta laringitis que tengo. Empeora de noche.

Pero en ese momento el joven Wright vio que el señor Gilling intentaba llamar su atención y se acercó.

—Buenas, señor Gilling —dijo—. ¿Cómo está?

—Horrible. Ayer pensé que me tendría que internar. Pero no hay que rendirse, ¿no? Hay que tratar de ver el lado bueno de las cosas. Este caballero quería saber si su auto estaba en el estacionamiento del cine la noche de los crímenes.

Wright se sorprendió, y no era para menos. Era un muchacho alto y muy solemne con algo de furtivo e inquieto en los ojos castaños.

—¿Usted es el señor Deene? —le preguntó a Carolus—. La señorita Tissot me dijo que estaba investigando. Espero poder darle información que le sea útil. Sí, el auto estaba en el estacionamiento del cine porque la señorita Tissot me había dado permiso para usarlo esa noche. Llevé a mi prometida al cine.

—¿Necesitaba el auto para eso?

—Mi prometida vive a cinco kilómetros de aquí, en un pueblo llamado Tillshill. Fui a buscarla y después a llevarla.

—¿Ella se acordará?

—Oh, no me gustaría mucho que le preguntaran. Viene de una familia muy respetable. Su padre es el cartero.

—Wright, creo que se olvida de que dos mujeres han sido asesinadas. Para justificar su coartada habrá que probar la «respetabilidad» de los padres de su chica. Éste es un asunto serio.

—¿Pero por qué habría de necesitar yo una coartada, señor Deene?

—¿A qué hora fue?

—A la función de las seis y media. Salimos antes de las nueve.

—¿Y después qué hicieron?

—Fuimos a tomar un café en el salón de té del cine.

—¿Y después?

—Llevé a mi prometida a su casa.

—¿Derecho a su casa?

—Dimos una vuelta.

—¿En qué dirección?

—Hacia Lilbourne, ya que me lo pregunta.

—Eso queda en dirección opuesta a Tillshill, ¿no?

—Fue una vueltita.

—Entiendo. ¿Volvieron por Buddington?

—Sí.

—¿Qué hora sería?

—No lo sé. Dimos una vueltita, nada más.

—¿Alrededor de las once?

—Un poco antes.

—¿Entonces fueron a Tillshill?

—Sí. Directo.

—¿No dieron ninguna vueltita esta vez?

—No.

—¿Eso quiere decir que estuvo de regreso en el hotel y estacionó el auto antes de la medianoche?

—Mucho antes.

—¿Lo vio alguien?

—No lo creo. No había nadie en el garaje del hotel. Todos estaban durmiendo. No me encontré con nadie.

—¿Le gusta trabajar para la señorita Tissot?

—La señorita Tissot es una dama, señor Deene. Le debo todo lo que soy, incluso mi educación. Me hizo aprender a manejar.

—Pero ella estaba pensando en deshacerse del auto, ¿no es así?

—Algunas de sus inversiones fracasaron. Pensó que no iba a poder mantenerlo. Pero ahora heredó dinero de la señorita Carew.

—¿Así que usted conservará el empleo?

—No creo que la señorita Tissot fuera a dejarme ir, aunque vendiera el auto.

—Por favor conteste esto con mucho cuidado, Wright. Ese jueves en que asesinaron a las dos señoras, ¿vio, oyó o notó algo que le parezca importante? En Buddington, en la ruta a Lilbourne o en cualquier otro lado.

Wright reflexionó.

—Hubo un detalle, pero no me gusta tener que mencionarlo, y no creo que tenga nada que ver con los asesinatos.

El señor Gilling, que había permanecido con ellos, pareció el más interesado.

—Cuéntenos, de todos modos —sugirió Carolus.

—Después del cine. Cuando llevé a mi prometida a dar una vuelta. Nos detuvimos un momento...

—¿Dónde?

—En el camino a Lilbourne.

—¿Pero dónde exactamente? ¿O no sabe?

—Por lo que he oído desde esa noche, creo que era muy cerca de donde encontraron el cuerpo de la señorita Carew. Fue justo antes de llegar a una casa que

está a mano derecha.

—¿Qué hora sería?

—Supongo que serían cerca de las once. Nos detuvimos un minuto. Estábamos sentados allí charlando cuando de pronto mi prometida dio un grito. Había una cara asomada a la ventanilla del auto.

—¿Pudo verla con claridad?

—La reconocería. Supongo que mis ojos estaban acostumbrados a la oscuridad. Vi a un hombre con un gran bigote rubio, mirando.

—¿No lo había visto antes?

—No. Enseguida salí del auto, pero fue demasiado tarde. Se fue en bicicleta. Le grité, pero no se detuvo. Fui a buscar una piedra para tirarle, porque estaba muy enojado. Al hacerlo vi al borde de la carretera lo que me pareció un pedazo de papel. No sé qué me hizo levantarlo. Era un lirio. Quiero decir, la flor nada más.

—Ajá. ¿No trató de seguir al voyeurista en el auto?

—No. Iba en el sentido contrario a Buddington Y mi prometida estaba muy impresionada. Quería llegar a su casa cuanto antes.

—Me imagino —dijo el señor Gilling, comprensivo—. Cualquier joven respetable se sentiría igual. A mi no me habría hecho ninguna gracia, enfermo de los nervios como estoy. Me enfrío y casi no puedo respirar. Es como si el corazón fuera a dejar de latir. Me imagino cómo se habrá sentido la joven.

—¿No tiene nada más que decir, Wright?

—No, señor Deene. Espero que no le diga nada de esto a la señorita Tissot. Es muy... especial, usted ya lo habrá notado.

—¿Sabe que tiene novia?

—Sabe de mi prometida, si. No le he dicho más que eso, porque ella está por encima de esas cosas, ¿me entiende, no? Es una verdadera dama, la señorita Tissot, y no quiere tener nada que ver con los del hotel.

—Les estoy muy agradecido a los dos por la información que me han dado. ¿Alguno de los dos conoce a Bickley de vista?

—Yo lo conozco —dijo Gilling—, pero no está acá esta noche. Y la mujer nunca viene. Está loca por la tele, creo. Desde que la señora Westmacott les compró un televisor, Bickley casi no aparece. Yo no puedo mirar televisión, ¿sabe? Por los ojos. En seguida me empiezan a doler y se me inflaman si no tengo cuidado. Pero parece que a los Bickley les gusta y se quedan en casa mirando. Ahora él no va a venir porque casi es hora de cerrar. Si, me voy a servir otro poquito de gin con agua, señor. Es lo único que me animo a probar.

Wright esperaba con impaciencia la oportunidad de dirigirse a Carolus.

—¿Qué piensa de los asesinatos, señor? A la señorita Tissot no le gusta hablar de eso, pero creo que en su opinión han sido obra de un loco.

—Claro que si —dijo el señor Gilling—. ¿Qué otra cosa, si no? Las dos eran señoras respetables.

—¿Usted piensa eso, señor? —insistió Wright.

—No, no lo creo. La policía tampoco, por lo que sé. —Se volvió a Priggley—. Tenemos que conseguir esos sándwiches —dijo.

Cuando Carolus y Rupert lograron escabullirse a un rincón del mostrador, la señorita Shapely les alcanzó los sándwiches como si estuviera dándoles un premio por buen comportamiento. Comieron agradecidos pero en silencio.

Cuando le devolvieron el plato vacío la señorita Shapely les preguntó condescendiente cómo les había ido.

—Lo vi hablando con el señor Carew —dijo—, y después con Johnson. Me alegra decir que ambos se han ido. Tengo que tener mucho cuidado cuando están aquí porque sé que los dos son propensos a maldecir.

Carolus le rogó que tomara algo con ellos.

—No es usual que acepte una invitación —dijo la señorita Shapely—, pero voy a tomar un poquito de gin.

—¿Cómo le fue con el señor Gilling? —preguntó con suavidad.

—Muy bien —dijo Carolus—. Me proporcionó información de primera clase para mi... programa.

—No me cabe duda de eso. Es un caballero muy respetable, este señor Gilling. Es una lástima que haya perdido a la esposa hace unos años.

—Parece que sufre varias dolencias —dijo Carolus.

—Pobre hombre. Es de vivir así, solo. Se aferra a esas cosas.

Hubo una pausa durante la cual la señorita Shapely exhaló un inequívoco suspiro y dirigió una mirada en dirección a donde estaba Gilling.

—Lo que necesita, lo que el señor Gilling necesita, es que lo cuiden.

Su ensoñación pareció terminar abruptamente al darse cuenta de que era hora de cerrar. Pero no lo anunció en voz alta, sino que le susurró a Fred que «diera la hora».

Camino al hotel, Carolus le dijo a Rupert que debería ver a Johnson otra vez.

—Eso quiere decir que está llegando a algún lado.

—Claramente sí.

—¿Sabe quién lo hizo?

—Mejor que eso. Sé por qué.

Capítulo 11

—Quedan dos más por ver —dijo Carolus—, y después creo que tendremos algo de acción.

—¿Acción? —bostezó Rupert desde las profundidades de un sillón en el vestíbulo del Royal Hydro.

—Sí. Este caso no se va a aclarar con preguntas y respuestas y una solución como un crucigrama.

—¿Qué quiere decir con eso de acción? ¿Andar en cuatro patas con una lupa?

—«El balido del cordero estimula al tigre». Puedes pensar en eso.

—Ya lo pensé —dijo Rupert rápidamente—. Pero no promete mucho. Si piensa que a su edad puede convertirse en uno de esos recios detectives norteamericanos con entrañas de acero y ojos de lince que arriesgan la vida cada pocas páginas, está muy equivocado. Usted es inglés, señor, tan inglés como Sherlock Holmes y Hercules Poirot. Nunca podrá ser uno de los muchachos de Raymond Chandler.

—Gracias, Priggley.

—Lo que quiero decir es que sería mejor que se portara como una persona adulta, señor. Este asunto que esta investigando es muy desagradable. Muy desagradable. Ahora habla de ver a dos lotes más de testigos, o sospechosos y yo qué sé y dice que después tendremos «algo de acción». Mientras tanto supongo que morirá otra pobre anciana.

—Eso —dijo Carolus con firmeza— es lo que voy a impedir. Pero ni siquiera contemplo la posibilidad de andar por ahí armado. Quizá no se te haya ocurrido que antes de atrapar al asesino sería mejor identificarlo. Todavía tengo que ir a lo del señor Raydell a tomar unas copas con sus vecinos, Dante Westmacott y su esposa.

—Dicen que es hermosísima...

—Así es.

—¿Y quiénes faltan?

—El comerciante en oro Maurice Ebony y su asistente Moira.

—Al menos pasaremos un día en Londres.

—Sí.

—Bueno, usted sabe lo que hace. No niego que a su manera, aunque anticuada, por lo general parece encontrar a alguien contra quien haya evidencia razonable.

Un empleado del hotel le entregó una carta a Carolus en una bandejita.

—Si no me equivoco —dijo Rupert, mirándola—, ésa es la letra de su patrón.

—Es del director —admitió Carolus, al ver el sello de Brighton.

—Vamos, señor. Muéstreme.

—Por supuesto que no. Ve a limpiar el auto mientras la leo.

Cuando quedó solo abrió la carta del señor Gorringer enviada desde el Sandringham Private Hotel, de Brighton.

Estimado Deene:

Al tiempo de hacerle llegar mis mejores deseos y los de mi esposa por su pronta recuperación, me veo obligado a mencionar dos puntos que me preocupan en gran medida. Ha llegado a mis oídos que el joven Priggley, que tenía instrucciones de su padre de ponerse al cuidado de un tutor durante sus vacaciones, no ha ido, como le aconsejé firmemente, con los Hollingbourne a Cornwall, sino que se ha marchado a Buddington-on-the-Hill, donde usted se está recuperando.

Supongo que el padre del muchacho es responsable por permitirle a su precoz hijo tomar sus propias decisiones de esta manera, pero entre nos, tengo razones para afirmar que el «père» Priggley no es un hombre de gran rectitud moral. De hecho se halla en este momento en Italia, donde ha formado una «liaison» de carácter altamente indeseable. Sin embargo, le ha dado a Priggley nada menos que veinte libras semanales para pagar a este tutor temporario, lo cual habría sido un regalo del cielo para Hollingbourne, con su numerosa familia. Por supuesto que lo absuelvo a usted. Deene, de cualquier motivo mercenario en este asunto, pues bien sé que su abultada renta privada le permite ser indiferente a cosas que para nosotros los trabajadores de la viña del señor son importantes. Pero espero que se dé cuenta de lo desafortunada que es esta situación para Hollingbourne, quien resiente, y es natural, que se lo ha privado de las pocas ventajas que ofrece nuestra profesión.

El otro punto es más más serio. A menos que me engañen mis oídos, llegó a mí antes de salir de Newminster el rumor de que, desobedeciendo las órdenes de su médico y mis expresos deseos, está comprometiendo el buen nombre del Queen's School al enredarse en investigaciones detectivescas de una naturaleza tal que seguramente tendrán como resultado una desdichada publicidad. ¿Podrá ser cierto esto? Apenas levantado del lecho de enfermo, que nos privó de su presencia en los exámenes, ¿es posible que sea tan imprudente como para ponerse a jugar con cosas que sería mejor dejar a la policía? Si ése es el caso entiendo que no me queda otra alternativa que interrumpir mis vacaciones aquí y acudir con toda prontitud a Buddington para salvar la reputación del colegio.

No deseo ser hipócrita a este respecto. Sucede que el Sandringham Private Hotel ha cambiado de dueños desde la última vez que nos alojamos aquí, y los nuevos propietarios no muestran la menor disposición a contemplar nuestras necesidades como hacían sus predecesores. De modo que no simularé que lamento acortar mi estada en ésta.

Espero y confío que el rumor que me ha llegado sea falso y que esté descansando, preparándose para el próximo período lectivo. Pero me siento obligado a pedirle unas líneas, de ratificación de este hecho para llevar a

cabo mis planes.

Mi esposa le envía sus mejores deseos.

Reciba también mis afectuosos saludos, mi querido Deene.

Hugh Gorringer

Carolus escribió de inmediato la respuesta a esta carta en el esmerado papel con membrete en relieve del Royal Hydro.

Estimado director:

Muchas gracias a usted y a su esposa por sus buenos deseos. Me he recuperado de la hepatitis y me siento muy bien.

Si Hollingbourne es capaz de creer que hacerse cargo de Priggley es una ventaja como dice usted, lo siento mucho. Para mí es una carga difícil de sobrellevar e hice lo posible por enviar a esa pequeña bestia a Cornwall. Tampoco creo que a Hollingbourne le hubiera resultado una tarea muy lucrativa, en vista de lo que gasta la criatura en vino, cigarrillos y demás. Si no fuera por la extraordinaria suerte o habilidad de Priggley para acertarles a los caballos estaría siempre sin un céntimo.

En cuanto al crimen doble, sí, es un caso sumamente interesante. Espero aclararlo antes de que empiece el nuevo período lectivo. Si quiere venir para el «dénouement» hallará que este hotel es todo lo confortable que puede ser una casa de salud.

Con mis afectuosos Saludos para los dos,

Carolus Deene

Luego decidió que, de camino al establecimiento de Raydell en Lilbourne, visitaría la casa solitaria y vería a la señora Goggs.

Era la hora del crepúsculo y por cierto que la casa de Goggs tenía un aire bastante desolado en ese camino desierto. La apariencia de la señora Goggs no era menos extraña que su casa. El viento le arremolinaba el pelo oscuro sobre la cara. Había algo de gitana en ella pensó Carolus.

No se mostró dispuesta a hacerlos entrar a la casa; es más, dejó muy en claro que le estaba dando el té al marido y no podía perder el tiempo allí afuera con ese viento. Sin embargo, cuando comprendió qué era lo que había llevado a Carolus a, hacerle una nueva visita estuvo dispuesta a hablar.

—Señora Goggs, el otro día dijo que no se hablaba con Thickett. ¿Le importaría decirme el motivo?

—No sé si es asunto mío —dijo—, pero si usted supiera lo que yo sé actuaría igual.

—¿Sí?

—No tiene perdón. Con dos hijas crecidas y una casada. A otro le daría vergüenza.

—¿Qué cosa?

—Yo le dije a mi marido, que si lo llegara a encontrar a él en una situación así, no sé qué haría. Pero Goggs tiene más respeto.

—¿Más respeto?

—Yo me entiendo. Un hombre con esposa y con hijos. No sé por qué la policía nunca hizo nada.

—¿Sobre qué?

—Yo sé que a ellos también tendría que darles vergüenza, pero venir tan lejos en la bicicleta, de noche... No está bien, ¿no le parece?

—Todavía no me explicó nada.

—Espiendo, eso. Va en bicicleta, se acerca a los autos detenidos al costado del camino y mira por la ventanilla. Qué me dice, ¿eh?

—Vaya —musitó Carolus.

—Y es muy astuto, también. Siempre huye en dirección opuesta a como está estacionado el auto, para que no puedan alcanzarlo.

—Gracias, señora Goggs.

Una mirada maliciosa le frunció el entrecejo.

—¿Por qué? ¿No pensará que él lo hizo, no?

—Todavía no lo sé.

—No me sorprendería —dijo la señora Goggs—. Lo creo capaz de cualquier cosa.

Se volvió abruptamente y sin decir más desapareció detrás de la casa. Carolus siguió camino hacia Lilbourne.

Raydell mismo le abrió la puerta de su vieja casa y llevó a Carolus y Priggley hacia una agradable habitación con techo bajo. Había un fuego ardiendo en un gran hogar y la atmósfera era muy agradable.

—Invité a los Westmacott para las siete —dijo Raydell—, porque pensé que querría hablar antes a mi vieja ama de llaves. Ella conoció a la finada Westmacott de niña.

—Me gustaría —dijo Carolus.

—No intente preguntarle nada. A mí me entiende porque está acostumbrada a mi voz, pero no entenderá lo que usted le pregunte. No hay que rogarle mucho para que hable del pasado.

No hubo que rogarle nada. Era una anciana de andar pesado y pálida cara marchita pero empezó a hablar como un mecanismo de relojería. Carolus tuvo la impresión de que había repetido sus recuerdos muchas veces antes.

—Todos murieron juntos —empezó, ambiguamente. Carolus quedó sorprendido, pero ella explicó en seguida lo que quería decir. —Bueno, todos en el transcurso de

siete años. Maddox Brown fue el primero en irse en 1893, después Christina Rossetti al año siguiente, William Morris y Millais en 1896, Burne-Jones dos años más tarde y Ruskyn en 1900. Yo siempre dije que había algo muy extraño en eso.

—Pregúntele sobre la señora Westmacott —dijo Carolus, cuyo gusto por las cosas superfluas tenía un límite.

Raydell así lo hizo.

—Yo era una especie de compañera para ella —dijo la señorita Lightfoot—. Ella era modelo.

Sobre esta interesante y sugestiva afirmación no se explayó.

—Se suponía que era hermosa. Ideal para retratos de santas. No servía para eso últimamente, ¿no? Todavía creía que tenía que estar en un vitral. Casi ochenta años... Me hacía reír, en serio. No en la cara de ella, claro. No digo que no fuera buena, pero esa pequeña cantidad de dinero que me dejó llegó demasiado tarde. Yo no ando diciendo que me tendrían que pintar al óleo. Estoy contenta como estoy.

Carolus asintió para animarla a continuar.

—Y tuvo suerte, Rosie Berts. Sí, ése era su nombre de soltera, pero profesionalmente era conocida como Rosamond. Nació en la misma parte de Londres que yo, pero no había duda, la buscaban mucho. Todos querían pintarla. Hasta hoy se la puede ver en muchas pinturas. Entonces conoció al Westmacott este. Tenía plata para tirar al techo, que le había dejado el padre que se había muerto con todos los demás. Él tenía más o menos la misma edad que ella.

—No la vi durante años después de eso, aunque a veces me escribía. Pero fue por intermedio de ella que vine aquí a cuidar al señor Raydell cuando la esposa murió en un bombardeo en Londres. Yo iba a verla de vez en cuando, pero ella no salía mucho y la llevaban a la iglesia en una silla de ruedas, aunque podía caminar por la casa como cualquiera de nosotros.

—¿Cuándo se vieron por última vez? —le preguntó Carolus a Raydell.

—Hace más de un mes —dijo la señorita Lightfoot cuando se lo preguntaron—. Yo no paseo tanto como antes tampoco y ella estaba muy ocupada con su iglesia. Yo soy de la fe de Wesley y no tengo paciencia con todas esas reverencias y bobadas que a ella le gustaban.

Sonó un timbre y Raydell se puso de pie, diciendo que eran los Westmacott. La señorita Lightfoot comentó muy entusiasmada que esperaba que Carolus averiguara quién había matado a su amiga y salió de la habitación rengueando.

Cuando le presentaron a Dante Westmacott y a su esposa Carolus pensó que ninguno de los relacionados con las dos ancianas asesinadas mostraban mucha disposición a llevar luto por ellas. Se dio cuenta de que en Inglaterra la ropa negra y las reglas estrictas de luto habían desaparecido cuando la guerra llevó la necesidad del luto a casi todos los hogares. No esperaba ver crespones ni brazaletes negros, pero suponía que los parientes más allegados, en este caso un hijo y una nuera, podrían mostrarse menos joviales y un poco más discretos en la manera de vestirse.

Dan Westmacott era un hombre grande y alegre. Vestía un brillante traje a cuadros, chaleco color bermellón con botones plateados y llamativa corbata. Su esposa era una mujer muy hermosa, y el traje de tweed resaltaba el brillo de su piel.

Raydell sirvió unos tragos enseguida.

—¿Cómo está Angela? —le preguntó Dan.

—Espléndido. Pero no he vuelto a llevarla al Dragón. Ya la conocerá, Deene. Es un animalito precioso.

—¿Angela es su ocelote? Me gustaría verlo.

—Yo estoy del lado de la señorita Shapely —dijo Gloria Westmacott con voz cantarina—. No es un animalito que pueda llevarse a un bar lleno de gente.

Dan se volvió a Carolus.

—Leí sobre algunos de sus casos —dijo—. Espero que pueda resolver éste. Mi madre y yo no teníamos muchas cosas en común, mi hermano fue su hijo preferido. Pero es tristísimo saber que fue estrangulada. Sí, voy a tomar otro, Ray.

—¿Conocía a la otra víctima? —preguntó Carolus abruptamente. Dan miró brevemente a su mujer.

—Sí, la verdad es que sí. La conocí por intermedio de la gente con la que vivía.

—Los Baxeter.

—No me pregunte cómo los conocí a ellos porque no me acuerdo. Pero desde hace unos dos años vienen a mi granja a comprar lo que ellos llaman productos frescos, porque parece que cualquier cosa que haya pasado por una cinta transportadora está contaminada para ellos. Son unos chiflados, ya se habrá dado cuenta.

—¿Conoció a la señorita Carew en casa de ellos? Dan le sonrió a Raydell.

—No sabía que el señor Deene me sometería a un interrogatorio —dijo de buen humor—. Pero por supuesto que no me molesta decirle cualquier cosa, que quiera saber. La conocí en un almuerzo allí. Una ocasión extraordinaria. Gracias a Dios habían preparado algo de carne para Sophia Carew y para mí, porque el resto era incomible. Sopa de remolacha y berenjenas, lentejas fritas, croquetas de harina de maíz, y cosas así. Me gustó Sophia. Una vieja llena de espíritu. Me entristeció mucho su muerte.

—¿Puedo hacerle otra pregunta, señor Westmacott? La noche de los dos asesinatos usted se separó temprano de Raydell, después de excusarse a la señorita Shapely. ¿Adónde fue?

Dante Westmacott se ruborizó de indignación.

—Está yendo demasiado lejos —dijo—. Me está pidiendo que apele a una coartada. ¿Va a sugerir que maté a mi propia madre?

—No sugiero nada. Pero usted es de las personas más estrechamente relacionadas con el caso y será mejor para todos, si es que voy a aclarar este asunto, saber dónde estaba usted cuando mataron a ambas señoras.

—Tiene razón, querido —dijo Gloria inesperadamente.

—Pero es ridículo. No veo por qué tendría que hablar de esto. ¿Le hizo la misma pregunta a mi hermano?

—Sí. Me ha dado un informe de sus movimientos esa noche.

—Entiendo. No es que tenga nada que ocultar, pero me molesta que me pregunten... Está bien. Después de dejar a Raydell vine aquí para recoger a Gloria para llevarla al cine. Fuimos a la última función del Granodeon.

—¿Vio a Gilling, el encargado del estacionamiento?

—Claro que vi a Gilling —dijo Dante Westmacott, cuya jovialidad parecía haber dejado paso a la irritación.

—Nos contó de su eccema, ¿recuerdas, querido? —dijo Gloria.

—Algo parecido. ¿Qué más quiere saber?

—Después del cine...

—Después del cine vinimos directo a casa.

—¿Por el camino de siempre? Es decir, ¿pasaron por la mina?

—Naturalmente. No hay otro camino, a menos que se haga un gran rodeo.

—¿No tiene ninguna idea sobre los crímenes, señor Westmacott? ¿No sabía de nadie, por ejemplo, que hubiera amenazado a su madre o algo así?

—No. Por lo que sé, mi madre era muy querida en el pueblo. Y no es para menos. Repartía mucho dinero.

—¿No tiene ninguna sospecha?

—Nada que quiera decir en voz alta. Entiendo que la policía cree que los asesinatos fueron cometidos por alguien a quien se puede considerar como con locura temporaria. ¿Usted comparte esa opinión?

—No, me inclino a pensar que hubo otro motivo.

—¿Qué motivo podía haber? No había ninguna conexión entre las dos. ¿Quién podía tener algún motivo para matar a las dos?

—Había algunos puntos en común —dijo Carolus en voz baja.

En ese momento Raydell, que había salido de la habitación unos minutos antes, regresó con el ocelote. Era un hermoso animal, apenas más grande que un gato, y parecía muy manso. La suave piel amarillenta estaba bellamente salpicada con anillos negros en el lomo, y el pecho era blanco.

Capítulo 12

Carolus le había pedido una cita por teléfono a Maurice Ebony y partió hacia Londres a la mañana siguiente para asistir a ella.

Al parecer, la All-British Bullion Company tenía sus oficinas en la calle Mersey. De haber imaginado Carolus que, éstas serían tan majestuosas como el nombre dejaba suponer se hubiera desilusionado, pues Mersey era una calle estrecha y lóbrega, que se internaba en una zona de pequeños restaurantes chipriotas y agencias de noticias extranjeras.

Encontró el edificio, pero la planta baja estaba ocupada por un peluquero de caballeros y la escalera que salía detrás de una puerta abierta parecía sucia y repulsiva. Preguntó en el negocio dónde podía hallar al señor Ebony y le dijeron que en el primer piso. Subió y golpeó la primera puerta. En seguida le abrió una muchacha de aspecto muy agradable.

—Adelante —dijo—. Maurice lo atenderá en un momento. Se está afeitando.

Carolus entró en una salita chillona y se sentó a esperar.

Ebony resultó toda una sorpresa: un hombre suave e impecable de unos treinta años, resplandeciente desde el pelo liso y oscuro y el bigote castaño hasta los brillantes zapatos de charol. Llevaba pantalones rayados y chaqueta negra. Fue muy cortés con Carolus pero parecía en guardia, incluso algo nervioso.

—¿Usted quería verme?

—Si, señor Ebony. Estoy investigando el doble asesinato de Buddington.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Usted es el eslabón perdido —dijo Carolus con suavidad—. Usted es una de las poquísimas personas que tuvo trato con las dos mujeres asesinadas.

—Escúcheme, señor Deene. Mi negocio es comprar oro, nada más. No sé nada sobre esos asesinatos.

—¿No? Uno nunca sabe cuánto sabe, señor Ebony. ¿Le importaría contarme sus experiencias en Buddington?

—Fui a comprar oro.

—Por supuesto. Supongo que resultó un buen lugar para ese propósito.

—En un tiempo lo era. Pero en este trabajo la competencia es feroz.

—De todos modos, un lugar lleno de gente de edad avanzada...

—Ya los han exprimido, señor Deene; No queda casi nada. A mi asistente le costó mucho trabajo encontrar algo.

—¿Los Baxeter primero?

—¿Usted se refiere al coronel y su esposa? Ya recuerdo. Viven comiendo cáscara de papa y avena con leche, pero ¿sabe lo que hicieron? Se aparecieron con su propia balanza. ¿Puede creerme?

—Y a usted le incomodó...

—Bueno, no. Pero me pareció una impertinencia. Su propia balanza. Les compré

sólo un par de cositas. Después vino la señorita Carew y a ella si pude comprarle algunas cositas más. A precio de mercado, claro.

—¿Qué pasó con la cadena de oro que tenía?

—Era plata dorada —dijo el señor Ebony.

Carolus súbitamente se inclinó hacia adelante y le dio vuelta la solapa de la inmaculada chaqueta. En la parte de abajo había un poco de pasta blanca.

—¿Plata dorada, señor Ebony? ¿Entonces por qué tiene pasta de nitrato de plata detrás de la solapa?

—Muy astuto, ¿eh?

—¿Cuánto tiempo le llevó?

—Estuve con ella una media hora.

—Y después fue a ver a la señora Westmacott y también la estafó.

—Le compré algunas cosas. Pero nada de plata dorada en este caso. Es más, dejé un depósito por mercadería que no regresé a recoger.

—¿Qué generoso, ¿eh?

—Todos tenemos que ganarnos la vida.

—Muy cierto. ¿Le compró a alguien más?

—No. No toqué a nadie más.

—¿Ha vuelto a Buddington?

—Si. De hecho, estuve ayer. Eso le demostrará que no tengo nada que temer en Buddington.

—¿Ayer? ¿Compró algo?

—Escuche, señor Deene, mi negocio es legal. Si quise dejarle un depósito a la señora Westmacott y no regresar a retirarlo, es asunto mío. No creo que lo que yo compre o deje de comprar tenga nada que ver con usted.

Carolus se puso de pie. Habló con toda seriedad.

—No me interesan sus «negocios». No soy policía. Sus trampitas no son asunto mío, señor Ebony. Pero estamos frente a un doble asesinato. Dos ancianas inofensivas han sido estranguladas y puede haber otras en peligro.

—¿Pero qué tiene que ver eso conmigo?

—¿Podría creerme, por favor, cuando le digo que, se dé usted cuenta o no, tiene mucho que ver? Si compró oro ayer en Buddington a alguna mujer, ella puede estar ahora en serio peligro.

Maurice miró fijamente a Carolus.

—No quiero causarle problemas a nadie —dijo—. Pero tampoco quiero problemas. Ya pasé por muchos.

—¿Con quién trató ayer?

—Le compré a la mujer que trabajaba para la señora Westmacott. Bickley se llama. Ella sabía que yo le había comprado a su patrona y me pidió que fuera a ver el de ella. Se sabe que pago bien y no engaño a nadie. Me lo pidió la vez anterior, pero yo esperé a que pasaran unos días después de los asesinatos. Le compré a ella, nada

más.

—¿Qué le compró?

—No mucho. Algunas piecitas. Pero todo era de ella, estoy seguro. Me pidió que fuera cuando la señora Westmacott aún vivía.

—¿Habló de esta compra con alguien?

—Claro que no. Nunca hablo con nadie de mi trabajo. Menos que menos en una ciudad como Buddington, donde todos saben vida y milagros de todos los demás.

—¿Quién estuvo presente cuando compró el oro?

—La señora, nada más, y mientras estábamos cerrando trató llegó el marido.

—¿Fue en la casa de ellos?

—Sí. Pero ella me llevó allí. Yo me dirigí a la Mansión Rossetti.

—¿Dejó el auto en la puerta?

—Sí.

—Supongo que tendrá un auto llamativo, ¿no, señor Ebony?

—Un Chevrolet. En mi negocio uno tiene que tener un auto lujoso. Inspira confianza.

—Y —dijo Carolus con ansiedad— si se lo deja estacionado a la puerta de una casa, fácilmente le informa a cualquiera lo suficientemente que está comprando oro. Lo mismo hizo con las dos ancianas unos días antes de ser asesinadas.

—Sabe muy bien que ha sido una coincidencia.

—Es posible. Pero eso no altera la importancia del descubrimiento.

—No lo comprendo, señor Deene. Yo me ocupo de mi negocio. No quiero tener nada que ver con asesinatos. El mio es un negocio tranquilo.

—El asesinato también, señor Ebony. Buenos días.

Carolus era un buen conductor y salió de Londres a toda velocidad. No habló en ningún momento y Priggley parecía impresionado por ese lúgubre silencio.

—¿Habló en serio cuando dijo eso de que una anciana corre peligro? —preguntó.

—Si.

—¿Cree que el hombre que mató a Sophia Carew y a la vieja Westmacott volverá a atacar, como dicen las novelas?

—Estoy casi absolutamente seguro de que habrá un atentado contra la vida de la señora Bickley.

—¿Pero por qué, por todos los santos? ¿Y dice que no se trata de un loco?

—Sólo he dicho a muchas personas relacionadas con el caso que no creo que los asesinatos sean obra de un loco. También he dejado entrever que tampoco la policía cree en eso.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Volver a Buddington lo antes posible —dijo Carolus, acelerando en un trecho de carretera despejado.

—¿Y allí?

—Ver al inspector John Moore.

Pero la charla con John Moore no fue muy estimulante.

—Sé que tienes ideas ingeniosas, Carolus, aunque esta vez me parece que se te está yendo la mano. ¿Pretendes que crea porque la señora Bickley le vendió un poco de oro a Ebony alguien va a tratar de estrangularla?

—Dije que era posible.

—Pero no me dijiste por qué.

—¿No puedes conformarte con el hecho de que las otras dos mujeres fueron asesinadas después de venderle oro a este hombre?

—No seas absurdo, Carolus.

—Me dijiste que era la única relación entre las dos.

—¿Y no lo era?

—No. En una ciudad pequeña como ésta no puede haber divisiones tan excluyentes. Puedo mencionarte otros tantos en los que hubo contacto. Dante Westmacott es amigo de un granjero de nombre Raydell que es conocido de Charles Carew. El ama de llaves de Raydell conoció a la señora Westmacott antes de que ésta se casara y es beneficiaria de su testamento. Dante Westmacott conocía muy bien a los Baxeter y había conocido a Sophia Carew en casa de éstos. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir?

—Sí. Pero ves que eso no sirve más que para debilitar tu argumento sobre Ebony.

—Puede ser. Pero hablo en serio, John. Te pido encarecidamente que tomes precauciones por la señora Bickley.

—¿Estás avanzando en la investigación, John?

—Debo admitir que no. Un detalle que olvidé mencionarte es que el tapizado del auto de Sophia Carew está rasgado. Pero no hay nada concreto para continuar investigando. Como te dije al principio, podría resolver cualquiera de los dos asesinatos, pero los dos juntos son desconcertantes. Lo llevan a uno a las teorías más fantásticas. Un joven asistente mío ha calculado que, según los hechos que tenemos, hay nada menos que seis posibles líneas de solución, sin contar complicaciones tales como sospechosos, etcétera. Las ha ordenado de la siguiente manera, en orden de probabilidad:

1. Un loco homicida, que tiene una obsesión con las ancianas.

2. Un asesino que tiene motivos, que nosotros ignoramos, para cometer ambos asesinatos.

3. Dos asesinos que han actuado por separado. En este caso uno de ellos vio, por pura coincidencia, el primer asesinato, e imitó las características en su crimen.

4. Dos asesinos que han actuado por separado y una tercera persona que ha hecho que los dos asesinatos se parecieran, en otras palabras, que adornó los dos cuerpos con lirios.

5. Dos asesinos que han actuado en colaboración, que estuvieron de acuerdo en que sus crímenes tuvieran una semejanza.

6. Las dos mujeres fueron asesinadas juntas en la Mansión Rossetti a la misma

hora, y la aparente diferencia horaria se debe a que el cuerpo de la señora Westmacott permaneció en un lugar cálido mientras que el de la señorita Carew estuvo a la intemperie.

—Yo podría agregar algunas más —dijo Carolus con gravedad.

—Es ridículo. Cuando se llega al tema de los sospechosos, lo único que sabemos es que probablemente el asesino de la señorita Carew no usa zapatos número cuarenta y dos.

—¿Hiciste investigar eso?

—Sí, investigamos a casi todos los hombres que puedan estar remotamente relacionados con el caso. ¿Quieres que te cuente?

—Por favor.

—No hay nadie que calce cuarenta y uno. Los que calzan cuarenta y dos son. Ebony, Charles Carew, el coronel Baxeter y Gabriel Westmacott. Los que calzan el cuarenta y tres son Raydell, Gilling, Wright, Bickley y Ben Johnson. Los que calzan el cuarenta y cuatro son Dante Westmacott y Thickett. Ayuda mucho, ¿no?

—Sí.

—En realidad, en el supuesto caso de que esos zapatos que encontraron indiquen algo, me parece que sugieren que el asesino de la señorita Carew fue una mujer.

—Si tiene el tamaño y la fuerza de la señora Baxeter.

—No tenía por qué serlo. Cualquier mujer de contextura normal de menos de cincuenta años, pudo haberlo hecho. ¿Qué más tenemos? Dos lirios robados de un jardín la noche de los asesinatos y hallados sobre cada cuerpo. ¿De qué nos sirve eso?

—Yo diría que de mucho, si supiéramos quién los robó.

—Pero no lo sabemos —replicó Moore—. Pudo haber sido cualquiera en la ciudad. Nada que nos permita echar mano a nada. Por otro lado, en lo que se refiere a la hora y a las coartadas parece que casi cualquier persona de Buddington pudo haber cometido los dos asesinatos.

—Yo hallé el motivo —dijo Carolus con timidez.

—¿Ah, sí? ¿Y eso es lo que te hace pensar que debemos proteger a la señora Bickley?

—Indirectamente, sí.

—Estás loco, Carolus. Eres un intelectual en busca de motivos complejos e intrincados. Y creo que en este caso la verdad es muy sencilla.

—Lo es.

—¿Quieres dar a entender con ese comentario críptico que sabes quién mató a esas mujeres?

—No —dijo Carolus, algo sorprendido—. No, mi querido John. Si lo supiera, te lo habría dicho enseguida.

—¿Qué es lo que sabes, entonces?

—No sé quién lo hizo, pero sé por qué. Entiendo, creo, por qué fueron asesinadas ambas mujeres esa noche. Este punto siempre me pareció lo más importante en este

caso. Y creo que él o los autores se mostrarán a sí mismos...

—O a sí misma o a sí mismas —interrumpió Moore con acidez.

—Muy pronto —continuó Carolus, imperturbable—. Mi única preocupación es que la revelación pueda costar otra vida. Ojalá pudieras proteger a la señora Bickley, John.

—¿La conoces?

—Todavía no. Ni al esposo tampoco.

—No hay de qué preocuparse. Bickley es un ex policía.

—¡No me refiero a eso! Sólo el cielo sabe cuántas ancianas hay en esta ciudad.

—¿La próxima víctima será una anciana?

—Si no me equivoco, sí.

—Entonces tienes que estar pensando en un loco, Carolus. Pensé en eso desde un principio. Lo que necesitamos aquí es un psiquiatra y estoy considerando la posibilidad de pedir que nos manden uno, no para interrogar a ningún sospechoso en particular, sino para observar a todos los implicados en el caso. Hay alguien que aparenta ser razonablemente normal, al menos lo bastante cuerdo como para convencer a los que lo rodean, pero...

—A menos que sea un verdadero loco, John, que se ha escapado de su lugar de reclusión.

—No te burles, Carolus. Este caso no es ninguna broma.

—No hace falta que me lo digas. ¿Has visto a alguien comportarse como si la muerte de las dos ancianas le hubiera causado verdadero dolor? ¿Alguien con una mínima inclinación a llorarlas, por ejemplo?

—Creo que no.

—Yo tampoco. Y me parece extraño. Muy extraño. Está bien, tendré que arreglármelas solo con lo de la señora Bickley.

—Me parece detectar un dejo de sarcasmo en tus palabras.

—No, John, nada de eso —dijo Carolus con gravedad.

Capítulo 13

La señora Bickley abrió la puerta de la Mansión Rossetti e invitó a Carolus a pasar. Era pequeña, prolija y eficiente. Apenas empezó a hablar Carolus tuvo la sensación de que por fin hallaba a alguien que no mostraba indiferencia ante la tragedia de los últimos acontecimientos. Sólo ella, de todos aquellos que rodeaban a las dos mujeres muertas, se mostraba dolorida por el suceso.

—Me dijeron que vendría, señor —le dijo a Carolus—. Usted va a encontrar al culpable, ¿verdad? Si hay algo que mi esposo o yo podamos hacer, con mucho gusto lo haremos.

—Gracias, señora Bickley. ¿Quién le dijo que vendría a verla?

—El señor Gabriel. Dijo que seguramente usted querría ver el lugar donde había sucedido.

—Sí. Me gustaría. Además, quiero hacerle varias preguntas, señora Bickley.

Estaban de pie en el vestíbulo de la casa. La señora Bickley lo llevó a una salita empapelada en colores brillantes donde se destacaba una biblioteca llena de libros en ediciones Westmacott. Dos muebles contrastaban con todo esto: un largo diván y frente a él un espejo de cuerpo entero.

—Aquí es donde encontré a la pobre señora Westmacott —dijo la señora Bickley en voz baja pero firme—. Estaba tendida sobre ese diván y habría parecido tranquila si no hubiera sido por su expresión. Fue espantoso, señor, y me apena pensar que la última vez que la vi fue así. Era una anciana de muy buen carácter y en todos los años que estuvimos con ella nunca la vi enojada por nada. Es notable que su última expresión fuera de tal furia.

—¿Tenía la cabeza apoyada aquí? —señaló Carolus.

—Sobre ese almohadón, sí, señor. Le encantaban esos almohadones. Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero habían salido del taller de alguien y los había comprado el padre del señor Westmacott, el suegro de la finada, señor. Tenía la cabeza acá y las manos sostenían el lirio del que tanto se ha hablado. Creo que murió en ese sofá, porque a menos que fueran más de uno, no podrían haberla cargado hasta ahí. Pesaba mucho, había que tener mucha fuerza para levantarla.

—¿No había señales de lucha?

—No, señor. La policía revisó todos los rincones buscando huellas digitales, pero fue como si no hubiera habido nadie aquí esa noche. Si el doctor no hubiera estado seguro de que fue asesinada, uno habría jurado que había muerto de muerte natural.

—¿Sabía usted que Gabriel Westmacott vino a ver a su madre esa noche?

—Sí, señor. Entró a vernos, como hace siempre que viene a la casa. Pero no se quedó mucho. Bueno, a mí me gusta mirar televisión, como a cualquiera, aunque a veces él mi esposo le dan ganas de tirarle con algo al aparato. Esa noche el programa era tan tonto que dijo que no soportaba ni un minuto más y se fue al Dragón.

—¿Qué hora sería?

—Y, bastante temprano. Mucho antes de que viniera el señor Gabriel. Yo estaba sola. No creo que fueran más de las ocho cuando Bickley se fue. No volvió hasta que cerraron. Serían las diez y media cuando volvió. Pero yo estuve aquí todo el tiempo. Si la señora Westmacott precisaba algo, no tenía más que llamarme. Tenía una conexión telefónica con nosotros. Pero no lo hizo.

—¿No sabe cuánto tiempo se quedó con ella Gabriel Westmacott?

—No.

—¿Ni por qué vino?

—Bueno, señor... No me gusta hablar de esas cosas...

—Cuando hablé con él me dijo que había venido porque necesitaba dinero. La señora Westmacott se lo dio, al parecer.

—Yo no le creo mucho, señor. Ya ha pasado lo mismo antes.

—¿Ah, sí?

—La señora Westmacott tenía que esconder el dinero, sabe. No es agradable hablar de esto, pero estoy segura de que usted no va a divulgarlo. A ella le gustaba tener siempre una suma considerable de dinero en la casa y al día siguiente me encontré con que había desaparecido. No le dije nada a la policía.

—Entiendo. Me han informado que la señora Westmacott fue asesinada no antes de la medianoche.

—Ya nos habíamos ido a la cama; yo, mejor dicho. Mi esposo se queda levantado un rato cuando regresa por la noche, leyendo el diario. Le interesan las carreras de caballos. Habría oído si la señora Westmacott hubiera llamado, se acostó pasadas las doce.

—¿Quiénes tenían llave de la puerta principal?

—Sólo la señora Westmacott y el señor Gabriel. También el señor Dan, que aún conserva la suya. Nosotros tenemos llave de la puerta de atrás, porque entramos y salimos por ahí.

—¿Está segura de que Dante Westmacott tiene la suya?

—El señor Dan no solía venir muy a menudo a la casa, pero cuando venía entraba directamente, sin llamar.

—Entonces usted supone que la señora Westmacott le franqueó la puerta al asesino. ¿Alguien a quien conocía, tal vez?

—Eso parece. No era una de esas ancianas temerosas y si estaba levantada iba ella misma a abrir la puerta. Si hubiera sido muy tarde y no hubiera esperado a nadie, nos habría llamado. Pero no si sabía quién era.

—¿No tenía dificultades para movilizarse?

—En la casa no. Aunque no le gustaba salir si no era en silla de ruedas. A decir verdad, señor, creo que le habría hecho bien caminar hasta la iglesia los domingos, pero, qué le va a hacer. Pero no tenía ningún problema en ir hasta la puerta y siempre se acostaba sola.

—¿A qué hora la vio por última vez, señora Bickley?

—Yo siempre me retiraba a las nueve. Ella no comía mucho de noche, yo le alcanzaba algo a eso de las siete y luego me llevaba la bandeja. No era persona de querer que le anduvieran alrededor ni de molestar de gusto a los demás. A las nueve le ponía la bolsa de agua caliente en la cama si hacía frío, y bajaba a ver si necesitaba algo. A veces me retenía para charlar un ratito, pero se acordaba de que a mí me gusta mirar televisión y me decía que fuera a encenderla, en broma. Esa noche estaba leyendo. No mencionó que esperaba al señor Gabriel, me dio las buenas noches en seguida y yo la dejé. No se me ocurrió pensar nada malo, por supuesto.

—¿Ni usted ni su esposo oyeron ni vieron nada fuera de lo común durante la noche?

—No, señor. Fue una noche como cualquiera, para nosotros.

—¿Y por la mañana?

—Por lo general yo no vengo hasta casi las nueve. A la señora Westmacott no le gustaba que la molestaran y las mujeres que limpian no entraban antes de esa hora. Cuando entré esa mañana puse agua a calentar para hacerle el té a la señora y entonces entré a esta habitación para descorrer las cortinas. La puerta estaba cerrada como siempre y prendí la luz para no estar a oscuras hasta llegar a las cortinas. Cuando la vi tendida ahí pensé que me iba a desmayar. Supe en seguida que estaba muerta...

—¿Por qué?

—Por estar ahí tendida a esa hora de la mañana. Además, si usted le hubiera visto la cara... No había dudas. De todos modos, cuando me sentí un poco mejor me acerqué a tocarla. Estaba fría como el hielo.

—¿Qué hizo entonces?

—Corrí a buscar a mi esposo lo más rápido que pude. Él me dijo que estaba blanca como un papel y yo no podía explicarle con claridad. Pero cuando comprendió lo que había pasado vino corriendo para acá, y apenas lo vio llamó a la policía.

—¿Antes de llamar a un médico?

—Se dio cuenta de que era inútil.

—Sin embargo...

—Bueno, la policía trajo a su propio médico. En seguida vieron que era un asesinato y así empezó todo. Pasaron días antes de que me permitieran limpiar la habitación.

—¿Qué hay de ese adorno de Navidad?

—Eran como estrellitas. Lo encontraron en la mesita ésa, detrás del diván. Yo no lo había visto cuando entré...; es que me llevé una impresión tan grande al ver a la pobre señora Westmacott así. Pero apenas lo encontraron me lo mostraron y me preguntaron si lo había visto antes. Nunca lo había visto, y se lo dije. La señora Westmacott no le daba mucha importancia a la Navidad en la forma en que nosotros la festejamos; decía que las tarjetas de Navidad y los arbolitos de Navidad eran todas tonterías de los alemanes, cosas que trajo el Príncipe Alberto y que Dickens hizo

popular. Cuando los dos jóvenes señores estaban en casa ella hacia cocinar una cabeza de cerdo; no quería saber nada de pavo. Por eso creo que alguien había traído esa cosa a la casa, aunque no se me ocurre qué podía estar haciendo ahí.

—Entiendo. Ahora cuénteme de ese hombre que le compró oro a la señora Westmacott.

—Bueno, primero vino la señorita. Tan encantadora, nos explicó que el señor Ebony pagaba buen precio. Nunca permitíamos que entraran esas personas que van de puerta en puerta ofreciendo cosas, y siempre teníamos un letrero en el portón que decía No pasar. Pero esta jovencita era tan agradable que le dije que hablaría con la señora Westmacott, por si le interesaba. Ella tenía muchísimas cosas de oro, heredadas de la familia de ella más que de la de su esposo. Así que aceptó ver al señor Ebony cuando él vino y se entendieron muy bien. Cinco libras por esto, seis por lo otro, hasta reunir como cincuenta libras por las mejores piezas. El resto lo amontonó en una pila y dijo que era para derretir, que podía dar cinco libras por todo. Cuando llegó el momento de pagar resultó que no tenía suficiente, así que dejó un depósito de tres libras por las piezas importantes y pagó las cinco libras por el montón para derretir, y luego se fue. Nunca volvió a buscar el resto.

—Ni volverá —dijo Carolus—. ¿Se da cuenta de dónde está la trampa? Las piezas que dijo que no servían para nada son las únicas que valen algo. Podía ofrecer precios altísimos por las otras porque no tenía la menor intención de comprarlas.

—Nunca se me hubiera ocurrido, señor. Parecía un hombre muy bueno.

En ese momento le dije que tenía algunas piezas y anteayer vino y me las compró. Me dio muy buen dinero, a pesar de que algunas resultaron falsificaciones.

Carolus suspiró.

—¿A qué hora vino?

—Por la tarde.

—¿Sabe si compró más oro en Buddington?

—No lo creo. Pasó por aquí camino a Londres.

—¿Estaba aquí su esposo?

—Sí, señor. Pero él nunca se mete en mis cosas, ni yo en las suyas. Le sorprendió cuánto me daba el señor Ebony, incluso dijo —que le gustaría tener algo de oro para vender—. Ya se lo va a contar él mismo.

—¿Por casualidad le mencionó el episodio a Gabriel Westmacott?

—Sí. Le dije que había estado el señor Ebony y que no tenía suficiente dinero encima para llevarse el otro lote que pertenecía a la señora Westmacott, pero que yo le había vendido algunas cosas más.

—¿Se lo dijo a alguien más?

—Bueno, la vecina de enfrente es amiga mía: la señora Plummer, que está a cargo de esa casa grande que se ve desde acá. Se lo conté porque ella cree que todo lo hace mejor que ninguna y...

Carolus sonrió.

—Sí, ya conozco a la señora Plummer. ¿A alguien más?

—Se lo mencioné a la anciana señorita Lightfoot cuando la encontré por la calle ayer. Es el ama de llaves del señor Raydell. Antes venía a ver a la señora Westmacott a veces, así que yo la conocía bien. Vi que miraba el monedero cuando estábamos las dos en un negocio y no quise que pensara nada raro, así que le conté de dónde había salido el dinero. Pero no se lo dije a nadie más.

En ese momento apareció el esposo, un ex policía grande y canoso al que se le notaba a la legua su antigua profesión. Bickley parecía tan entristecido como su esposa por la muerte de su patrona.

—No entiendo por qué se quedan en esta habitación —dijo—. A mí no me gusta venir aquí.

—El señor Deene me preguntaba sobre el hombre que compró el oro. Quiere saber quién se ha enterado de eso.

—¿Por qué? No es ningún secreto. Era todo suyo.

—No es por eso —dijo Carolus—. Se lo explicaré en un momento. ¿Recuerda habérselo dicho a alguien?

—Claro que sí. No tenía nada que ocultar. Lo conté en el Dragón esa noche.

—¿Puede acordarse de quién estaba allí, señor Bickley?

—Vamos a ver. Primero se lo conté a la señorita Shapely y por supuesto Gilling estaba revoloteando alrededor de ella, como siempre. Pero lo que me sorprendió es que esa noche estaba el coronel Baxeter. Bebía jugo de limón y a cada rato pedía que abrieran las ventanas. La señorita Shapely nunca le hizo el menor caso, por supuesto. No anda por ahí muy seguido, pero estuvo allí anteanoche y oyó lo que dije, porque me contó que su esposa había vendido algunas piezas al mismo hombre. Dijo que alguien le había comentado que lo habían engañado, pero él no lo creía.

—¿Quién más estaba presente, señor Bickley?

—Por lo que me acuerdo, los de siempre. Uno o dos forasteros que yo no conocía, pero los demás, casi todos los de siempre. Humpling el zapatero. Charlie Carew. El joven Wright, el chófer de la señorita Tissot. El señor Sawyer. El señor Dan estaba allí y me pagó una cerveza, como de costumbre. Y ese pintor Johnson, que no me gusta nada.

—¿Conoce a un hombre llamado Thickett?

—Creo que no.

—¿Lo conocería si fuera a menudo al Dragón?

—Sí. Creo que sí. Pero ¿qué es todo esto, señor Deene?

—No quiero preocuparlos —dijo Carolus—. Pero creo que puede haber otro intento de asesinato.

—Dios mío —dijo la señora Bickley—. ¿Quién será la víctima esta vez?

Carolus se sintió incómodo.

—¿Sabe? Las dos ancianas que fueron asesinadas habían vendido oro a Ebony... Bickley se puso de pie.

—¿Quiere decir que fue él? ¿Ese tipo que compra oro?

—No necesariamente. La cuestión es que casi lo único que tenían en común las dos asesinadas, era que le habían vendido oro a Ebony. Si hay otro intento de asesinato...

—¿Quiere decir que podrían tratar de atacar a mi esposa? —dijo Bickley.

—Espero equivocarme. Pero aunque no fuera más que una coincidencia, creo que debe tener mucho cuidado. Opino que no debe dejar sola a la señora Bickley esta noche. Puede ser una falsa alarma, puedo estar equivocado. Eso cree la policía. Pero de todos modos consideraba mi deber decírselo. Usted ha pertenecido a la policía, señor Bickley. Sabrá qué precauciones tomar.

Bickley miró largamente a Carolus.

—Si me disculpa, creo que lo que dice no tiene sentido. Sólo porque vendimos unas pocas piezas de oro al mismo hombre...

—Puede tener razón. Pero no creo que quiera correr ningún riesgo. Espero que no pase mucho antes de que descubramos al culpable.

—Aun en el caso de que haya algo de verdad en todo esto, habrá otros que vendieron oro.

—No que sepamos.

—¿Y la señora Baxeter?

—Oh, sí. Pero ella lo hizo antes de los asesinatos. De todos modos, iré a verlos. Gracias por hacerme recordar.

—Es muy inquietante —dijo Bickley.

—A mí no me inquieta —dijo su esposa—. No tengo miedo mientras Harry esté conmigo, y podría ser la manera de averiguar quién mató a la pobre señora Westmacott. Además, yo estaría preparada.

—¿Y si son muchos? —preguntó Bickley.

—Los estranguladores de mujeres no son por lo normal personajes muy heroicos. No me preocuparé, siempre y cuando tome mi advertencia en serio.

—No puedo dejar de hacerlo, ¿no? —dijo Bickley, con un dejo de mal humor—. ¿Por qué no hace nada la policía?

—Porque creen que es una idea tonta —dijo Carolus—. Son hombres experimentados y puede que tengan razón. Pero no creo que valga la pena arriesgarse.

—Yo tampoco. Pero eso significa que me perderé mi trago en el Dragón, y apuesto diez a uno a que es innecesario.

—Tiene la televisión —señaló Carolus.

La respuesta de Bickley lo hizo enrojecer.

Capítulo 14

Como los Baxeter no estaban en casa cuando los llamó por teléfono, Carolus dejó un mensaje pidiéndoles que se pusieran en comunicación con él lo antes posible. Mientras esperaba, la joven de la recepción le informó que había estado a verlo un tal señor Gorringer, y que volvería en cualquier momento.

Casi de inmediato Carolus se encontró cara a cara con el director. Éste denotaba una expresión solemne y preocupada.

—Bien, Deene —dijo—, la situación es lamentable. El chico Priggley me ha informado no sólo que usted ha fracasado en la elucidación de los dos asesinatos sino que además cree que se cometerá otro.

—Priggley exagera —dijo Carolus—. Es posible que haya un nuevo intento, eso es todo. Y la policía cree lo contrario, o al menos se niega a tomar las precauciones que yo he pedido.

—Ya veo —dijo el señor Gorringer con gravedad.

—¿Se queda en la ciudad?

—Así es. Mi deber es estar presente y tal vez, ¿por qué no?, prestar mi colaboración, al tiempo de preocuparme para que el nombre de la escuela no se vea envuelto en una indeseable publicidad.

—¿Se cansó de Brighton?

—Como le expliqué, el Hotel Sandringham ya no está en las capaces manos de nuestra buena señora Tunney. No quiero entrar en detalles desagradables sobre los lamentables incidentes que han hecho tan incómoda nuestra estada. Baste decir que pasaremos una semana aquí en Buddington antes de regresar renovados para el nuevo periodo lectivo.

—¿En este hotel?

—No, mi querido Deene, no en este hotel. La Junta Administrativa del Queen's School, aunque de excelentes intenciones, no ha considerado apropiado permitirme un lujo como éste. Nos alojamos en un establecimiento pequeño y espero que exclusivo llamado Osborne. Y ahora le agradeceré que me ponga al tanto de los antecedentes del caso.

Carolus dedicó al director un resumen del caso. Cuando terminaba vio que el coronel Baxeter se acercaba desde el vestíbulo. Vestía pantaloncitos cortos y medias de lana, una camisa de color caqui y una chaqueta gris de hilado rústico. Con rapidez Carolus le dijo al director que éste estaba «relacionado con el caso» y el señor Gorringer actuó con mayor benevolencia de la esperada considerando el atavío del coronel. Su rango también pareció incidir favorablemente.

—¿Quería verme Deene? —dijo el coronel Baxeter luego de las presentaciones.

—Sí. Quería hablar con usted y su esposa, si pudiera.

—Estamos a su disposición. Mi esposa me ha pedido que lo invite a compartir nuestro almuerzo hoy y espero que el señor Gorringer lo acompañe.

Carolus aceptó estoicamente la tan temida invitación a almorzar en Dehra Dun y el señor Gorringer, que no sabía nada sobre los hábitos del coronel, aceptó encantado.

El almuerzo no fue un éxito. El director, cuyo apetito era saludable, por no decir voraz, miró con tristeza la fuente de diversas «algas comestibles», nada apetitosas.

—Interesante —dijo el señor Gorringer no muy convencido—. ¿Pero no les resulta difícil subsistir con este tipo de comida?

—¿Difícil? Ya va a ver que es deliciosa.

Carolus derivó la conversación hacia el asesinato, como alivio.

—Temo ser alarmista —dijo—, pero tengo la obstinada idea de que habrá otro intento de asesinato.

—¿Eso quiere decir que ha llegado a opinar, como yo, que sólo un loco pudo ser el culpable? —preguntó el coronel.

—No sé por qué dice eso. Lo que quiero señalar es que el único vínculo conocido entre las dos personas asesinadas es que ambas le vendieron oro a Ebony. Por rebuscado que parezca, creo que ésta puede ser la clave una vez más.

—¿Qué implica eso? ¿Está dando a entender, seriamente, que cualquiera que haya tenido trato con ese hombre está en peligro?

—Sólo conozco a dos personas que lo hayan estado —dijo Carolus evasivo—. La señora Bickley, el ama de llaves de la Mansión Rossetti, y la señora Baxeter.

El coronel y su esposa intercambiaron una breve mirada.

—¿Pretende que lo tomemos en serio? —preguntó el coronel.

—Exacto, eso quiero.

—¿Sabe que mi esposa representó a este país en las Olimpíadas de Helsinki en 1952 en lanzamiento de disco? ¿Le parece que sea una mujer capaz de asustarse por un insignificante desconocido?

—¿Otro poquito de este manjar marino, señor Gorringer? —ofreció la señora Baxeter.

—¡No, gracias! —dijo el director con animado énfasis—. Muy saludable, sin duda, pero he comido suficiente.

—De todos modos —dijo Carolus—, me pareció mi obligación advertirles.

El coronel asintió.

—Sus intenciones son buenas —dijo—, pero no cambiaremos nuestros hábitos. Esta tarde vamos a correr un poco en dirección a Lilbourne y esta noche haremos una de nuestras breves incursiones en el Dragón. Lo visitamos de vez en cuando para que no nos crean poco sociables, por más que la atmósfera allí es muy nociva. Ya verá que su asesino encontrará un recibimiento bastante caluroso en Dehra Dun.

Carolus se permitió dudar.

—Mi esposa —continuó el coronel— cree con firmeza en las relaciones pacíficas tanto entre los hombres como entre las naciones.

—Satyagraha —apuntó la señora Baxeter.

—Pero, por supuesto, si la provocan con semejante intento de violencia su

respuesta sería instantánea y eficaz.

En el auto, más tarde, el director parecía afligido.

—La salud, sí —dijo—. La higiene, la dietética, dentro de límites razonables pueden tener su lugar en nuestro mundo moderno. Pero algas, mi querido Deene, ¿no le parece que eso es ir demasiado lejos? ¿Además, entendí bien? ¿Son... nudistas?

—Entendió bien. Los dos lo son.

—Me parece sumamente desagradable. ¿Cuál es ahora nuestro deber?

—No hay mucho más que yo pueda hacer.

—Dígame, puesto que en este caso el asunto es demasiado serio para ocultamientos deliberados, ¿sabe usted quién asesinó a esas dos pobres mujeres?

—Hay tres personas —dijo lentamente—, cualquiera de los tres pudo haber sido el asesino. ¿Recuerda los versos de sir Walter Scott?

*Pícaros jóvenes fuimos los tres.
Tú en la tierra, yo en el mar
Y Jack en el árbol aquel
Del que le hicieron colgar.*

—¿Quiere decir que uno de los tres será colgado? —sugirió el señor Gorringer con absoluta lucidez.

—Tengo motivos para creerlo.

—¿Cómo, si es que puedo preguntarle, piensa establecer la identidad del asesino de entre sus tres sospechosos?

—Asesino o asesinos —dijo Carolus—. Estoy esperando la revelación.

—Eso suena muy oscuro.

—De ninguna manera. Le he dicho que creo que habrá otro intento.

—¿De modo que alguna pobre mujer perderá la vida antes de que pueda hacerle rendir cuentas al culpable?

—Creo poder eliminar el riesgo.

—¿No sería más prudente informar a la policía de sus sospechas?

—La policía sabe tanto como yo. No pierden el tiempo, se lo aseguro. Seguramente harán un arresto antes de que yo complete mi caso.

—Lo espero de todo corazón. Me da la impresión, mi querido Deene, de que está jugando a tontas y a locas con la seguridad de la gente. ¿Qué puede estar sucediendo en este preciso momento en la aparentemente plácida ciudad de Buddington? ¿Cómo puede estar seguro de que en este mismo momento su asesino no se está preparando para su lúgubre tarea? ¡O incluso llevándola a cabo! Me estremezco ante semejante idea.

—Yo también. Pero no veo qué otra cosa puedo hacer. Estos crímenes fueron planeados con una premeditación y una precisión diabólicas. No dejaron «pistas» para ayudarnos. En uno de ellos la persona que arrastró el cuerpo hacia la mina de

piedra tomó la precaución de usar un par de zapatos robados para no dejar sus huellas. No tengo más que evidencia circunstancial de la participación de esos tres sospechosos y por cierto, nada para incriminar a ninguno de los tres. Puedo hacer suposiciones, pero usted también, y sus suposiciones son tan válidas como las mías. La única esperanza es que haya otro intento.

—¿Qué lo hace estar tan seguro de que habrá otro?

—No estoy seguro. Tengo una corazonada, eso es todo. Si no lo hay, dudo de que este caso sea aclarado nunca.

—Dios mío. Su primer fracaso.

—Acompáñeme al Royal Hydro a tomar una taza de té, director. Es un espectáculo notable y todavía no le he presentado a la dama a quien, formalmente, represento.

—Me gustaría mucho. ¿Quién es esa dama?

—La señorita Tissot.

La señorita Tissot los recibió sin hostilidad. Los sobrios y pomposos modales del señor Gorringer parecieron satisfacer sus exigencias. Tragó saliva cuando oyó el nombre del director, pero hizo una inclinación de cabeza cuando Carolus le sugirió que ambos la acompañarían con una taza de té.

Pero desgraciadamente ella levantó la cabeza en el momento preciso en que Gorringer saludaba a un grupo de gente cerca de ellos.

—¿Conoce a alguien en este hotel? —inquirió ella con incredulidad.

—Uno de los miembros de la Junta de Administradores —dijo el director con innegable orgullo—. *Sir Willard Hoxton*.

—No se referirá a alguien de ese grupo cerca de la columna.

—Si. Ése es *Sir Willard*.

—Embusteros —masculló la señorita Tissot—. Este hotel está lleno de embusteros desde que empezó su decadencia.

—Le ruego me disculpe —dijo el director, enrojeciendo—, pero *Sir Willard Hoxton* no es ningún embustero. Antes bien, se lo considera un caballero muy distinguido con amplios intereses en la industria de utensilios de hierro esmaltado, según tengo entendido.

—Escoria. Gentuza. Canalla. La hez de la sociedad —continuó la señorita Tissot—. Me sorprende que admita conocer a esos mendigos cuando está sentado conmigo.

El director se puso de pie.

—En ese caso lo más sencillo es desocupar mi silla. El caballero a quien usted se refiere...

—¿Caballero? Un vagabundo. Un rufián. No hay ningún caballero en este hotel. Su nombre, lo mismo, señor, tiene una sonoridad lamentable. Al pronunciarlo uno se siente haciendo gárgaras.

—Y el suyo, señora —tronó el señor Gorringer mientras la señorita Tissot temblaba de furia y orgullo herido—, ¡el suyo suena como una irreproducible

ventosidad! Y se alejó, rojo de ira pero más erguido que nunca.

Carolus sonrió.

—No tienen que tomárselo...

—¡Gorringer! —exclamó la señorita Tissot—. ¡Quién hubiera dicho...! Increíble. Gracias a Dios no me quedaré mucho aquí.

Un botones se acercó a Carolus y le murmuró algo al oído. Una señora quería verlo. El conserje consideraba más conveniente sugerirle que fuera él a su encuentro.

Junto a la recepción, jugueteando impaciente con sus guantes de cabritilla negra, estaba la señora Gosport, propietaria del jardín de lirios. Los ojos le resplandecían de ansiedad mientras le hacía una seña a Carolus de que se apartara para que nadie escuchara lo que iba a decirle.

—¿Se acuerda de lo que me dijo? —susurró.

No era una pregunta fácil de responder.

—Bueno...

—Sobre mis lirios. Me dijo que si me robaban más, que le avisara.

Carolus se puso serio en seguida.

—Lo recuerdo.

—Bueno, me robaron más. Mejor dicho, uno. Y parece que fue la misma persona.

Carolus la hizo sentar en uno de los sillones del vestíbulo.

—¿Cuándo?

Pero la señora Gosport decidió no permitir que la apresuraran. Se pasó la lengua por los labios.

—Acabo de darme cuenta. Lo que pasa es que ya casi no hay más lirios. No pueden florecer todo el año, y yo diría que los míos duran más que el resto. Pero ya casi no había más, con este mal tiempo que hemos tenido. Algunos pimpollos, nada más. Pero yo siempre los dejo morir naturalmente, porque salen mejor al año siguiente de esa manera. Justo anoche le decía a mi hermana que ya no habría más este año, que habría que esperar hasta el año próximo y que rogaba que a nadie le diera por cortarlos.

—¿Cuándo...?

—Recién esta tarde, cuando estaba arrancando unos yuyos, me di cuenta. Cerca de donde habían cortado los otros, y fue con un cuchillo, como los otros.

—¿Pero usted cree que lo hicieron anoche?

—Estoy segura. Se acuerda que le dije que mi hermana es inválida y tiene una silla junto a la ventana donde pasa todo el día. Qué más va a hacer, pobrecita, mira a la gente que pasa, porque no puede bordar nada y no le gusta leer.

Entonces pone la radio y mira por la ventana, y yo le digo que es tan lindo como mirar televisión, porque nosotros no podemos comprarnos una. Entonces, si hubiera venido alguien a cortar las flores de día, ella lo habría visto, ¿no? Por eso digo que tuvo que ser anoche o temprano esta mañana.

—Entiendo.

—¿Le servirá para averiguar quién se llevó los otros? Porque me gustaría saber...

—Creo que sí.

—¿Es importante, entonces?

—Creo que tendría que informar también a la policía.

—No. Ellos no vinieron a verme. ¿Por qué me voy a molestar yo a ir a verlos a ellos?

—Es su deber, señora Gosport.

—Sí, pero era deber de ellos venir a verme. Si tuvieron tiempo para ir a hacerle preguntas a la señora Plummer, y después ella anduvo diciendo que estaba poco menos que trabajando con la policía y que sabía quién había cometido los asesinatos, tendrían que haber tenido tiempo para venir a mí. Dígales usted, si quiere. Si no, que lo averigüen solos.

—¿Había florecido el tallo que robaron?

—Un poquito, creo. Ah, sí, había una flor pero medio marchita en los bordes. Se habría mantenido mejor en agua. Qué raro que no se los haya llevado todos al mismo tiempo. ¿No se le ocurre por qué no se los llevó todos juntos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no sabía, o no sabían, que sería necesario un tercero.

—No querrá decir que van a matar a otra persona más y que la van a encontrar con uno de mis lirios en la mano. Si es así, no plantaré más.

—No van a asesinar a nadie más si yo puedo evitarlo.

—Bueno, espero que lo logre, es lo único que puedo decir. Nadie quiere que estrangulen a otra pobre señora y la encuentren con mis flores, ¿no le parece?

—Sí —dijo Carolus con sinceridad—. Nadie desea algo así.

Capítulo 15

Carolus subió a su habitación e hizo llamar a un camarero. Cuando apareció Napper le pidió un whisky doble y una botella de soda.

—Parece muy preocupado —comentó Napper mientras servía la bebida—. ¿Algo anda mal?

—Muchas cosas. Ojalá nunca me hubiera acercado a este caso. Va a terminar mal.

—¿Qué quiere decir?

Carolus ignoró la pregunta.

—Mi problema es que todos creen que me tomo las cosas a la ligera, y cuando quiero que la gente entienda que esto no es un divertido juego de policías y ladrones, sonrían y me preguntan qué truco pondré en práctica. Con toda honestidad, creo que al menos una mujer corre peligro esta noche y dudo de que pueda convencer a quienes quiero convencer. Depende de cosas tan triviales en apariencia, como un hombre que compra oro viejo y el robo de un lirio marchito. No parece preámbulo para otro asesinato, ¿no?

—La cuestión es, ¿usted sabe a quién van a atacar?

—Creo que sí. Pero no puedo estar absolutamente seguro. Podría ser cualquier anciana de Buddington que esté sola esta noche.

—¿La policía no puede hacer nada?

—No mucho. No pueden ponerle un guardaespaldas a cada vieja de la ciudad.

—Entiendo su problema. Es obvio que se concentrará en la persona por la que más teme.

—Eso haré. Pero imagínese qué absurdo parece todo.

—No más que los asesinatos mismos.

—Tal vez no. Pero yo me siento responsable por la protección de ciertas personas. Dígame cómo hago para que me tomen en serio, por favor.

—No tiene por qué preocuparse. En este momento se lo ve muy apagado y serio, si le sirve de algo. ¿Necesita algo más?

—No. Voy a encerrarme diez minutos, no quiero que me molesten. Luego llamaré a la policía.

Carolus se quedó sentado en un cómodo sillón durante diez minutos.

Por fin llamó a John Moore. Habló cauta y seriamente.

—Escucha, John, robaron otro lirio del jardín de donde sacaron los otros dos.

—¿Me llamaste para contarme eso?

—Sí. Me parece muy importante.

—¿Sigues creyendo que van a atacar a otra anciana?

—Sí. Quiero que tú también lo creas.

—¿Quién será la víctima esta vez?

—Casi seguro el ama de llaves de los Westmacott, la señora Bickley.

—¿Qué quieres que haga?

—Que la protejas.

—¿Quieres hacerme pasar por tonto?

—Alguien quiere hacerlo, John. Alguien que ha hecho grandes esfuerzos y corrido riesgos para dejar un lirio sobre cada uno de los cadáveres y acaba de robar otro. Pero hay tonterías más mortales que el comportamiento más solemne. ¿Me permitirías al menos que te diga lo que quiero que hagas?

—Adelante.

—Sé que estás en una situación difícil. Acabas de hacerte cargo aquí y lo único que tienes son mis pronósticos, los cuales no convencerían a ninguno de tus superiores. De modo que no te voy a pedir cosas imposibles. Pero ¿no podrías dar una especie de alarma general? ¿Decir que hay razones para suponer que pueden intentar cometer otro asesinato esta noche? Al menos se puede vigilar a los sospechosos del caso, si alguno se comporta de manera extraña. No se pierde nada.

—Supongo que no. ¿Algo más?

—Si. Quiero que vengas conmigo a la casa de los Bickley, detrás de la Mansión Rossetti. Vigilaremos unas dos horas mientras Bickley se hace ver en el Dragón. Puedes decir que estarás formulándole algunas preguntas a la señora Bickley, ¿no? No tienes por qué comprometerte.

—Podría, pero ¿de qué serviría? ¿Crees que el asesino va a entrar por la puerta principal?

—Si, John, eso es lo que creo.

—Me estás contagiando tu locura, Carolus. Siempre haces lo mismo. Pero iré.

—Gracias a Dios estás tú a cargo de este caso. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—¿Sin que nos vean? Supongo que tu sentido de lo melodramático lo exige.

—Los Bickley tienen una entrada por un callejón lateral a la Mansión Rossetti. Podemos entrar por ahí sin ser vistos. ¿A las ocho?

—Sí. ¿Hablas en serio, Carolus?

—Absolutamente. Ahora iré al Dragón y me quedaré allí hasta que llegue la hora de encontrarme contigo. Quiero ver quién se hace presente. Y quién desaparece. Ahora podríamos sincronizar los relojes.

—¡También eso! Yo tengo las seis y veinticuatro.

Apenas Carolus colgó el receptor, el teléfono volvió a sonar. Era el señor Gorringer.

—Comprendo que mientras lleva a cabo este tipo de trabajo no puede ser responsable por el comportamiento; de la gente que me presenta. Pero, realmente, Deene, algas para el almuerzo y a la hora del té la grosera impertinencia...

—No puedo hablar ahora —dijo Carolus—. Tengo que salir.

—¿Hacia dónde, Deene? No he venido a Buddington para... Le ruego tenga a bien decir dónde hará sus investigaciones esta noche.

—En el Dragón. Si quiere venir, dentro de diez minutos estaré allí. Estaré... —En ese punto Carolus hizo aquello que Ben Johnson había descrito como «el viejo truco

del receptor» y salió como una flecha de su habitación.

Pero al llegar al Dragón vio una figura alta parada junto a la puerta y a pesar de la gorra sobre los ojos y la gran bufanda reconoció al director.

—Vaya aventura —dijo el señor Gorringer—. Debo decir que desde mis días de estudiante no hago eso que de manera tan poco elegante se denomina «ir de bar en bar». Me alivia constatar que no lo acompaña el chico Priggley.

—No. Hace dos o tres días que ha desaparecido. Supongo que encontró lo que con similar falta de elegancia él denomina «tarea domiciliaria».

—No querrá decir que el chico pudo haber iniciado alguna relación indeseable, espero.

—No hay ninguna razón para creerlo. Tiene bastante buen gusto. Entremos.

La señorita Shapely los recibió con la afabilidad de una reina y ella misma les sirvió.

—Me olvidé de comentarle —le dijo Carolus en voz baja al señor Gorringer— que usted es fotógrafo de la televisión. Hable de iluminación, escenas o algo parecido.

La primera sorpresa de esa noche extraordinaria llegó cuando entró Thickett, el obrero vial, al bar. Lo atendió Fred, por supuesto. Carolus notó que traía puesto lo que podría describirse como su ropa de domingo.

—Rara vez viene —dijo la señorita Shapely luego de que Thickett se fuera con su bebida a un rincón apartado—. Sin duda encontrará otros lugares más apropiados. No es que nunca haya tenido ningún problema con él. Parece que se porta bien.

Había otras caras conocidas. Charlie Carew charlaba con Ben Johnson. Algo alejado de ellos Dan Westmacott y su esposa compartían una mesa con Raudell. Carolus les hizo una inclinación de cabeza y les sonrió. El viejo señor Sawyer estaba muy ocupado repitiendo una vieja historia. Dos de los habituales a quienes Carolus esperaba ver antes de irse del bar, el chófer Wright y Gilling, el encargado del estacionamiento, no habían aparecido aún y también faltaba Bickley.

Pero tuvo suerte en otro aspecto. ¿Era suerte? Los Baxeter aparecieron en una de sus esporádicas visitas al Dragón y se dirigieron adonde estaba Carolus.

—De más está decir —comenzó a decir el coronel que no bebemos otra cosa que jugo de limón. Pero mi esposa y yo venimos de vez en cuando en aras de la confraternización. No deseamos que se piense que nuestro estilo de vida nos hace poco sociables.

—Somos muy gregarios, ¿sabe? —agregó la señora Baxeter.

El señor Gorringer, suavizado por un whisky con soda, se puso muy cortés.

—Me alegro de tener la oportunidad —dijo— de volver a agradecerle por ese... quiero decir, por ese almuerzo tan interesante.

—¿Le gustó nuestra sencilla comida? Tendría que probar el pastel de falsa paloma que prepara mi esposa. Se hace con berenjena y manteca de coco —dijo el coronel.

—Y ciruelas —agregó su esposa.

—Sin duda será muy saludable —pudo decir Gorringer—. Pero no debemos distraer a Deene. Nos tiene a todos bajo observación, sospecho. ¿Quién es ese individuo de voz tan alta con pantalones de corderoy?

—Ben Johnson, uno de los mejores pintores modernos.

—El nombre me resulta conocido —dijo el señor Gorringer sin sonreír—. ¿Es uno con una temática bastante morbosa?

—Esqueletos que se retuercen y escarabajos en velorios —dijo Carolus—. Usted dijo que lo conocía, ¿no es así, coronel?

—Dije que me lo habían presentado una vez —dijo el coronel con rencor—. Era conocido de la finada señorita Carew.

—¿Y el que está con él? —siguió el señor Gorringer, que se estaba divirtiendo.

—Charlie Carew, el sobrino.

—Ah, por lo que veo, el bar es un semillero de sospechosos.

—¿Quiere saber más? —dijo Carolus—. En la mesa de atrás están sentados el hijo mayor y heredero de la otra mujer asesinada. Con él está su hermosa esposa y un granjero dueño de un ocelote.

—Dios mío. El verdadero paraíso de un investigador. ¿Me permiten invitados a acompañarme con otro trago? Brindaremos por una pronta solución a este problema.

—Jugo de limón —estipuló el coronel.

—¿Sus reglas de salud no le resultaron algo difíciles de cumplir durante su carrera militar?

—Cuando yo estaba en el ejército —admitió el coronel Baxeter—, todavía no había conocido a mi esposa. El naturalismo me era aún extraño.

—Ah —exclamó el señor Gorringer jovial.

La cara de la señorita Shapely se iluminó de alegría súbitamente.

—¡Caramba, que llega temprano esta noche, señor Gilling! —exclamó.

—No podía soportar un segundo más —dijo el encargado del estacionamiento, que había entrado a toda prisa—. Mi ciática me está jugando una mala pasada esta noche y estoy casi seguro de que tengo una apendicitis en puerta. Parece como que me clavaran estacas acá, a la derecha. No me gusta darme por vencido, porque uno tiene que tratar de sonreír y soportarlo, ¿no le parece? Pero con este catarro además, sentí que no podía soportar ni un minuto más.

—¡Bueno! ¿Qué va a tomar?

—Hay una sola cosa que me hace bien, un trago de gin. Daría la mano derecha por una cerveza, pero ya sabe el mal que me hace.

—Es una lástima —dijo la señorita Shapely distraída pero afectuosamente—. Tome un trago a ver si lo reanima un poco. Necesita que lo cuiden, eso es todo.

En el otro extremo del bar se había desatado una discusión entre Charlie Carew y Ben Johnson, quienes habían estado tomando bastante.

—¡Lo único que dije —mantenía Charlie Carew— fue que oí que te esperaba esa

noche!

—¡Y yo te digo que nunca tuve la menor intención de acercarme a esa casa!

—Está bien, está bien —dijo Charlie Carew—. No hay por qué ponerse así.

—¿Te parece que yo habría ido a ver a esa vieja de mierda?

—¡Señor Johnson! —exclamó la señorita Shapely—. ¡Sabe muy bien que no permito ese vocabulario en mi bar! ¡Por favor, retírese! ¡Fred!

Pero Ben Johnson maldijo un poco más y se fue del Dragón dando un portazo. Charlie Carew rió ruidosamente.

—No veo nada de gracioso, señor Carew —dijo la señorita Shapely.

No se enteraron de la respuesta de Charlie porque en ese momento hizo su entrada el chófer Wright con una muchacha de aspecto tímido que parecía ser «su prometida».

Al cabo de unos minutos, y luego de dejar a la muchacha en la única mesa desocupada, Wright se acercó a Carolus.

—Perdóneme, señor —dijo, casi con servilismo—, pero ahí está el hombre del que le hablé. El que está sentado solo cerca de la puerta. El que miró por la ventanilla del auto, ¿recuerda? Ése de bigote rubio.

—Sí, eso me pareció —dijo Carolus como al descuido.

—¿Qué le parece que deba hacer? Mi prometida está muy incómoda.

—Nada —dijo Carolus con firmeza—. Se recuperará.

Wright no pareció muy satisfecho, pero volvió a paso lento a su mesa.

—Oh, misterio insondable —dijo el señor Gorringer, casi alegre.

Pronto los Baxeter se aprontaron para irse. El señor Gorringer les hizo una grave inclinación de cabeza.

—¿Se van directo a casa? —preguntó Carolus como al pasar.

El coronel lo miró, pero, al recordar la conversación de la mañana, le dirigió una amplia sonrisa.

—No me parece que valga la pena preocuparse por mi esposa, Deene —le dijo y los dos salieron del bar.

Carolus notó que Thickett salía detrás de ellos.

Eran ya las ocho menos cuarto y Carolus se dispuso ir al encuentro de John Moore. No quería que el señor Gorringer lo acompañara.

—Escuche, director, tengo que dejarlo por un rato. ¿Sería posible que se quedara aquí y observara una o dos cosas que necesito saber?

—Por cierto, Deene. Le he dicho que estoy dispuesto a prestarle mi colaboración. ¿A quién tengo que observar?

—Creo que, en pocos minutos, entrará un hombre llamado Bickley. Tiene el aspecto de un típico ex policía. Me gustaría saber a qué hora viene y a qué hora se va.

—Lo sabrá —proclamó el director.

—Además el grupo de los Westmacott y Raudell. También Gilling. Es posible que Ben Johnson o Thickett regresen. Pero especialmente le pediría que vigilara a Charlie

Carew.

—Puede confiar en mí, Deene. Puedo ser un novicio en estas lides, pero largos años de docencia me capacitan como sagaz observador. ¿Alguien más?

—El chófer que me habló y la chica que está con él. Eso es todo.

El director se preparaba a ojos vistas para la ardua tarea. Se echó la gorra sobre los ojos y se instaló en un rincón desde donde veía el resto del salón pero que estaba mal iluminado.

—Sería por cierto una sorpresa para los alumnos y graduados, ni que hablar de los Administradores y el personal de Queen's School, de Newminster, si se enteraran de que su director se ha dejado involucrar en uno de estos ejercicios criminológicos suyos, Deene. No guarda mucha armonía con la posición que ocupó. Pero ya que me asegura que la causa lo vale y puedo ayudarle a hallar al asesino, me rindo.

—Gracias, director.

—Pero cuento con su palabra, espero, de que ni mi nombre y el suyo aparecerán jamás en las columnas periodísticas referidos a este asunto, ¿verdad?

—Tiene mi palabra de que haré todo lo posible por impedirlo.

Mientras salía Carolus oyó que la señorita Shapely se dirigía al director.

—¿Y cuál es su participación en el programa? —preguntó, con la sonrisa de una reina.

—Mmm, la fotografía —dijo el señor Gorringer y entrecerró los ojos como calculando si había suficiente luz para filmar.

Capítulo 16

Carolus tuvo la extraña sensación al salir del bar del Dragón de que no volvería a pisar los dominios de la señorita Shapely. Tuvo conciencia de dejar tras de sí una atmósfera de calidez y camaradería para adentrarse en la noche y la lluvia, donde las lámparas de la calle con su luz amarilla le daban a los edificios un aspecto opaco y enfermizo.

Sintió también esa sorda depresión que tan a menudo lo inundaba cuando se aproximaba al fin de un caso y veía el inevitable desenlace, el arresto y luego el largo juicio y el temido castigo. Carolus era como todos los buenos deportistas: disfrutaba la caza pero no el remate. Estaba convencido de que esa noche ocurrida la revelación de los crímenes, pero no estaba alegre.

Dejó el auto frente al Dragón y comenzó la breve caminata que lo llevaría a la Mansión Rossetti. La calle estaba casi desierta.

Pero una vez se dio vuelta y vio a cierta distancia detrás de él a un hombre que caminaba con paso inseguro en su dirección. «Charlie Carew», pensó, «que va como de costumbre a comer algo a su casa antes de regresar al Dragón a pasar otra hora bebiendo». Carolus decidió dejarlo pasar y, como estaba cerca de la casa donde trabajaba la señora Plummer, entró en el zaguán y permaneció allí. No necesitó actuar con demasiada cautela, pues Charlie Carew pasó a su lado trastabillando, pero a Carolus le pareció ver en una de las ventanas del frente de la casa la forma de luna de un rostro pálido que observaba. La señora Plummer tal vez.

John Moore lo esperaba. No hubo saludo entre los dos hombres cuando se internaron en el callejón junto a los establos de la Mansión Rossetti. Carolus tocó un timbre y después de unos minutos Bickley preguntó del otro lado: «¿Quién es?».

John Moore contestó. La puerta de madera se abrió, pero Bickley volvió a cerrarla cuando hubieron pasado.

—Pasen —dijo, apresurando él mismo el paso al cruzar el patio en dirección a la casa, porque seguía lloviendo.

—Lamento haberlo hecho salir —dijo Moore cuando entraron en una salita acogedora y se quitaron los impermeables mojados—. El señor Deene tiene algo que decirle.

—Estábamos viendo televisión —dijo la señora Bickley, algo molesta—, por favor diga rápido lo que es porque no quiero perderme lo que viene.

—Esto es bastante serio —les dijo Carolus—. Robaron otro lirio del mismo jardín. Creo que eso significa que va a haber otro intento de homicidio. Como les dije, estoy convencido de que la víctima puede ser usted, señora Bickley.

Marido y mujer intercambiaron miradas.

—Espero que no ponga nerviosa a mi mujer en vano —dijo Bickley.

—Por supuesto que lamento mucho haberles venido con semejante historia —dijo Carolus—. Y no puedo simular que esté seguro de nada.

—¿Y usted qué piensa de todo esto, inspector? —preguntó Bickley con aire de hablar de policía a policía.

—Me coloca en una situación difícil —dijo Moore—. Mi presencia aquí no es de carácter oficial, por supuesto. Pero hace años que conozco al señor Deene y en muchísimas ocasiones sus ideas, aunque puedan parecer extravagantes, nos han llevado a la resolución de un crimen.

—No sé qué habría hecho el inspector Wilkes —comentó Bickley—. Estuvo aquí antes de que usted viniera, y fue mi jefe durante doce años. No me lo imagino andando por ahí de noche diciendo que iban a asesinar a alguien.

—No van a asesinar a nadie si puedo evitarlo —dijo John Moore—. Por eso hemos venido aquí esta noche.

—Necesito su colaboración, señor Bickley —intercedió Carolus—. Creo firmemente que aclararemos todo este asunto de una vez por todas si actuamos juntos.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Quiero que usted vaya al Dragón y se quede hasta la hora de cerrar. El inspector y yo nos quedaremos aquí con su esposa.

—Me parece un asunto muy extraño —dijo Bickley—. No me imagino qué habría dicho el inspector Wilkes.

—Le doy mi palabra, por supuesto, de que su esposa no quedará sola hasta su regreso —dijo Moore.

—¿Ustedes creen que él puede venir aquí? ¿El tipo que asesinó a esas dos pobres mujeres?

—Si —dijo Carolus.

—¿Pero para qué? —preguntó la señora Bickley—. ¿Por qué querría matarme a mí? Nunca le hice daño a nadie, que yo sepa.

—Tampoco la señora Westmacott ni la señorita Carew. Sin embargo, fueron estranguladas.

—Si creyera que fuera a ocurrir algo así —dijo la señora Bickley— me gustaría que mi esposo se quedara conmigo.

—Estarás más segura con ellos —dijo Bickley. Carolus descubrió que tenía un aliado inesperado—. Mucho mejor que conmigo, seguramente.

—Pero no es lo mismo —dijo la señora Bickley dubitativa.

—Después de todo él es inspector de policía —señaló su marido—. Y el otro caballero ha colaborado en muchos casos.

—¿Por qué tienes que ir? —preguntó la señora Bickley John Moore respondió.

—No sé muy bien cuál es la idea del señor Deene —dijo—, pero el asesino no vendría si supiera que su esposo está en casa.

—¿Entonces usted cree que está en el Dragón?

—Sea quien fuere el asesino, creo que su presencia allí será notada, señor Bickley —dijo Carolus.

—No olviden que hay varios lugares por donde se puede entrar —señaló Bickley—. No deben abrir los portones que dan al callejón. Pero en una noche como ésta, sin nadie en la calle, bien se los puede saltar, y la pared es tan baja que hasta un niño podría escalarla.

—Sí. Ya me di cuenta —dijo Carolus.

—No digo que podría entrar en la casa, porque las únicas ventanas dan al patio. Pero podría venir desde la casa grande.

—Claro —dijo la señora Bickley—, si puede entrar en la casa grande. Y parece que lo consiguió la noche en que mató a la pobre señora Westmacott.

—No tiene por qué intranquilizarse, señor Bickley. Le aseguro que ni el señor Deene ni yo correremos el menor riesgo. No vamos a esperar a que el asesino haga algo, si eso es lo que está pensando. El simple hecho de que venga aquí esta noche será suficiente para mí.

—No, no estoy preocupado —dijo Bickley—. Y mi esposa tampoco, ahora que sabe que los dos se van a quedar aquí.

—Bueno, no he sido esposa de un policía, todos estos años en vano —dijo la señora Bickley con orgullo—. Lo haré, siempre y cuando me permitan tener la televisión encendida.

Carolus se encogió.

—No creo que... —empezó a decir.

—Puede cerrar todas las puertas con llave si quiere —dijo la señora Bickley—. Pero no voy a dejar de ver televisión. Eso no lo dude.

—¿Nadie sabe que están aquí? —le preguntó Bickley a John Moore.

—Estoy seguro de que no, a menos que alguien nos haya estado espionando en el callejón.

—Creo que es hora de que se vaya al Dragón —le dijo Carolus a Bickley.

—Llévate el paraguas —dijo la señora Bickley—. Está lloviendo a cántaros y está tan oscuro que no se ve nada.

Cuando Bickley estuvo listo Carolus salió con él a cerrar la puerta del patio y volvió. Las luces ya estaban apagadas y la señora Bickley estaba instalada muy atenta frente al televisor.

—Puse agua a calentar para prepararles una taza de té —dijo—. Iré cuando hierva.

John Moore se sentó en un lugar desde donde pudiera ver la pantalla, pero Carolus se dejó caer en un sillón al otro lado de la habitación y cerró los ojos.

Sintió que se estaba enfrentando a la prueba más difícil. Recordó cuán tenues eran los hilos, qué caprichosas sus suposiciones y qué fácil que estuviera completamente equivocado, no en la interpretación del crimen en sí, de eso estaba seguro, sino en su predicción para esa noche.

John Moore lo trataba con extraordinaria tolerancia, pero John Moore era un policía fuera de lo común. Estaba allí en carácter no oficial, algo así como una visita

a tomar una taza de té con la esposa de un ex policía.

—¡Bueno! —exclamó la señora Bickley cuando comenzó la tanda de comerciales—. Les prepararé el té. Yo también voy a tomar una tacita. Es la primera vez en mi vida que va a venir un asesino a verme, y me ha afectado.

—Iré con usted —dijo Moore.

—No hay ninguna necesidad. No hay salida por la parte de atrás de la casa. Pero puede venir, si quiere.

Los dos regresaron con una bandeja. La señora Bickley se apresuró a servir el té y alcanzarles las tazas, para volver a apagar las luces.

Pasó el tiempo. Hasta poco después de las nueve nadie se movió, pero a esa hora Carolus se dirigió inquieto hacia la ventana.

—No se ve nada —dijo después de escudriñar la oscuridad—. Parece que no hay luz en la Mansión Rossetti tampoco.

—El señor Gabriel sale mucho —dijo la señorita Bickley—. Va a Londres en el auto. No me sorprendería que estuviera por casarse. Sé que ve a alguien, porque tiene una foto en su habitación. Pero silencio, que va a empezar.

Lo único que se oía eran las voces chillonas de la televisión.

«Dentro de media hora» pensó Carolus, «el Dragón cerrará y Bickley regresará y toda posibilidad de que aparezca el asesino desaparecerá». Pero si el tercer lirio tenía la significación que él le atribuía, esa noche sería la última oportunidad de descubrir al asesino.

Luego de otro largo silencio se acercó a John Moore.

—John —dijo—, hace muchos años que te conozco y no diría que eres una persona nerviosa, pero ¿tú crees que va a haber un intento de homicidio esta noche, en menos de una hora?

—Sí. Es muy probable que hayas tenido razón.

—¿Entonces cómo puedes tomártelo con tanta calma? Después de todo, he admitido que es sólo una suposición circunstancial el hecho de que suceda aquí. Estoy trabajando sobre ella porque sólo puedo estar en un lugar a la vez. Pero tú eres responsable por todas las ancianas de la ciudad.

Moore chupó su pipa.

—La policía tampoco puede estar en todos lados al mismo tiempo. Por algo estoy aquí.

—¿Quieres decir que sabes quién es?

—Por lo menos estoy tan seguro como lo estás tú con respecto a esta noche. No puedo adjudicarle un guardaespaldas a cada anciana de la ciudad. Sólo me queda que mis hombres vigilen y sigan a mis sospechosos.

—¿Se lo has ordenado?

—Claro que sí. ¿Crees que estaría sentado aquí si no lo hubiera hecho?

Carolus no respondió. La señora Bickley les llamó la atención.

—Me gustaría que se callaran un segundo. Esta parte es muy interesante y no

oigo otra cosa que sus palabras, caballeros.

Carolus miró el reloj y vio que eran casi las nueve y media. Empezó a considerar la posibilidad de un fracaso.

Además oía las voces monótonas de la televisión pero podía distinguir el ruidito que hacia Moore al fumar su pipa. La habitación olía a cerrado.

De pronto se oyeron tres fuertes golpes huecos a la puerta que quedaba detrás de Carolus que daba directamente al patio. Lo que quería decir que, a menos de dos metros de él, estaba la persona que había dado tan melodramática señal.

—¿Qué hago? —susurró la señora Bickley.

Estiró la mano para apagar el televisor, pero John Moore le hizo una seña para que lo dejara encendido. El inspector se puso contra la pared a la izquierda de la puerta mientras Carolus se ponía a cubierto de la puerta abierta. Las luces seguían apagadas.

—Hágalo entrar —susurró Moore—. Sea quien fuere.

Antes de que terminaran estos preparativos volvieron a oírse los golpes, más fuertes. Probablemente seguía lloviendo, y el visitante estaría impaciente. Se oyó un coro de risas tontas en la televisión y la señora Bickley fue a abrir.

Carolus recordaría siempre la imagen de esa pequeña mujer, temerosa pero al mismo tiempo valiente y decidida.

Cuando abrió la puerta, el intruso entró con violencia. La señora Bickley se apartó a tiempo; él hombre casi la embistió.

Carolus tenía la mano apoyada en el interruptor de la luz. Al entrar a la habitación, el intruso quedó desenmascarado por la luz.

Era Gabriel Westmacott.

En la mano derecha sostenía un lirio.

Westmacott se dio cuenta de la presencia de John Moore antes de dirigirle la palabra a la señora Bickley. No pareció tan sorprendido y culpable como enojado. Una expresión dura le enturbió el rostro, extrañamente pálido y mojado por la lluvia.

—¿Dónde está Bickley? —preguntó a la señora Bickley, aunque seguía mirando a Moore.

—Sa... salió —contestó la mujer, temblando. Westmacott se dirigió a Moore.

—¿Puedo preguntarle si esta aquí en carácter oficial?

—Sí. Puede llamarlo así. Voy a pedirle que me acompañe, señor Westmacott. Quiero hacerle algunas preguntas.

—¿Acompañarlo? ¿Adónde?

—A la estación de policía.

—¿Me está arrestando?

—Le estoy pidiendo que venga conmigo y responda a algunas preguntas —dijo Moore impasible.

Por primera vez Westmacott reparó en Carolus.

—¿Es usted el responsable de esto, Deene? —preguntó con frialdad—. En cierto

modo —dijo Carolus.

Westmacott parecía recuperar su aplomo de a poco.

—Quizá suponía que yo vendría aquí.

—Así es.

—Me parece muy inteligente, pero no entiendo qué espera probar con esto.

—Un doble asesinato, señor Westmacott —dijo Carolus con serenidad. Gabriel

Westmacott emitió una risita áspera.

—¿No me diga? —dijo—. Qué interesante.

La señora Bickley se echó a llorar.

—Tranquila —le dijo Gabriel—. Volveré en unas horas. Tendrán que dejarme libre. Es una vana fanfarronada; no tienen ninguna prueba.

La señora Bickley estaba preocupada por otros aspectos de la cuestión. —Está lloviendo. No tiene abrigo. Llévase éste de Bickley.

—Gracias —dijo Westmacott con frialdad.

Cuando fue a ponérselo reparó en el lirio que sostenía en la mano. Por primera vez pareció sorprendido.

—Esto... esto... yo iba a...

—¿Sí, señor Westmacott?

—Lo encontré y... mierda, no voy a hablar ahora.

—Mucho mejor, porque voy a decirle sus derechos. Cualquier cosa que diga...

Y recitó la vieja letanía, sólo interrumpida por algunas palabras de un tenso diálogo susurrado desde el aparato de televisión.

Capítulo 17

El teléfono despertó temprano a Carolus a la mañana siguiente. Era el señor Gorringer.

—Mil felicitaciones. Deene. Buddington no habla más que de su brillante inteligencia.

—No me siento muy inteligente a esta hora de la mañana —dijo Carolus.

—Una verdadera *chef d'oeuvre*. Cuando me dejó anoche no se me ocurrió que era para estar presente en el arresto.

—No estaba muy seguro.

—Utilizó tal habilidad y discreción que sólo la policía aparecerá públicamente en este asunto. Ya he recibido la promesa del inspector Moore de que su nombre no tiene por qué aparecer en los diarios. No podía pedir nada mejor. Ahora me gustaría oír su análisis y exposición. Estoy ansioso por saber cómo salió de este laberinto.

—Está bien.

—Me ocuparé de reunir un pequeño auditorio. Sé que deben permitírsele estas vanidades. No será la primera vez que haya reunido a los ex sospechosos de un caso y las demás personas que han estado relacionadas con él para presentarles los hechos. ¿Quién puede culparlo por saborear ese pequeño triunfo cuando los más grandes frutos de la fama deben por fuerza serle negados?

—Es absolutamente necesario en esta oportunidad. Aún quedan muchos puntos por aclarar.

—No me diga más. Si es posible, será hoy. Mi esposa me ha pedido que sume sus felicitaciones a las mías. Nos veremos luego, entonces; espero con ansiedad su elucidación de los problemas que nos han inquietado.

Al rato apareció Priggley en la habitación.

—¿Es cierto? —preguntó—. Napper me dijo que la policía arrestó a Gabriel Westmacott.

—Así es.

—Así que lo logró otra vez. ¿Suerte o maestría? Supongo que se sentirá muy satisfecho de sí mismo. Y que no irá a repetir el viejo acto de explicarles el caso a todos los ex sospechosos...

—Pues esta vez tengo razones para hacerlo.

—¡Pero eso es algo del siglo XIX!

—El director organizará la función.

—¡Oh, Dios! No me extraña que su nombre no figure entre los de los cien mejores detectives de Julian Symons.

—Si te sirve de consuelo, esta vez será diferente. Tengo que hacer algunas preguntas además de exponer el caso. Hay muchas cosas que no quedaron claras.

—¿A quién va a interrogar?

—Al director, entre otros. A Ben Johnson...

—Evasivo otra vez. ¿Cuándo será la función?

—Esta noche, probablemente. Mientras tanto me quedaré en esta habitación. No quiero tener que hablar sobre el tema.

Durante el día el señor Gorringer se mantuvo en contacto con Carolus.

Parecía henchido de orgullo por la importancia de su papel. Había organizado la «reunioncita» en una sala del Royal Hydro «normalmente reservada para banquetes», según explicó. Para el mediodía Carolus sabía que todas las personas que el señor Gorringer describía como «los principales participantes» habían aceptado su ambigua invitación, y Raydell colaboraría trayendo en auto «al contingente de Lilbourne».

—Creo que no habrá ausentes a nuestra asamblea —dijo el señor Gorringer—, exceptuando, por supuesto, a esa anciana maleducada que me presentó ayer.

—¿La señorita Tissot? ¿No viene?

—No puede obligarme a invitarla. Si su presencia es de desear deberé dejarlo en sus manos. El coronel Baxeter y su señora estarán allí. No vi manera de inducir a la persona que compraba oro a asistir.

—No. Supongo que no. No importa. ¿Charles Carew? ¿Y Gilling? ¿Y Wright, el chófer?

—Todos. No tendrá motivos de queja sobre el auditorio. Le he permitido al chico Priggley que actúe de mensajero. ¿Hay alguna otra persona cuya presencia desee en particular?

—Si. Dos mujeres a las que será difícil mantener al margen cuando se enteren, una tal señora Gosport y una tal señora Plummer. —Carolus le dio las direcciones—. ¿Raydell traerá a Dante Westmacott y a su mujer? Espero que incluya a la señora Goggs en el grupo y que envíe a Priggley a buscar a Thickett y, por supuesto, a los Bickley. Yo llamaré a John Moore.

Moore no se mostró muy comunicativo. No se menciono a Gabriel Westmacott, pero Moore accedió a ir al Royal Hydro a la seis.

—Hay algo que quiero que hagas, John. Haz que me entreguen una carta unos minutos después de que declare en la reunión que estoy esperando una.

—¿Qué carta?

—Cualquier carta. Dirigida a mi con letra manuscrita. ¿Es posible?

—Supongo que si. De modo que tendremos una opereta también...

A la hora del almuerzo Rupert Priggley le dio una noticia asombrosa. La señorita Shapely también asistiría. Había informado a Priggley que Carolus era un vil embaucador, pero que, dadas las circunstancias, lo había perdonado y dejaría el bar en manos de Fred por una hora. Carolus se enteró de esto sin mucho interés.

—Lo noto indiferente —dijo Rupert—. Por lo general se muestra radiante cuando llega el momento de exponer la clarificación del caso.

—Lo sé. Pero esta vez es distinto.

—¿Se está guardando los fuegos de artificio?

—Te dije que hay muchas cosas que aclarar.

—Muy bien, pero que no haya muchos tiros.

Carolus se enfrentó a su heterogéneo auditorio a las seis. No dejó ver nada de su natural carácter indolente, sino que parecía sometido a una gran tensión muy fuerte. Tenía la cara tensa y contraída. Ni el sonriente orgullo con que el señor Gorringer lo recibió logró arrancarle a Carolus una sonrisa. Miró un segundo al pequeño grupo como para asegurarse de que se encontraban todos presentes; luego miró sus notas.

—Una de las primeras cosas que noté en este caso fue que se planteaba de manera invertida. Por lo general el motivo para el asesinato es muy claro y el investigador tiene la tarea de decidir quién es el sospechoso. Aquí los sospechosos, muchos de ellos, eran muy obvios, pero el motivo era desconcertante. ¿Qué motivo podía haber para matar a ambas mujeres? Si hubiera sido posible considerar los crímenes por separado habría sido sencillo. Varias personas tenían motivos para asesinar a la señorita Carew y varias para asesinar a la señora Westmacott. Pero nadie parecía tener un motivo para asesinar a las dos.

»Y ésta era la clave. Debía encontrar a alguien que se beneficiara con las dos muertes y lo único que faltaría sería encontrar la evidencia que todo asesino deja a sus espaldas.

»El inspector John Moore, que posee más experiencia y conocimiento de los criminales que yo, buscó sabiamente un motivo pasional. Venganza, pasión, celos, odio, miedo, todos estos motivos debían ser eliminados de cualquier consideración razonable. Sin embargo el caso seguía siendo frustrante. A menos que fuera por algunos cientos de libras que aparentemente habrían desaparecido de la habitación de la señora Westmacott, no había habido robo y no había beneficiario común a ambos testamentos.

»De modo que volvimos a quedar atascados. Era muy frustrante, porque había una particular falta de pistas a partir de las cuales se pudiera intentar una solución más sencilla y práctica.

»Tampoco creí la historia del maníaco. Sabemos que un maníaco puede ser tremendamente inteligente y astuto. Sabemos que un maníaco homicida o un esquizofrénico puede pasar durante años por una persona normal. Pero en este caso tenía razones para creer que los asesinatos habían sido planeados al menos con seis meses de anticipación. Había una especie de astucia en ellos que no parecía en absoluto de un loco. Las mismas cosas que sugerían locura, como los lirios sobre los cadáveres, eran de una extravagancia demasiado deliberada para ser creíbles.

»Al comprender eso me dije que aquel que había asesinado a ambas mujeres quería que sus actos parecieran de un loco. No había escatimado esfuerzos para lograrlo. Ni riesgos. Supuestamente había robado los lirios antes de matar a las víctimas de modo que si lo atrapaban en el robo sólo sería culpable de robar flores. Pero era un riesgo, y sólo para darle un toque macabro a los crímenes. Un loco habría arrojado sobre el cadáver cualquier flor que encontrara a mano, pero alguien que

quería parecer loco sería más detallista.

»No obstante, esto no me decía nada sobre los motivos. Seguía desconcertado y tenía la sensación de que nunca resolvería el caso a menos que descubriera al sospechoso. Les pido, si me permiten, que reflexionen sobre esto. Quizás hayan adivinado mucho antes de ayer quién era el asesino, pero no podía ser más que una suposición sin asidero. Adivinar es fácil, muy fácil en este caso, pero había que tener un respaldo convincente. De manera que, aun cuando alguno de ustedes puede felicitar en este momento por haber adivinado, creo que no hay razones para hacerlo a menos que hayan sabido por qué. Creo que hay sólo dos personas en el mundo que lo saben.

»Era un verdadero acertijo y estuve a punto de rendirme. La señora Westmacott y la señorita Carew no se conocían; es más, por lo que sabemos, no se habían visto jamás. Había ciertos tenues vínculos entre ellas, pero eran sólo los vínculos naturales que existen entre dos personas que residen en una ciudad pequeña como ésta. Los dos hijos de la señora Westmacott conocían a la señorita Carew; las dos le habían vendido oro al mismo comprador en el mismo día. ¿Pero qué significación podía tener eso? No había modo de llegar al verdadero motivo.

»No consideré en serio la posibilidad de que dos personas diferentes hubieran cometido los asesinatos trabajando en forma independiente. Eso implicaba la fantástica improbabilidad de que uno de ellos robara un lirio, matara a la señorita Carew y desapareciera por el resto de la noche mientras que el otro, por casualidad pasara por la mina de piedra, entrara, encontrara el cuerpo y como consecuencia saliera a robar otro lirio del mismo jardín y asesinara a la señora Westmacott en la certeza de que quien había matado a la señorita Carew sería culpado por este último crimen. No tiene el menor sentido.

»Por una serie de razones que surgirían más tarde, tampoco me gustaba la idea de dos asesinos que hubiesen operado en colaboración. Es una treta antigua y se han hecho muchas películas con ella. En este caso significaría que alguien que podría ser sospechoso de matar a la señorita Carew pero no de matar a la señora Westmacott hubiera hecho un arreglo con alguien que podía despertar las sospechas opuestas, y cada uno hubiera matado a la víctima del otro, de modo que no se pudiera sospechar de ninguno de ellos con relación al crimen que en realidad había cometido. Parece ingenioso pero no funciona. En este caso cada uno tendría que haberse asegurado una coartada para el asesinato del que podrían suponerlo sospechoso y había una notable carencia de coartadas entre los sospechosos.

»Pero al fin encontré el verdadero motivo, de lo contrario no estaríamos aquí. No estoy seguro de poder explicar ahora cómo, pero lo intentaré.

Carolus se interrumpió y revisó sus notas. Por primera vez, al levantar los ojos, su expresión se relajó.

—Bebamos algo —dijo, y llamó a Napper, que había llamado para tal eventualidad.

La conversación en la sala no era muy animada. Como señaló el señor Gorringer a Carolus todavía no les había dicho nada.

—Pero he desechado algunas pistas falsas —dijo Carolus entre sorbo y sorbo de su usual whisky con soda.

—Yo dije que mis lirios saldrían a relucir —dijo la señora Gosport en voz alta—. Pero todavía no oí que se mencionara a nadie con una capa entrando en la Mansión Rossetti.

La señora Plummer sonrió, como diciendo que todavía no había llegado su momento.

—Sírvanos otra —dijo Charlie Carew al camarero—. ¿No te parece, Ben?

Ben Johnson, a su lado, asintió.

Carolus había dispuesto que todos los presentes fueran sus invitados esa noche y miraba a todos con sincera gentileza. El que quisiera beber lo haría sin inconvenientes, en lo que a él concernía.

—Ve a preguntarle a Thickett qué quiere tomar —le dijo a Rupert— y a cualquiera que no esté servido.

—Espero que esto no signifique que deberemos soportar alguna nueva sorpresa —dijo el señor Gorringer con jovialidad—. Ah, pero no debo hacer preguntas. A su salud, Deene. Esperamos con ansia información más sustanciosa.

Pero Carolus pareció más insustancial que antes.

—Intento explicar —dijo— cómo llegué a descubrir el motivo del asesino. No lo descubrí a la manera de los detectives modernos, es decir, en un enceguedor relámpago de iluminación. Pero tampoco lo descubrí por medio del razonamiento. Todas las teorías posibles parecían inútiles. Y de pronto, supe que estaba pensando exactamente como el asesino quería que pensara.

»Ésa era la clave. El asesino se había preparado para cualquier eventualidad, incluyendo la investigación, ya fuera llevada a cabo por la policía o por alguien más imaginativo y quizá menos seguro como yo. Estaba haciendo justo lo que él quería que hiciera: buscar a alguien con un motivo para ambos asesinatos.

»Entonces comprendí. Aquel que hubiera matado a ambas mujeres podía tener un motivo para uno de los crímenes pero no para el otro. Al matar a las dos se había librado de toda sospecha. ¿Se dan cuenta? Si hubiera matado sólo a aquella que quería ver muerta lo habrían descubierto de inmediato. Al menos lo habrían identificado de inmediato y casi seguro se habrían hallado las pruebas para incriminarlo. Pero, al asesinar gratuitamente a la otra, se cubría. Había hecho que la policía, yo y todo el mundo creyéramos que los asesinatos eran obra de un maníaco o que había que encontrar algún motivo que justificara ambos crímenes a la vez. Fue una idea diabólicamente ingeniosa y estuvo a punto de tener éxito.

John Moore estaba sentado mirando fijamente a Carolus.

Capítulo 18

—Este descubrimiento, o si lo prefieren esta idea, esta probabilidad, esta teoría, redujo la lista de sospechosos a tres. Había tres personas que tenían de manera muy evidente los requisitos esenciales y tradicionales para cometer el crimen: motivo, oportunidad y capacidad. De pronto recordé los versos de Sir Walter Scott que le he repetido al señor Gorringer:

*Pícaros jóvenes fuimos los tres.
Tú en la tierra, yo en el mar
Y Jack en el árbol aquel
Del que le hicieron colgar.*

«Ahora bien, puesto que dos de aquellos que cumplían los requisitos para ser sospechosos están en esta sala, siento que debo pedirles permiso a usted, señor Carew, y a usted, señor Dante Westmacott, para hablar como si no estuvieran presentes. Una explicación como ésta carecería de interés si debiera respetar las susceptibilidades de la gente. No me cabe duda de que aceptarán que es lógico.

Charlie Carew sonrió, algo achispado.

—No me afecta lo que diga. No se preocupe.

—Adelante —dijo Dante Westmacott.

—Considerar como sospechosas a personas que conocemos siempre es algo delicado y hace las cosas muy difíciles para el investigador. No quiero decir que esos tres eran los únicos, porque se podría argumentar que el coronel Baxeter y Bickley tenían también motivos y sus únicas coartadas dependían del testimonio de sus esposas. Incluso Wright tenía una especie de motivo y únicamente la palabra de su prometida indicaba que no pudo estar en dos lugares a la hora fatal. También debí tener presente la posibilidad de que me equivocara en mi análisis del motivo, en cuyo caso otros sospechosos entrarían en la lista. Pero decidí seguir la teoría que me había formado y estudiar la manera de actuar del asesino.

»Examiné esto en detalle. Era obvio que el culpable había ideado este plan hace bastante tiempo pero, como casi todos los asesinos astutos, evitó ese elemento clave para desenmascarar a alguien: la prisa. Un plan como éste, aunque pudiera implicar una rápida ejecución final, exigía tiempo de maduración.

»Por eso decidió desde el principio que uno de sus dos asesinatos sería cometido al aire libre, el otro dentro de una habitación. Con qué rapidez eligió a la víctima del que podemos llamar el crimen falso, no lo sé, pero creo que también fue hace mucho. Fijó la fecha de manera aproximada, pensando dejar librado a las circunstancias la estrechez de márgenes. Las dos muertes debían tener lugar la misma noche y estar relacionadas por métodos y apariencias similares si quería que su plan tuviera éxito,

pues debían parecer obra del mismo autor. No importa cuál planeaba cometer en primer lugar; decidió matar a la señorita Carew antes que a la señora Westmacott.

»Debía encontrar un lugar donde el cuerpo fuera hallado pronto, pero no demasiado. No podían hallarlo antes de que hubiera cometido el segundo crimen; por otro lado, debían hallarlo en seguida de cometido el segundo, de lo contrario su plan fallaría con consecuencias peligrosísimas. Así fue que se decidió por la mina.

»¿Pero cómo llevaría a la señorita Carew hasta ese lugar? Tuvo la suerte de que más o menos por esos días ocurrió un hecho singular: el señor Raydell adquirió un ocelote y tuvo la indiscreción de llevarlo al bar del Dragón.

—¿Indiscreción? —dijo la señorita Shapely, incapaz de controlar su ira—. Fue un escándalo, ni más ni menos. El pobre señor Sawyer se pone nervioso cada vez que se acuerda. Si alguna vez llega a suceder algo parecido...

—Poco probable, ¿no? —comentó Rupert Priggley—. No creo que haya muchos ocelotes por esta zona.

—¡Priggley! —le llamó la atención el señor Gorringer, y Carolus continuó.

—La señorita Carew era amante de los animales, y me ha comentado el coronel Baxeter que a menudo iba al zoológico. Así, cuando llegara la noche, el culpable decidió que la llamaría por teléfono (ya que la conocía) para invitarla a ir con él en el auto de ella hasta Lilbourne a ver el animal. Llamó desde una cabina pública, según observó el coronel Baxeter, y cuando habló con el coronel simuló ser una mujer. Concertó la visita, probablemente sugiriéndole a la señorita Carew que no les dijera nada a los Baxeter, no fuera cosa que quisieran acompañarla.

—Algo que yo nunca habría hecho —intervino el coronel—. Mi esposa y yo estamos en desacuerdo con la costumbre de mantener animales salvajes en cautiverio.

—A la señorita Carew le divirtió la idea, —continuó Carolus—, pero decidió llamar por teléfono al señor Raydell para confirmar que no tuviera inconvenientes. Tenemos noticias de esa llamada pues el coronel recuerda que ella gritaba como si le estuviera hablando a un sordo y el señor Raydell me ha dicho que la señorita Lightfoot recibió esa llamada.

»La señorita Carew recogió a nuestro amigo en un determinado lugar donde nadie lo vería subir al auto en esa noche oscura, y dado que, como, siempre, ella había llevado a Skylark, su terrier irlandés que, según nos comentó el coronel Baxeter, se sentaba siempre en el asiento delantero del auto, nuestro amigo pudo entonces escabullirse en el asiento trasero sin despertar sospechas.

»En el camino le pidió que detuviera el auto por alguna razón, tal vez alegando urgencias fisiológicas, y cuando ella detuvo la marcha la estranguló por atrás, tal vez con su propia chalina, tal vez con la de ella. Supongo, que, si iba a una granja, la señorita Carew le habría puesto una correa al perro. ¿Se fijó si fue así, coronel Baxeter, cuando salió la señorita Carew?

—No, pero era habitual. Skylark no estaba acostumbrado al tránsito y nunca salía de la casa, ni siquiera hasta el auto si no era con una correa. En realidad, era una

cadena finita.

—Gracias. Así que, una vez que el perro estuvo atado en el auto, nuestro amigo pudo arrastrar el cuerpo sin interferencias. En ese trayecto se le cayó el sombrero de la señorita Carew, que Thickett encontró a la mañana siguiente. Lo más significativo; quizá, fue que la señora Goggs oyó los ladridos furiosos del perro. Es una lástima que no tenga un reloj en la casa, pues entonces sabríamos la hora exacta del crimen.

—No se puede pedir todo —dijo la señora Goggs con gesto adusto, y nadie osó discutir esa profunda verdad.

—Volviendo a nuestro amigo —dijo Carolus—. Había apelado a dos notables recursos. Poseía una capa negra y un sombrero negro de ala ancha, y con este atavió y anteojos oscuros había llevado un par de zapatos a arreglar a un zapatero llamado Humpling. Mientras esperaba en el negocio de éste robó un par de zapatos, pero tuvo la inteligencia de elegir zapatos de su número. Nada alejaría más las sospechas que eso, pues sus intenciones eran que se hallaran los zapatos cerca del cuerpo. Se supondría naturalmente que el asesino era de pies mucho más grandes o mucho más pequeños, pues ¿quién se molestaría en robar un par de zapatos para dejar después huellas que podrían ser las propias? Este punto me preocupó por un tiempo.

»El otro recurso fue robar dos lirios del jardín de la señora Gosport, uno para cada cadáver. Así sugeriría que una sola persona era responsable de ambos crímenes y, con suerte, haría pensar en un maníaco homicida. Hay algo muy extraño en eso de dejar flores fúnebres sobre el cuerpo de una mujer a la que se acaba de asesinar. Las flores lograron su propósito a las mil maravillas. Cuando las encontraron estaban, según se nos ha dicho, algo ajadas. Era de esperar, pues en los dos casos las llevó escondidas bajo el abrigo. Dejó una sobre el cuerpo de la señorita Carew y volvió a Buddington. Su primer asesinato había sido llevado a cabo con toda comodidad y sólo le quedaba cometer el segundo, asunto mucho más sencillo aún. Dejó el auto en el estacionamiento del cine Granodeon con el perro adentro, el pobre animal arañó todo el tapizado en sus esfuerzos por salir.

»La batahola que se desató al día siguiente fue exactamente lo que él esperaba. Encontraron el cadáver de la señorita Carew casi en seguida, porque Thickett tenía por costumbre dejar sus herramientas escondidas en la mina. El de la señora Westmacott fue hallado por la señora Bickley más o menos a la misma hora y la policía se encontró de pronto enfrentada a un desconcertante doble crimen. La única pista eran los lirios. Comenzaron a pasar los días y nuestro inteligente asesino vio su plan hermosamente justificado por los hechos.

»Estaba convencido de que la única esperanza de arrinconar, al asesino era obligarlo a salir de su escondite. Se me ocurrió que si había cometido uno de los asesinatos para alejar las sospechas de sí, podría convencérselo de que era necesario cometer otro, pero esta vez se lo atraparía. Si estaba persuadido de que su plan había fallado en parte, de que la policía y yo no creíamos que los dos primeros crímenes eran obra de un maníaco homicida, podría actuar para hacer este hecho más obvio.

Sin duda tres mujeres asesinadas con un lirio entre las manos serían suficientes para convencer a todo el mundo.

»Me encargué por eso de hacer correr la voz de que la teoría del maníaco homicida no me convencía, y sugerí que a la policía también le parecía muy dudosa. Mientras tanto persuadí al inspector Moore, a cargo del caso, de poner a sus hombres en estado de alerta.

»Al principio no tenía idea de quién podría ser la nueva víctima, pero me quedó más claro cuando fui a Londres y estuve con Maurice Ebony. Me dijo que Buddington-the-Hill, que fue en un tiempo el paraíso de los compradores de oro, era ahora territorio de gran competencia y que su atractiva agente apenas logró conseguirle un par de oportunidades. Sin embargo, el coronel Baxeter y su señora le vendieron oro y lo recomendaron a la señorita Carew, y durante la tarde fue a la Mansión Rossetti y le compró a la señora Westmacott. Éstas fueron las dos únicas transacciones que hizo en su primera visita, pero en lo de Westmacott la señora Bickley le dijo que tenía algunas cositas que quería vender. El día anterior a mi entrevista, Ebony volvió a Buddington y se las compró.

»Esto era lo que nuestro asesino esperaba. Sabía que los investigadores habían reparado en el hecho de que una de las poquísimas cosas que relacionaban a las dos mujeres era que ambas le habían vendido oro a Ebony y se enteró, cosa que también descubrí, de que la señora Bickley era la tercera. Debió de haberle resultado irresistible.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Ben Johnson, que se había empezado a interesar en el asunto.

—Bickley no lo mantuvo en secreto, lo contó en el Dragón. Y la señora Bickley, por su parte se lo contó a Gabriel Westmacott, además de a la señora Plummer y a Grace Lightfoot. Lo sabía todo el mundo. Hacía demasiado fácil la elección de la víctima. No me cupo duda de que, si había otro intento de asesinato, la señora Bickley sería la víctima.

»Y lo que terminó de convencerme de que sucedería fue que otro lirio desapareció del jardín de la señora Gosport.

—¡Ven! ¿Qué les dije? —exclamó gozosa la señora Gosport.

—Lo habían cortado, me dijo ella, exactamente igual que los otros, cerca del suelo. Era razonable pensar que sería utilizado para el mismo propósito. Apenas me enteré informé a la policía y nos preparamos para lo que me parecía inevitable.

El señor Gorringer levantó la mano para hacer callar a Carolus.

—Antes que llegue al clímax, mi estimado Deene, de la historia de su emocionante vigilia y del arresto que premió sus esfuerzos, sugiero que hagamos un pequeño descanso. Sé bien por mi experiencia en conferencias cuán agotador es exponer las propias ideas. Descansemos unos momentos.

—La mejor idea de la noche —dijo Charlie Carew—. ¿Tú qué dices, Ben?

Pero Ben Johnson parecía ausente y pensativo.

Junto a la señorita Shapely estaba ubicado el respetable señor Gilling, quien pidió otra copa de gin con agua, lo único que osaba beber, mientras que la señorita Shapely se inclinó por un oporto. La conversación entre ellos no era nada íntima.

—Qué cosa horrible —reflexionó el señor Gilling—. Pero se veía, ¿no? A mí nunca me pareció digno de confianza. Aunque debo decir que en las contadas ocasiones en que visitó mi bar supo cómo comportarse.

—Bueno, no se iba a poner a estrangular gente ahí mismo, ¿no le parece?

—Supongo que no —dijo la señorita Shapely.

—Buenas, Gilling —dijo el señor Raydell—, ¿cómo se está portando su úlcera de duodeno esta noche?

Gilling lo miró fijamente.

—No tengo úlcera de duodeno —dijo.

—Con ese gin se pescará una pronto.

—Qué grosero —exclamó la señorita Shapely mirando a Gilling—. No sé que le pasa al señor Raydell últimamente. Antes era una persona tan tranquila...

El coronel Baxeter se inclinó hacia Carolus.

—¿Estaremos mucho más aquí, Deene? Esta atmósfera me resulta sofocante. Directamente sofocante.

—Espero que no se empiecen a sacar la ropa aquí le susurró la señora Plummer a la señora Bickley, sentada a su lado. —Lindo espectáculo, ¿no?

El señor Gorringer respondió a la pregunta del coronel.

—Deene se aproxima al final, ya lo verá. Sólo le resta la escena final y nuestra curiosidad quedará plenamente satisfecha.

—Y mientras tanto nuestros pulmones habrán absorbido cantidades de aire viciado —rezongó el coronel.

Carolus volvió al estrado.

—Quizá piensen que me estaba dejando llevar por mi imaginación cuando convencí al inspector Moore de que me acompañara a la casa de los Bickley esa noche. Vino porque somos viejos amigos pero no en carácter oficial pues, con toda razón, siempre sospecha de las teorías de los aficionados como yo. Admito que yo no tenía mucho de qué aferrarme para convencerlo. Los métodos de la policía no dejan nada librado a las conjeturas, como le digo a veces, a la imaginación. En este caso tenía razón al mostrarse escéptico, diría yo, pero mi instinto me decía que valdría la pena.

»Sucede que yo sabía por qué el asesino había matado a dos mujeres y estaba casi seguro de que intentaría matar a una tercera.

»La debilidad de mi posición radicaba en mi falta de motivos concretos para justificar la posibilidad de un nuevo asesinato. Yo creía que sucedería anoche porque el lirio había sido robado la noche anterior y, si el asesino se demoraba mucho más, se le marchitaría. Y creía que la señora Bickley sería la víctima porque estaba seguro de que el hombre que había estudiado, cuyos pensamientos conocía, no perdería la

oportunidad de dejar aun más perplejos a sus seguidores.

»Convencí a Bickley de hacerse ver en el Dragón. El asesino necesitaría saber que Bickley no estaba cerca antes de ir a la casa.

»Entonces esperamos y, como ya saben, sucedió. Pasadas las nueve y media alguien golpeó a la puerta y, cuando la señora Bickley abrió, Gabriel Westmacott entró como una tromba. Llevaba un lirio en la mano.

—De manera que los hechos le dieron la razón, ¿eh, Deene? —dijo sonriendo el señor Gorringer—. Sus dudas y especulaciones quedaron resueltas.

—Habría sido así —dijo Carolus con pesar— si el que entró hubiera sido el asesino.

—¿Cómo dice?

—Claro. No habrán supuesto que Gabriel Westmacott mató a su madre, ¿no? Sería demasiado monstruoso. No es el suyo un temperamento particularmente agradable, pero eso de estrangular a dos mujeres es demasiado para él. Apenas es capaz de robarle a la madre algo de dinero, pero no cometería un crimen jamás.

—Entonces... quién, por qué, admito que no entiendo nada —musitó el señor Gorringer.

—Oigamos el resto de la historia —dijo Ben Johnson con aspereza.

—Muy bien, pero antes debemos retroceder un poco. Volvamos a la capa. ¿A nadie le llamó la atención esa capa? Una prenda tan extravagante. Pensé que se darían cuenta de que era la clave de toda la cuestión.

Capítulo 19

«Hace seis meses un hombre con una capa, un ancho sombrero negro y lentes de sol entró en el negocio del señor Humpling y robó un par de zapatos que, es razonable suponer, fueron los hallados cerca del cadáver. La noche del crimen la señora Plummer, cuidadora de la casa de enfrente a la Mansión Rossetti, vio a un hombre con esas mismas prendas subir los escalones de la casa de la señora Westmacott. ¿Una coincidencia? De ninguna manera. Cuando supe quién era ese hombre supe quién era el asesino.

»¿Cómo entró el asesino en la Mansión Rossetti? Sólo dos personas tenían llave además de la señora Westmacott: sus dos hijos. Si hubiera sido uno de ellos no habría usado un disfraz tan melodramático para entrar en la casa de su madre. Sin embargo, alguien le abrió la puerta al asesino, y sólo pudo ser la señora Westmacott. ¿Qué pudo haber llevado a una anciana de casi ochenta años, sola en una gran mansión, a abrirle la puerta a un hombre casi a las once de la noche? La respuesta es que lo estaba esperando y estaba encantada de que viniera. El invitado era Ben Johnson.

Un murmullo recorrió la habitación, pero el rostro del pintor permaneció inalterado.

—Sabemos que durante mucho tiempo había querido conocer a Ben Johnson, sumarlo a su grupo de amigos artistas, pero él se había negado con firmeza y a veces con grosería. Esa noche lo vería por primera y única vez.

El señor Gorringer se aclaró la garganta.

—No puedo evitar interrumpirlo —anunció—. ¿Qué motivo pudo tener el señor Johnson para matar a la señora Westmacott?

—Ninguno, por supuesto. Porque no la mató. Dije que ella lo esperaba. Incluso lo llamó por teléfono para recordárselo; él le cortó con brusquedad, lamentablemente, de una manera tal que ella no entendió nada. El nombre de Ben Johnson era el «Ábrete, Sésamo» del asesino en la Mansión Rossetti. Era fácil convencer a la señora Westmacott de recibirlo a él y, como ella nunca había visto a Ben Johnson, le fue fácil al asesino hacerse pasar por él con una capa y un sombrero de los que usaban los artistas en la juventud de la señora Westmacott, llamándola por teléfono y diciéndole que quería pintar su retrato. Ella no sabía que Ben Johnson usa siempre pantalones de corderoy, camisa de trabajo y pañuelo al cuello. Con el lirio oculto bajo la capa, el asesino entró sin ninguna dificultad y pronto estuvo charlando con su fascinada anfitriona sobre su retrato.

»¿Les parece extraño? A mí no. Ella había posado para artistas casi toda su vida; había sido una mujer hermosa. Entre otras cosas valiosas, la señorita Lightfoot me dijo que siempre la pintaban de santa. No creo que haya sido difícil convencerla para que posara una vez más.

»Lo único que tuvo que hacer el asesino fue ir por detrás del diván donde ella estaba sentada, con la excusa de que quería colocarle una especie de halo luminoso de

estrellas en el cabello. Desde esa posición pudo estrangularla con el mismo sigilo y la misma rapidez con que había estrangulado a Sophia Carew dos horas antes. Y debo decir que, aunque logré descubrir todo esto, ignoro si el asesino dejó esa chuchería a propósito o se la olvidó.

»El asesino estaba muy seguro de estar solo en la casa con la señora Westmacott pues, como todos saben, se había publicado un anuncio en el Buddington Courier con la noticia de que Gabriel Westmacott daría una conferencia en Lancashire esa misma tarde. En realidad, el anuncio era falso y lo había hecho publicar Gabriel para engañar a su madre. Pero también sabemos, que éste hizo una visita inesperada sólo una hora antes de la llegada del asesino a la Mansión Rossetti, de modo que fue sólo una cuestión de suerte que el asesino no lo hubiera encontrado allí. Se podía confiar en que los Bickley estuvieran inmóviles frente al aparato de televisión.

»Comencé entonces a trabajar en la identificación del culpable con un procedimiento que uso a menudo. Anoté todo lo que sabía del culpable y traté de ver quién encajaba en el papel. Cuando digo lo que sabía no me refiero al sentido en que la policía debe saber algo antes de actuar en consecuencia, sino a los datos que puede recolectar un afortunado trabajador independiente. Y lo que yo sabía era lo siguiente:

1) El asesino era un hombre y había actuado en persona, sin un cómplice ni nada por el estilo.

2) Se beneficiaría, directa o indirectamente, de uno de los dos testamentos.

3) Era conocido de la señorita Carew pero no de la señora Westmacott y probablemente tampoco del zapatero Humpling.

4) Sabía conducir autos.

5) Tenía la fuerza física suficiente como para estrangular a la señorita Carew, arrastrar el cuerpo unos metros y estrangular a la señora Westmacott, todo en menos de tres horas.

7) Vivía en la ciudad y sabía mucho de sus habitantes.

8) No tenía una coartada satisfactoria para ninguna de las dos ocasiones.

9) Probablemente el coronel Baxeter lo conociera, dado que había disimulado su voz por teléfono cuando aquél atendió.

10) Necesitaba el dinero con urgencia, ya que asesinó a dos mujeres de edad para beneficiarse.

11) Sabía lo suficiente sobre el comportamiento de un pintor como para convencer a una anciana de que era un artista.

12) Sabía del ocelote de Raydell, de la supuesta ausencia de Gabriel para dar una conferencia, de los infructuosos esfuerzos de la señora Westmacott por conocer a Ben Johnson, de los lirios de la señora Gosport, del amor de la señorita Carew por los animales, de los hábitos de Gilling y de la salida para peatones del estacionamiento del Granodeon.

13) Conocía la carretera a Lilbourne.

14) Hizo una llamada de una cabina pública de teléfono esa noche y otra más, ya sea desde la misma o desde un teléfono privado.

15) Nadie notó su actividad nocturna.

«Cuando tuve todos estos hechos anotados y los comparé con las personas a quienes todavía podía llamar sospechosos, descubrí que al menos dos de ellas encajaban, en cierto modo. De manera que seguía sin poder hacer una identificación final. En realidad, recién esta noche podré nombrar al culpable.

—Pero... no entiendo —exclamó el director con severidad—. ¿Qué galimatías es éste, Deene?

—Mientras estábamos aquí, disfrutando de un trago y de esta charla, cierta casa ha sido registrada concienzudamente. Conociendo la mentalidad del asesino consideré que, aun cuando era capaz de idear este desconcertante plan de asesinato, cometería un error fatal, o guardaría algo que lo delataría. Nada tan incriminador como la capa y el sombrero, por supuesto, pero algo, como un trozo de cable y lucecitas de cobre con que hizo la tiara para la señora Westmacott. La información nos llegará en un momento.

»Todos creyeron que me estaba demorando mucho con mi explicación; A decir verdad, lo hice a propósito, para darles tiempo a los oficiales que estaban llevando a cabo el registro. Les aseguro que los resultados estarán aquí en cualquier momento.

—¿Los oficiales que lo están efectuando tienen una orden de registro? —preguntó el coronel Baxeter.

—Como sabrá, coronel, en los últimos años la policía ha considerado que la orden de registro es un absoluto anacronismo. Un ministro de gobierno, que incluso pertenece a la nobleza, defendió a la policía cuando se la acusó de llevar a cabo registros sin la orden correspondiente, basándose en que ya era procedimiento habitual y necesario. ¿Qué más decir? Ah, aquí están los resultados.

Carolus recibió un sobre blanco de manos de un oficial de policía que había entrado. Lo abrió y leyó.

—Tenemos más suerte de la que esperaba —anunció—. Estos cobardes crímenes serán vengados, y uso esa palabra deliberadamente, pues creo que la sociedad debe vengarse de aquellos que cometen crímenes premeditados, brutales y a sangre fría como éstos.

»Pero primero permítaseme aclarar un punto que me preocupa y que quizá preocupe a los más observadores de entre ustedes. ¿Cómo llegó anoche el lirio a manos de Gabriel Westmacott? Él dijo que lo había encontrado. Me pregunto si la señora Plummer podrá ayudarnos en este punto. ¿Notó algo especial anoche en la Mansión Rossetti?

—Bueno, yo había sacado al perro...

—Por supuesto.

—Cuando vi a alguien que subía los escalones. Fue antes de que regresara el

señor Gabriel. Creo que dejó algo en el buzón pero no pude ver qué era.

—¿Pero vio quién era?

—No quisiera crear problemas a nadie...

—No se preocupe por eso. Después de lo que se ha descubierto en el registro de esta noche nada que usted diga empeorará las cosas.

—Bueno, era el señor Carew.

—¡Eso es mentira! —exclamó Charlie Carew—. Estaba demasiado borracho anoche... No hubiera sido capaz de llegar a la Mansión Rossetti, aunque hubiera querido.

—¿Seguro, Carew? —exclamó Carolus volviéndose a él con la rapidez de un rayo—. Señor Johnson, ¿diría que Carew estaba borracho cuando abandonó el Dragón?

—Sí. Muy borracho. Bebió mucho ron y se lo pasó señalando con el dedo todo tipo de cosas...

—¿Señalando con el dedo? ¿Qué cosas?

—Bueno, el culo de la Shapely...

—¡¡Señor Johnson!!

—Los cuadros en las paredes... cosas así.

—¿Y usted miraba cuando él señalaba?

—Supongo que sí. No se puede evitar hacerlo cuando alguien señala algo, ¿no?

—Por eso no notó que Carew volcaba en una maceta que hay junto a la mesa todo el alcohol que pidió y no bebió. Supe que actuaba cuando noté que me seguía a la salida del Dragón. Caminaba haciendo eses pero estaba lejos de estar borracho. Fue lo suficientemente astuto como para adivinar que le habíamos tendido una trampa en lo de los Bickley. Tenía que hacer algo con el lirio y pensó que podría resultarle muy útil si lo convertía en una especie de advertencia de muerte.

Charlie Carew se echó a reír. Carolus continuó:

—Pero la capa y el sombrero negros me dieron la idea por primera vez. ¿De dónde se pueden conseguir esas cosas a menos que el padre de uno haya sido, según las palabras de la señorita Tissot, un bohemio de la peor fama?

»Qué fácil le resultó llamar a la señorita Carew esa noche, fingiendo una voz femenina cuando atendió el coronel Baxeter, convencerla de llevarla hasta Lilbourne para ver al ocelote de Raydell, cuya aparición previa en el bar del Dragón había presenciado. Como conocía tan bien a Sophia Carew y a su perro, ofreció sentarse en el asiento trasero dejándole a Skylark su lugar de siempre, hizo que la señorita Carew detuviera el auto cerca de la mina, sitio que conocía desde sus días de ciclista, antes de separarse de su mujer. Una vez cumplida su tarea, poco le costó dejar el auto en el estacionamiento con el pobre perro adentro, luego de asegurarse de que Gilling estaba en el Dragón. Entonces pudo salir del estacionamiento por la salida de atrás, aparecer en el bar y quedarse hasta las diez.

Carolus hizo una pausa teatral y agregó:

—¿Quién otro que Carew tenía tan urgente necesidad de dinero?

—Sí, ¿quién? —dijo Charlie sonriente—. ¿Hasta cuándo va a durar esta farsa, Deene?

—Pero todo esto podía ser meramente circunstancial. Es cierto que hemos obtenido una evidencia importante e inesperada de la señora Plummer... —Carolus notó una mirada terrible de la señora Gosport y se apresuró a mejorar las cosas—... al ver a Carew colocar el lirio de la señora Gosport en el buzón de la Mansión Rossetti.

Y tanto la señora Gosport como la señora Plummer se hincharon de orgullo, permitiéndose ambas mirarse a los ojos sin recelo por primera vez.

—Pero ni siquiera eso es decisivo —continuó Carolus—. La prueba definitiva que lo llevará a la horca, Carew, es el fructífero registro de su casa.

—Oh, no... No lo creo —dijo Charlie Carew, y sacó de su bolsillo una píldora blanca, que engulló con asombrosa rapidez.

—¡Deténganlo! —gritó Carolus.

Johnson intentó abrirle la boca a Carew, pero le fue imposible. Todos contemplaron los movimientos convulsivos que se apoderaron del cuerpo del asesino descubierto.

Pasó algún tiempo después de la reanudación de las clases en la Queen's School, en Newminster, antes de que se dijera la última palabra y se diera la última explicación sobre el caso del doble asesinato en Buddington-on-the-Hill. Al principio el señor Gorringer parecía demasiado ocupado como para dedicar una breve reflexión a la notable experiencia de las vacaciones. Cuando por fin se aventuró a hacer referencia a ella en una conversación con Carolus, no pudo evitar un titubeo.

Habían estado presenciando el primer partido de cricket de la temporada y se dirigían hacia el edificio de la escuela.

—Querido Deene —dijo el director—, ha sido un día verdaderamente espléndido.

—Pero usted parece especialmente taciturno. Espero que no sea por los desdichados sucesos de Buddington.

—Oh, no.

—Hay una o dos cositas que hace mucho que quiero preguntarle sobre eso. ¿Qué encontró la policía en la casa de Carew cuando usted recibió la carta?

—Nada. No la habían registrado. Ni siquiera la policía puede entrar en una casa y registrarla antes de arrestar a su ocupante.

—¿Entonces era un truco?

—Sí. Pero apelé a él en la imposibilidad de hallar una prueba que incriminara a Carew. Estaba seguro de que habría algo en su casa, de todos modos. En realidad, encontraron lo que yo había supuesto, el cable y las lucecitas de colores con que Carew hizo la tiara. La capa y el sombrero no aparecieron nunca. Los habrá quemado. Pero su ex esposa recuerda haber visto ambas prendas. Carew le había dicho que pertenecían a su padre.

»Lo dé la maceta también era un truco, pero era el único lugar donde podía haber

arrojado el ron que no tomó. Finalmente le pregunté a Moore si había acertado o no.

—Deene, usted quizás haya notado que yo adiviné la identidad del asesino antes de que la revelara.

—Eso, señor director, es algo muy discutible, a menos que hablemos en un sentido limitado. Usted pudo adivinar como quien trata de acertarle al ganador en una carrera. Además, era inútil adivinar si uno no sabía por qué había asesinado Carew a ambas ancianas.

—Esos son misterios insondables para mi —dijo el director con voz sonora—. ¿Se descubrió por qué Gabriel Westmacott tenía el lirio en la mano cuando fue a la casa de los Bickley?

—Algo muy natural, ¿no le parece? Era muy perturbador, dadas las circunstancias, encontrar esa flor en el buzón, Westmacott había ido a preguntarle a Bickley si sabía algo de ello. Moore sabía que ésa era la explicación, pero no podía mencionar detalles de una declaración que alguien había prestado a la policía.

—¿Ha tenido noticias de Moore? ¿Le ha expresado su gratitud el inspector?

—¿Por qué iba a hacerlo? Carew fue su principal sospechoso desde el principio. Pero me escribió para contarme de una boda.

—¿La del joven chófer?

—Oh, no. Los padres de ella eran demasiado quisquillosos como para permitir que su hija se casara con un hombre envuelto en una investigación de asesinato. Me refiero a Gilling. Se casa con la señorita Shapely. Pero tengo entendido que ella no va a dejar el bar.



LEO BRUCE. Es el seudónimo del escritor británico Rupert Croft-Cooke (20 de junio 1903, Edenbridge, Kent - 1979, Bournemouth). Bajo este nombre, escribió varias novelas de misterio. Creó dos series, una con el sargento Beef, un oficial de policía británico, y una segunda en la que Carolus Deene, maestro de historia en la Queens School, Newminster, es un detective aficionado.

Rupert Croft-Cooke también escribió un gran número de libros, obras de teatro, cuentos, y otros trabajos con su propio nombre.